

EL SÉPTIMO CÍRCULO

ALGO EN EL AIRE

por
JOHN A. GRAHAM



Lectulandia

¿Qué clase de hombre es el que haría explotar un avión para sacar a un pasajero de en medio? Mueren seis pasajeros a bordo del avión de las 6:30 que va de Boston a Nueva York. Uno de ellos era el mejor amigo del profesor Jake Landau. Pero cuando Jake trata de indagar el porqué del asunto, su pesquisa se ve entorpecida desde el comienzo: el homicida es muerto a balazos por la policía mientras robaba el portafolio donde había colocado la bomba. Para las autoridades el caso estaba cerrado: ya tenían al hombre. Para Jake nunca estaría concluido hasta que no se descubriera la verdad: ¿por qué las muertes?... ¿por qué la bomba?... ¿con qué objeto? A esta labor se dedica Jake hasta llegar al esclarecimiento final, inesperado y brillante.

John A. Graham

Algo en el aire

El séptimo círculo - 238

ePub r1.0

Café mañanero 20-08-2022

Título original: *Something in the air*
John A. Graham, 1971
Traducción: Mary Williams
Portada, José Bonomi
Rediseño de portada, Café mañanero
Rige bajo normativa RAE 2010

Editor digital: Café mañanero
Primera edición EPL, 2022
ePub base r2.1

ALGO EN EL AIRE

John Alexander Graham

Para Judy.

1

Desde que su esposa lo había abandonado, la vida de Jacob Landau se había convertido en una serie de largas esperas. Esperaba que terminara el día para volver a su departamento, esperaba el fin de la tarde para poder irse a dormir. En el cinematógrafo esperaba ansioso el momento de poder escapar de su incómodo asiento, y en las reuniones anhelaba la hora en que ya no lo obligaran a entablar conversaciones.

Ahora mismo, después de bajar de un taxi a toda carrera, bajo una lluvia torrencial, estaba aguardando el momento de subir al avión de las seis con destino a Nueva York, y la espera le resultaba particularmente penosa. Boston era la tierra natal de Kitty. En ese momento ella probablemente estaba en alguna parte dentro de un radio de diez millas alrededor del lugar en que estaba sentado, y cada segundo algo le recordaba su existencia, aun cuando no fuera nada tangible, en este aeropuerto de Logan. Jamás habían estado en este lugar juntos ni se había encontrado con ninguno de los amigos de ella (gracias a Dios), y el decorado de la sala de espera (sillas modernas con tapizado sintético de color ciruela y borgoña californiano) difícilmente evocaba el gusto de ella en materia de muebles. Pero era Boston, y, para Landau, Boston era Kitty.

—Creo que deberías escuchar lo que dice este señor, Jake. Es fascinante.

El que hablaba era Ross (por Cristo, ¿cómo se las arreglaba para mantenerse tan bien?). Landau sospechaba que si su propio matrimonio hubiera sido el arruinado, su pelo seguiría tan bien compuesto como estaba ahora. Había estado hablando con una persona completamente extraña, del asiento vecino, y Landau advirtió que Ross, que no tenía la costumbre de entablar conversaciones con personas desconocidas, lo estaba haciendo a causa de él. Era un generoso intento, pero inútil.

—*Mr. Le Hand*, que está a mi lado, me está refiriendo todo lo que sucede entre bambalinas en una convención de bodegueros. Es muy interesante, Jake.

—En realidad es tremendamente aburrido —dijo *Mr. Le Hand*—. Una cantidad de discursos aburridos generalmente. Solo que esta vez soy yo el que

tiene que dar una de estas latosas conferencias. Bajó la vista y se quitó una hilacha de la solapa.

Landau que oía la conversación distraídamente, se sintió cautivado por lo melindroso del desconocido. Se había sentado colocando un gran portafolios de cuero sobre el piso, al lado de su asiento, y cruzaba las piernas como si un extremo cuidado pudiera evitar las arrugas debajo de las rodillas. A cada momento se estaba sacando algo de la chaqueta. Landau pensó que odiaría ser su tintorero.

—Continúe, *Mr. Le Hand* —insistió Ross, prestándole la mayor atención—. Mi amigo ha tenido un día duro, con la lluvia y todo lo demás, pero lo escucha. ¿No es así, Jake?

—Por supuesto, lo estoy escuchando.

—¿Cómo se llama la organización que realiza la conferencia? —preguntó Ross.

—La Asociación de Comerciantes de Licores de la Costa Oriental. La ASCOLICO, para sus amigos. Un puñado de inútiles, si me pide una opinión. Pero, bueno... Klinger tenía que mandar a alguien, y así creo que me eligieron a mí.

—¿Klinger?

—F. & D. Klinger, proveedores de bebidas finas desde 1859, «Dos dedos de Klinger...».

Los ojos de Landau miraron el cielo raso.

—Bien —dijo Ross alegremente— supongo que no será tan malo. Mientras está en New York siempre puede ir a ver un *show* o algo divertido. Creo que hay uno muy bueno...

—¡Mi Dios, lo olvidé! —exclamó *Le Hand*.

—¿Qué dice?

—Tendrá que disculparme un momento. Mire, yo iba a ver un *show* en New York, con un amigo de Detroit que va a estar en New York al mismo tiempo que yo. Me pidió que comprara las localidades cuando llegara. El problema es que no sé dónde queda el teatro, de manera que voy volando al quiosco del vestíbulo a comprar el *New York Times*.

—Creo que todavía se vende el *Times* en New York —dijo Landau—. Puede comprarlo cuando aterrice en el aeropuerto La Guardia.

—Tal vez, pero mi lema es «Está preparado».

—Me parece recordar que hay un grupo u otro con el mismo... —murmuró Landau, pero *Le Hand* estaba ya en camino por el largo corredor que lleva al vestíbulo. En el mostrador de recepción, colocado en el centro de

la sala de espera, una mujer vestida con un traje de *tweed* verde estaba tratando de que el empleado le prestara atención. El oficial de la línea se afanaba por ordenar algunos papeles antes de anunciar el vuelo, pero su expresión indicaba que lo estaban acosando por todos lados.

—No quiero ser molesta —estaba diciendo la dama del traje verde— pero necesito saber si el avión llegará a horario.

El empleado de controles golpeaba con el extremo de su lápiz sobre la superficie del escritorio de fórmica. Dejó de golpear, inspiró profundamente y respondió:

—Como ya se lo he dicho, todavía no lo sabemos. El avión aún no ha llegado a la pista y no tenemos manera de saberlo.

—Verá —continuó ella como si hubiera habido un profundo silencio durante los últimos segundos—. He sabido de muchos amontonamientos de aviones en el aire, y no quiero quedar atrapada allá arriba. ¿Entiende lo que quiero decir?

Landau observó que la mujer hablaba con tranquilidad, pero con firmeza. Desde su silla no tenía dificultades para escuchar la conversación que se desarrollaba en el mostrador. De cuando en cuando la mujer se llevaba los dedos de una mano a la boca, como para demorar las palabras en su camino al oído del empleado.

—Señora a *nadie le gusta* quedar atrapado allá arriba.

Esta respuesta inmovilizó a la mujer, quizás porque era la primera que oía. Abrió la boca para decir algo más, pero lo reconsideró y volvió a su asiento que quedaba frente al de Landau, en la sala de espera.

En el asiento al lado de ella había un hombre de bigotes y con patas de gallo alrededor de los ojos. Cuando la mujer del traje verde se sentó, el hombre levantó los ojos de su libro —*La Interpretación de los Sueños*—, y le sonrió en una forma agradable, aunque de producción en masa.

Fue lo suficiente, sin embargo, para hacerla sentir que debía darle una explicación.

—Solo quería... solo estaba tratando de saber si el avión llegaría a tiempo. Una respuesta simple para una pregunta simple, eso es todo.

El hombre —que a Landau le recordaba vagamente a Douglas Fairbanks (h.)— no dijo nada, simplemente la miró.

—Me refiero a que no le informan a uno *nada*. Es tan descorazonador.

—Quizás no lo sepan —sugirió el hombre cortésmente.

—¡Por supuesto que lo saben! —Sorprendida por el sonido de su propia voz, la mujer agregó en un tono más bajo—. Saber es su trabajo.

El hombre pareció considerarlo un segundo, luego dejó que sus ojos volvieran al libro.

Pero luego de una rápida inspección a las direcciones a dónde se dirigía la atención de los otros viajeros, la mujer se volvió a él.

—Siempre hacen lo mismo —insistió—. En cierta oportunidad estaba esperando un avión a Houston, y nos repetían una y otra vez que subiríamos al avión en unos minutos. «Solo unos minutos», nos repetían.

El hombre cerró el libro, sobre su dedo índice estirado.

—¿Y...?

—Pasaron dos largas horas antes de que subiéramos a ese avión.

—Lo lamento. —El hombre mantuvo la cabeza inclinada para asegurarse de que la mujer había terminado de hablar, pero no había terminado.

—Es como en todas partes. Se sienten superiores si hacen esperar a la gente. Los médicos hacen lo mismo. Hay que estar horas muertas en la sala de espera.

Era evidente que el hombre buscaba la manera de poner fin a la conversación.

—Quizás, pero es mejor esperar unos minutos más en tierra que no llegar jamás. A usted no le gustaría que descuidaran las precauciones de seguridad.

Su intención era poner punto final a la conversación. Pero fracasó miserablemente.

—¡Ah, bueno! —dijo la mujer, llevando la punta de sus dedos a la boca—. Sepa que yo no confío en absoluto en esas líneas de aviones. Nada, en absoluto. Saqué una cantidad de seguros en una de esas maquinitas que tienen allí en el *hall*. Un dólar cubre un buen seguro, sabe...

—Esperemos que pierda su dólar —dijo el hombre con una sonrisa desabrida.

—¿Cómo...? Oh, sí, por supuesto. Pero tengo un muchacho que envío a la universidad.

—Ah...

—Sí. No es hijo mío, sin embargo. Es un sobrino. Está en Columbia.

—Muy buena universidad.

—Recién ha ingresado.

Silencio.

—Va a estudiar medicina.

Los ojos del hombre fulguraron.

—Esperemos —acotó secamente— que cuando ejerza su profesión no haga esperar a sus pacientes.

La mujer sonrió débilmente e inspeccionó otra vez la sala de espera. Cuando posó de nuevo sus ojos en el hombre, este había vuelto a Freud.

Entre tanto, en el mostrador, un hombre gordo con el pelo untuoso y ondulado estaba hablando con el que atendía. El hombre gordo transpiraba profusamente, y el origen de su transpiración parecía ser dos minúsculas fuentes ocultas por los oscurísimos cristales de los anteojos para sol, que llevaba puestos.

—Oiga amigo —le dijo al empleado en un murmullo de actor en el escenario.

—¿Sí...?

—Acabo de oír algo que quema. ¿Quiere que se lo diga?

—Señor, estoy muy ocupado en este momento, ¿podría...?

—Me soplaron que van a secuestrar este avión.

El empleado permitió que sus cejas se levantaran.

—Pero no para Cuba, ¿sabe? —continuó el hombre—. Esta vez nos llevan a Miami —y golpeó al empleado en la espalda—. ¿Lo agarra? ¡Miami! El tipo va a decir «Den vuelta el avión, vamos a Fontaineblau».

—Señor —dijo el empleado con una voz en la que se traslucía su impaciencia—, ¿hay algo *serio* en que pueda servirlo?

—En verdad sí, hay algo. Vea, estoy en el negocio del teatro, amigo, y no quiero llamar la atención...

Landau no pudo oír el resto. Le Hand, el hombre con quién había estado hablando Ross, estaba de vuelta. Tenía un *New York Times* debajo del brazo y una sonrisa satisfecha en la cara. Pero gradualmente, a medida que se acercaba a su asiento, la sonrisa se evaporó y sus movimientos se hicieron espasmódicos, luego frenéticos.

—¿Le pasa algo? —preguntó Ross.

—¡Mi portafolios! ¿Ha visto mi portafolios? —Buscó alrededor de los asientos que ocupaban Landau y Ross.

—No creo. ¿No lo llevó con usted cuando fue a buscar el diario?

—No. —Se agachó—. Lo dejé aquí mismo. Lo puse bien junto al asiento. Aquí mismo lo dejé cuando fui al vestíbulo, y ahora no está. ¡Ha desaparecido!

—Cuidado con lo que di... —comenzó Ross pero Le Hand había girado y se dirigía al corredor. Mientras Landau y Ross observaban, Le Hand buscó por todas partes en el corredor, entonces su mirada captó algo directamente frente a la sala de espera en dirección a la puerta de vaivén. Landau también miró, pero al principio no advirtió nada particular. Luego vio que

aparentemente surgía, tras la barrera de un metro de la sala de espera, una mata de pelo oscuro y ensortijado.

Le Hand, más rápido que sumar dos más dos, se volvió al pasillo de la sala de espera, con una expresión resuelta en el rostro. Se acercó al empleado del mostrador, que todavía estaba ocupado con las fórmulas impresas sobre su escritorio, diciendo:

—Venga conmigo. Han robado mi portafolios.

El empleado levantó la cabeza como si alguien le hubiera avisado que se le incendiaban los fundillos. Luego siguió a Le Hand fuera de la sala de espera. Landau y Ross, los únicos enterados de la situación, se levantaron despacito de sus asientos para ver mejor. En la sala de espera, al otro lado del camino, Le Hand se detuvo y señaló teatralmente el rincón desde donde había visto surgir la mata de pelo.

—Allí está —anunció señalando con la mano pero conservando los ojos fijos en el empleado.

El hombre examinó el rincón y luego se quedó mirando a Le Hand.

Al no obtener la reacción con que había contado, Le Hand miró al rincón.

—Pero allí estaba —protestó—. Le digo que vi un pelo oscuro allí, contra la pared; alguien debe haber estado arrodillado en ese rincón con mi portafolios.

—Parece que quien haya sido ya no está, ¿no es así? —respondió con suavidad el empleado.

—No lo comprendo.

—Mire, probablemente ha sido algún niño...

—¡No! Le aseguro que era alguien con mi portafolios.

—¿Usted lo vio? —el empleado era un hombre paciente, pero hay un límite para todo—. ¿Realmente lo vio con su portafolios?

—Bien... no, yo...

El empleado se aclaró la garganta:

—Señor, lo lamento mucho, pero el avión sale en pocos minutos...

—¿Cree que estoy haciendo una broma?

—Señor...

Pero los ojos de Le Hand vieron una figura negra abriéndose paso por el corredor, tratando a toda costa de no echar a correr. Recién al segundo intento Le Hand pudo articular un grito:

—¡Allí va!

Y la figura, un joven con una tricota negra, de pronto salió con energía, como una catapulta, en dirección al vestíbulo de entrada. En su mano derecha

llevaba un gran portafolios de cuero.

—¡Detengan a ese hombre, deténgalo! —gritó Le Hand, olvidando al empleado y corriendo tras del hombre de la tricota.

Pero nadie lo detuvo. Con Le Hand a sus talones, y Ross y Landau detrás, el hombre atravesó la multitud de ex y futuros pasajeros que poblaban un vestíbulo que estaba, como es usual un viernes a la tarde, repleto de gente con mil destinos diferentes vinculados a ese aeropuerto, alquilando coches, sacando pasajes, adquiriendo pases de embarque en las máquinas automáticas, esperando los próximos aviones. Mientras el ladrón pasaba como una tromba, pocas personas comprendieron lo que estaba sucediendo. Todo fue demasiado rápido para que alguien advirtiera la verdadera situación y prestara ayuda.

Para el momento en que Le Hand, Landau y Ross llegaron al vestíbulo, el hombre del *pullover* había pasado las puertas de vidrio que llevan a una pequeña plaza, alrededor de la cual estacionan taxis en espera de pasajeros. Comenzaba a cruzar el descampado cubriéndose la cabeza de la pesada lluvia con su mano libre, mientras sus zapatos sonaban rítmicamente en el pavimento mojado.

Un policía, que de paso había visto solo con mediana curiosidad al hombre del *pullover* negro salir disparando a través de las puertas exteriores, estaba entrando al vestíbulo cuando Le Hand llegó allí.

El policía llevaba un impermeable amarillo, del que goteaba agua haciendo ruido, y una gorra cubierta de plástico, que estaba por volcar su cosecha de lluvia en el piso del vestíbulo.

—¡Deténgalo! —gritó Le Hand en el rostro del policía—. ¡Me ha robado el portafolios! ¡Hay papeles de valor allí adentro! ¡Por amor de Dios, deténgalo!

El policía dio media vuelta instintivamente llevando su mano derecha al costado, y vio la figura del negro disparar como una flecha hacia la playa de estacionamiento. Salió al instante, retrocediendo por la puerta, corriendo con cuidado, vigilando a su presa todo el tiempo.

La plaza está bordeada en tres de sus lados por edificios bajos con escaparates de las líneas aéreas al frente. Grupos de personas se asomaron a las entradas y dejaron en el suelo sus maletas para observar la persecución. Landau y Ross, muy cerca detrás de Le Hand, trataban de no perder al policía.

—¡Alto ahí, compañero! —gritó este, mientras corría, con voz entrecortada por los sacudones—. ¡Todos los demás, apártense!

Pero el hombre de la tricota negra no hizo caso. Se lanzó hacia el estacionamiento de autos de alquiler, siempre con el portafolios en la mano.

Cuando el policía llegó a la vereda de la playa, no se veía al hombre por ninguna parte. El policía se detuvo y parecía estar estudiando la situación. No había manera de que el hombre pudiera haber salido de allí tan ligero. En consecuencia, debía haber buscado refugio detrás de alguno de los automóviles. Además, si el hombre del *pullover* no tenía la costumbre de trotar algunas millas todas las mañanas (y su manera de correr evidenciaba lo contrario) necesitaría ahora tomarse un descanso para recuperar el aliento.

—Escuche, compañero —gritó el policía—, y escuche bien. Salga ahora mismo. Facilítese las cosas.

Esperó.

No hubo reacción alguna en la playa de estacionamiento.

—¡Tendremos que ir a buscarlo! —continuó el policía—, ¡y eso significa resistencia a la policía además de lo que ya ha hecho!

Nuevamente, el golpeteo de la lluvia sobre el techo de los coches fue el único ruido en la playa de estacionamiento.

El agua caía desde el mentón del policía a su impermeable. Con una mano se frotó distraídamente la cara. En las veredas que rodeaban la plaza se había reunido ahora una formidable muchedumbre, cuya línea de frente era constantemente empujada hacia atrás por el compañero del policía, un subalterno de pelo rojo.

Minutos antes este policía estaba cómodamente sentado en un coche patrullero, en el centro de la plaza. Al ver la persecución asumida por su superior, apartó su revista *True Stories* en que estaba sumergido y, previendo el aumento del tumulto de curiosos, hizo una llamada por radio al destacamento de East Boston, y rápido bajó del patrullero para ver qué podía hacer para contener a la multitud, hasta que llegara la ayuda solicitada. Landau, Ross y Le Hand eran los únicos que se habían deslizado hasta la playa de estacionamiento antes que el policía soltara su barricada verbal.

Todavía a la entrada de la playa de estacionamiento, pero ya deslizándose entre las hileras de coches, el policía volvió a gritar:

—¿Me oye? —Y escudriñó la playa buscando algún movimiento—. ¡Será mejor que salga! ¡Y quiero decir *ya*, compañero!

Nerviosamente el policía corrió sus manos sobre la superficie plástica del impermeable. Otra vez la mano derecha se dirigió a la cadera, pero ahora parecía estar actuando con plena conciencia de que la herramienta de su oficio se encontraba allí. Con la hilera de brillantes paragolpes que se extendían ante él y la lluvia cayendo por su cara, introdujo la mano en su impermeable y extrajo con cuidado la pistola de la cartuchera. Pero, bien consciente de la

muchedumbre acordonada en las veredas, la ocultó bajo el impermeable mientras le quitaba el seguro.

—¡Por última vez, se lo digo, compañero!

Esto surtió efecto. Mientras hablaba, el policía se había estado moviendo despacio por el sendero peatonal del estacionamiento. Un muchacho había estado escondido tras un coche al que seguramente llegaría el policía con tres o cuatro pasos más. Ahora se enderezó y se lanzó por el camino, las manos cruzadas en la nuca. Ya no tenía el portafolios.

—¡Alto! ¡Deténgase! —gritó el policía.

Pero el hombre del *pullover* continuó marchando de prisa.

El policía liberó torpemente su mano derecha del impermeable y disparó un tiro al aire.

La figura siguió corriendo. Ahora estaba completamente fuera de la playa de estacionamiento, dirigiéndose al camino de servicio del aeropuerto.

El policía disparó una vez más al aire y salió en su persecución, gritando a todo pulmón mientras corría; pero al hombre del *pullover* no lo oía o no quería obedecer. Corriendo ahora con rapidez, el policía bajó un poco el arma al nivel de sus ojos. Con el mayor cuidado posible, considerando el movimiento de sus piernas al correr y la falta de visibilidad debido a la lluvia, apuntó y volvió a disparar.

Una fracción de segundo antes que el ruido del disparo llegara a sus oídos, Landau tuvo la impresión de que la palma de una mano imaginaria hubiera golpeado al hombre del *pullover* desde atrás y lo arrojaba bruscamente hacia adelante. Cuando se oyó la explosión, el hombre cayó de bruces; sus brazos extendidos como para abrazar el pavimento; su cabeza, al caer sobre un gran charco, hizo salpicar el agua. Cuando el agua se aquietó no hubo señal de movimiento alguno.

Durante un momento el policía se quedó paralizado, con el arma que colgaba de su mano despidiendo una voluta de humo por el caño y con un rastro de vapor en el gatillo. Luego se dirigió hasta donde estaba el hombre tendido. Vacilaba antes de dar cada paso, estiraba el cuello como si en cualquier momento esperara encontrar un muro invisible. Cuando llegó al lugar donde yacía el joven se inclinó sobre él. La cabeza del muchacho descansaba en medio de un charco, que rápidamente se estaba tiñendo de rojo; hilos de sangre, ayudados por la lluvia, manaban del charco en distintas direcciones. Torpemente, el policía puso la mano debajo del *pullover* del hombre para sentir el latido de su corazón y la retiró un segundo después.

Entre tanto un *pandemónium* se había iniciado en el perímetro de la plaza. Al oír los disparos el murmullo de la muchedumbre se había convertido en una gritería salvaje, y el policía pelirrojo extendía las manos tratando de evitar que la gente se atropellara los unos a los otros hasta matarse, para no hablar de él mismo. Cuando parecía que iba a ser completamente desbordado por los histéricos peatones en unos segundos más, un aullido de sirenas, espasmódico, interplanetario, atrajo la atención de la muchedumbre desde lejos, y se materializó luego en una presencia ensordecedora. Otros dos coches policiales lograron entrar a la plaza, haciendo girar las luces azules de sus techos. Los seis policías bajaron de los automóviles diciendo al mismo tiempo:

—¡Atrás, atrás, por favor!, como si lo hubieran estado practicando continuamente durante la última hora.

El hombre que evidentemente estaba a cargo de la unidad era un oficial alto, de aspecto severo, a quien Landau oyó llamar Teniente Molloy durante una breve instrucción de estrategia para controlar a los espectadores. Era el único del grupo que no malgastaba palabras dirigiéndose a la multitud; en cambio, con un paso vivo, se dirigió hasta el lugar que había caído el hombre del *pullover*. El patrullero que lo había muerto estaba de pie al lado, respirando pesadamente.

—¿Qué pasó aquí O'Brien? —preguntó Molloy.

—Apunté a sus piernas —respondió O'Brien muy impresionado.

—¿Qué fue lo que hizo?

El patrullero tenía dificultad en encontrar las palabras.

—Robó un portafolios en aquel edificio. Lo perseguí hasta aquí. Disparé dos veces por sobre su cabeza, Teniente. No hizo caso. ¡Apunté a sus piernas, de verdad! —suplicó—. ¡Apunté a las piernas!

La cara de Molloy carecía de simpatía. Sin más rodeos se inclinó para examinar la figura tendida en el suelo. Desde su posición en cuclillas dijo:

—El hombre está muerto. —Luego con un gruñido digno de un levantador de pesas se irguió otra vez—. Y ahora, ¿dónde está el portafolios?

La pregunta tomó a O'Brien de sorpresa. El portafolios robado no había cruzado por su mente desde el momento en que Le Hand gritó hasta ahora.

—No lo sé —respondió desconcertado—. Lo llevaba en la mano hace un momento.

—Ahora no está aquí.

—Por favor, Teniente. Yo apuntaba a sus piernas. Les diré eso, ¿verdad?

—Luego, O'Brien —respondió Molloy impaciente—. Primero ocupémonos del portafolios. ¿Dónde está?

—Aquí, Teniente —Le Hand, que había desaparecido en un momento indeterminado durante la persecución (Landau estaba seguro de haberlo visto unos metros adelante, y luego de improviso desapareció) se estaba aproximando, como si hiciera un esfuerzo para esquivar la lluvia, que aún caía con fuerza.

—¿Quién es esta persona? —preguntó Molloy a O'Brien.

—Es el hombre a quien le robaron el portafolios.

—Lo encontré allá en el suelo. —Le Hand señaló el lugar en la playa de estacionamiento donde el hombre del *pullover* se había refugiado temporariamente.

—Lo había ocultado allí, detrás de un coche —explicó O'Brien—. Habrá querido deshacerse de él cuando trató de huir.

—Trató de huir... —repitió Molloy pensativamente.

—Por favor, Teniente, créame, apunté a sus piernas.

—Veremos eso después. —Molloy se volvió a Le Hand—. ¿Qué es lo que hay exactamente en ese portafolios?

Le Hand se ruborizó.

—La mayor parte son papeles —respondió con timidez—, pero valiosos.

—Será mejor que sea así. ¿Algo más?

—Un reloj. Algunas camisas, ropa interior...

—¿Falta algo?

—No sé... no he tenido tiempo de revisar.

Molloy le hizo un gesto para que lo hiciera, y Le Hand se agachó y colocó el portafolios sobre el pavimento mojado, demostrando un poco de preocupación, en el proceso, por la cobertura de cuero. Removió sin sacarlos algunos papeles y camisas, encontró el reloj y volvió a colocar todo casi geométricamente en la exacta posición que había ocupado antes.

—Todo parece estar aquí, oficial —esto era una mala noticia para Molloy — pero no tengo tiempo para una inspección más completa. Tengo que tomar el avión de las seis para New York. —Hizo un ademán señalando la terminal.

Landau y Ross en las veredas, intercambiaron miradas.

—Allí hay un hombre muerto —dijo Molloy.

Le Hand contempló al hombre tirado, haciendo un remilgo.

—Eso no lo puedo remediar. Tengo que tomar ese avión.

Molloy suspiró:

—¿Cuándo piensa volver?

—El lunes.

—Bien. Lo necesitaremos para que formule los cargos. Deme su nombre y dirección.

—¿Qué es lo que quiere?

—Su nombre y dirección. ¿Tiene alguna identificación?

Le Hand extrajo una billetera de su chaqueta, la hurgó y sacó un registro de conductor. Cuando Molloy hubo apuntado la importante información en una pequeña libreta, devolvió el registro a Le Hand, quien, con su portafolios bien asegurado, se volvió hacia la terminal. El teniente se quedó mirándolo meneando la cabeza.

Landau y Ross cambiaron miradas otra vez, y sin decir una palabra acordaron que era mejor volver también al portón de acceso antes de que el avión partiera sin ellos.

—¿Les dirá que apunté a sus piernas? —le recordó O'Brien a Molloy cuando fueron alejados los curiosos.

—Sí, sí, O'Brien. Es todo por ahora. Será mejor que ayude a dispersar a esa gente que está allá. Cuando vengan los muchachos de la ambulancia dígales dónde estoy.

O'Brien obedeció y Molloy se quedó solo bajo la lluvia. Miró al hombre muerto con una expresión dolorosa, como si la pena que sentía fuera suficiente para revivirlo. Movié la cabeza de un lado a otro, nuevamente, más desalentado esta vez, y se enjugó la frente. ¡Era realmente lo que necesitaba! Un hombre de su propia patrulla matando a un miserable ladrón, a un hombre que quizás estuviera un paso más adelante de los carteristas, en la categoría de los delincuentes. ¡Y un disparo en la cabeza! ¡Magnífico! ¡Realmente magnífico!

Y tenía que elegir este preciso momento para hacerlo. Cuando las fuerzas policiales de la nación tenían bastantes problemas, cuando a causa de unos pocos «*bulldogs*» en Chicago, la policía en general estaba tildada de nazi, que no merecía una gota de compasión. ¡Compasión...! ¿Por qué no premian a los criminales con una medalla? Rehabilitación... esa era la piedra angular. Lo mismo podrían tratar de reformar una cobra real. Lo que necesitan es una buena patada allá atrás me parece a mí... Y viene la Suprema Corte y le dice a la policía: «Con calma, con calma...». Romperles la crisma... es la única cosa que entienden. Dejemos que algunas de esas almas compasivas sean patrulleros un día, solo uno. Iban a aprender algunas cosas...

Pero no tenía sentido que se preocupara por esas cosas ahora. Primero había que atender oficialmente este lío. Molloy sacó la libreta y apuntó la

hora y el lugar y su opinión sobre la naturaleza de la herida. Con dificultad, a causa de la lluvia, dibujó con tiza el contorno del cuerpo. Luego se acercó al hombre muerto y palpó en los bolsillos de su pantalón. Lo primero que sacó fue un pañuelo sucio. (El muchacho se sonaba mucho la nariz). En otro bolsillo encontró monedas (unos sesenta y cinco céntimos), un cortaplumas (que Molloy consideró recientemente afilado), una llave (aparentemente la llave de una casa) y una billetera. Revisó la billetera y encontró una tarjeta de seguro social con el nombre de Derrnis Varga. «Siento mucho lo ocurrido, Dennis», pensó.

Finalmente, Molloy revisó el bolsillo de atrás. Aquí descubrió algo un poco menos ordinario. Era una llave, pero no la llave común de una casa o de un coche. Estaba hecha con la misma aleación de metal, pero sobre su cabeza había una envoltura plástica con el nombre del fabricante y un número impreso aunque mecánicamente con descuido. Si el hombre hubiera tenido un segundo más, hubiera podido colocarla. Sí, era la llave de una de esas cajas de seguridad, alquiladas, del tipo donde uno deja sus pertenencias por un día, para no tener que cargar con ellas. Las hay en los aeropuertos, en las terminales de ómnibus, estaciones de ferrocarriles, lugares así.

Molloy miró la llave con atención.

¿Sería esto lo que el hombre del *pullover* le había sacado a ese individuo Le Hand? ¿Sería por esto que había sido muerto? ¿La llave de una caja de seguridad...? Parecía una broma. Desde luego que había oído historias acerca de gente que había encontrado la muerte custodiando un billete de diez dólares, pero esto se llevaba la palma. Por supuesto, podían estar en el depósito las joyas de la corona. Pero era más probable que fuera un pisapapel con la forma del monumento de Bunker Hill. Molloy decidió que aunque pasara mil años en la fuerza policial jamás comprendería la mente de los criminales.

2

—Con permiso.

—Perdón.

—Bienvenidos a Eastern Air...

—Estoy apurado, disculpe...

—Habrás visto... ¡Qué gente! ¡Como si el avión fuera a despegar sin ellos! Está bien, de acuerdo, Frank, lléveselo.

Si alguien además de la azafata —que tenía otras cosas en qué pensar— hubiera estado cerca de la escalerilla de acceso observando mientras Landau y Ross subían al avión, podría haber imaginado que uno de ellos era profesor universitario y el otro quizás, un productor de Broadway. Hubiera tenido razón a medias. O tal vez un poco menos, porque en tanto que Jacob David Landau era un profesor de astronomía en la Universidad de Columbia, no era el que al observador le hubiera parecido ser tal. Marty Ross, su amigo y brillante abogado de Nueva York, estaba vestido con una chaqueta *sport* gastada, una camisa a cuadros, y pantalones de corderoy sin cinturón, todo lo cual parecía en gran parte conferirle su apariencia de perteneciente a una clase ligeramente superior, epítome del estilo que usan para circular por el *campus* los profesores de mediana edad, deseosos de evitar que se los confunda con los no graduados, que usan chaquetas de fajina y botas de vaquero. Landau, por otra parte, tenía un traje bien cortado a rayas, con tajos laterales, y una corbata de seda en los colores primarios; aun cuando para ser absolutamente justos con nuestro hipotético observador, la elegancia del traje era una novedad reciente en los hábitos del profesor. Tan reciente, en verdad, que Ross, abrumado por el repentino cambio de su amigo al dejar la chaqueta con parches en los codos, no perdía la oportunidad de tacharlo de «dandysmo». Todo era parte de un juego, en cuyo espíritu entraba Landau lo mejor que podía. La acusación, como la preocupación por la ropa misma, igual que el forzado ingenio que Ross había desplegado en la sala de espera, eran solo una manera de sacar a Landau del pensamiento que predominaba en su mente sobre todo lo demás... su divorcio.

Ross estaba actuando como abogado de su amigo en el pleito, y sentía que era su obligación hacer todo lo que estuviera a su alcance, además del consejo legal, para restituir a Landau a su condición anterior a la separación. Este Landau había sido un individuo con mucha personalidad. Era difícil que una reunión terminara sin que los invitados levantaran una copa brindando por él, y declarando que allí estaba el único hombre libre de preocupaciones. Y, por lo menos entre las personas que el abogado había tratado, era verdad. Pero, ante los propios ojos de Ross, su amigo se había deshecho como un rompecabezas, y parecía como si malignos demonios hubieran entrado a hurtadillas en el dormitorio de Landau a media noche, durante los últimos tres meses, desacomodando las piezas para que no encajaran correctamente.

Ambos habían estado en Boston para hablar con el abogado de la Otra Parte. La cual era Kitty. «La extraña y remota mujer de Jake Landau» como decía el mismo Landau, levantando una ceja, al referirse a ella. Gracias a Dios, se habían librado de encontrarse con Kitty en este viaje. En cambio llamaron (y hablaron) a su abogado. Y con David Doberman actuando por ella, Landau preveía muchas prolongadas sesiones más antes de que se acordara la cesación de las hostilidades. Durante las tres horas que hablaron en el estudio del abogado, Landau había garrapateado en un anotador. Esbozó el retrato de un hombre pequeño, de ojos saltones y labios gruesos, pelo alborotado y descuidado. El dibujo tenía su parecido.

Kitty había nacido en Boston y luego de su casi vehemente desacuerdo en el apartamento de la calle 181, ella había empacado sus cosas y se había marchado a la casa de sus padres en Brooklin. Por supuesto que insistió en que todos los tratos y discusiones se llevaran a cabo en New England, donde —según la teoría de Landau— ella sabía que tenía la ventaja para luchar y proteger su hogar, como había tenido el Sur en la Guerra Civil. Bien, ¡recuerde quién ganó aquella vez!

Bueno, ¡qué diablos!, pensó Landau. Dejemos que haga como quiera. Tal como estaba ya no podían herirlo más. Dios es testigo de que él tenía bastante criterio para conducir a cualquier persona a cualquier cosa, últimamente llegó a momentos en que se sintió tentado de hacer cualquier cosa para ayudarla. Lamentaba que ella hubiera tenido que soportarlo tanto tiempo, y en el proceso —debía confesarlo— también lo lamentaba por sí mismo. «En verdad te encanta tenerte lástima, Jake». Kitty lo había escarnecido durante los años que vivieron juntos. La oía echarle en cara, ahora mismo...

—Bienvenidos a bordo del Vuelo 523 de Eastern Airlines al aeropuerto de La Guardia en New York —anunció la azafata—. Hoy su capitán es el

Capitán Warren; yo soy *Miss Magnuson*; esta es *Miss Wirtz*, y esta es *Miss Carlos*. —Algunos dientes se descubrieron en una sonrisa al pronunciar cada nombre—. Los atenderemos durante el vuelo. La tarifa es de dieciocho dólares y noventa céntimos; se aceptarán cheques personales y tarjetas de crédito.

—Creo —murmuró Landau a Ross— que si oigo otra palabra referente a dinero vomitaré.

—No te acalores —replicó Ross—. Esto se arregla de una patada. No tienes que enviar a la línea aérea un cheque mensual, ni nada por el estilo.

—Gracias.

—Creo que deberían oír esto —aconsejó una mujer vestida de verde sentada al otro lado del pasillo con respecto a Landau y Ross. El bigotudo entusiasta de Freud, estaba ubicado al lado de ella, aun cuando no por su propia voluntad. Ella había entrado en la cabina después y lo descubrió a pesar de que el hombre tenía el diario levantado.

—Su propuesta merece consideración, señora —dijo Ross con una gentileza de Alto Magistrado y una mirada a Landau.

—... altitud de la cabina —estaba diciendo la azafata—, una máscara de oxígeno caerá automáticamente desde el compartimiento de arriba de su asiento. Cubran la nariz y la boca y respiren normalmente, como lo está demostrando ahora la anfitriona.

—En mi época se les llamaba azafatas —susurró Landau, más suavemente esta vez, y mirando a la mujer del traje verde mientras hablaba.

Ella le sonrió con desabrimiento.

—... los aspectos de seguridad de nuestro Douglas DC-9 —concluyó la azafata—, les ruego que lean la tarjeta de información que hay en el bolsillo del asiento que tienen delante de ustedes. Deseamos que tengan un vuelo agradable; estaremos en la cabina para atenderlos en todo lo que nos sea posible.

Miss Magnuson se deslizó detrás de la cortina que ocultaba a los pasajeros, la cabina del piloto y el compartimiento de las azafatas. Casi enseguida se produjo una estática en el sistema del alto parlante del avión, y se oyó una voz:

—Les habla el Capitán Warren. Habrá una pequeña demora antes de despegar debido a la inclemencia del tiempo y a la cantidad de aviones que esperan para levantar el vuelo. Somos el octavo en la línea para hacerlo. La demora será de aproximadamente quince minutos.

—¡Cristo! —exclamó Landau muy molesto— «un abarrotamiento».

Ross lo miró preocupado y advirtió que las palabras indicaban algo más que una mera exasperación por la demora. Quizá lo mejor sería dejarlo en paz, reflexionó.

Pero Landau quería conversar, sobre cualquier cosa, con tal de no pensar en Kitty...

Katherine Rachel Epstein Landau... el primero, añadió Landau, hablando consigo mismo. La había conocido ocho años atrás en la sala del Philosophy Hall en Columbia. En ese momento ella estaba en segundo año de inglés. Él era ayudante de astronomía, y ese día había ido al salón buscando a un estudiante que estaba a un paso de hacer fracasar su seminario sobre estructura de las galaxias.

Jamás había pisado el salón antes. Solo pasó de largo alguna vez y le había parecido un lugar más impersonal que un aula, a pesar de que en ese salón gentilmente se servía té a la tarde. Las típicas sillas de cuero estaban dispersas por todas partes y sentados en ellas los estudiantes que se ocupaban agresivamente de sus propios asuntos. Algo muy diferente de Amherst, donde él se había graduado.

Estaba inspeccionando el salón en busca de su alumno, cuando, aparentemente desde el revestimiento de madera, había surgido la muchacha.

—¿Usted también está en inglés? —preguntó ella.

—No. —Hubo un silencio embarazoso.

—Es esta habitación... —continuó ella—. ¿No le parece horrible?

Él la comprendió perfectamente, y desde ese momento en adelante los temas de conversación se sucedieron en forma continua.

—¡Dios mío! —le confesó algunas semanas más tarde—. No tenía idea de que pudiera comunicarse tan vívidamente con un «no-humanista». A decir verdad, no creía que nadie pudiera hacerlo.

Comenzaron a dormir juntos algunos días después de eso, la mayor parte de las veces en el apartamento de ella en la calle 120. Pasaron dos semanas antes de que él se fijara en el piso de la sala de estar; estaba siempre inundado por una lluvia de cosas: diarios, secador de pelo, discos, libros de poesía. Ella adoraba a Donne.

—En verdad es una persona en quien puedes hincar los dientes —decía ella, y lo analizaba con ferocidad.

Una noche particularmente activa él le preguntó:

—¿No crees que puedes arruinarlo a fuerza de tanto análisis? Algo así como si lo secaras, ¿no te parece?

Ella levantó los ojos pero no dijo nada. Pero en sus ojos había una mirada en la que podía leerse: «Si tienes que hacer esa pregunta, es imposible ayudarte».

Él advirtió lo que sobrevendría. El choque de personalidades se hizo más fuerte después de casados. Con frecuencia discutían sobre asuntos tales como si irían o no al cine una noche determinada. Ella deseaba trabajar, él, descansar. Él la acusaba de ser obsesiva en cuanto a su beca, ella decía que él era poco ambicioso. ¿Acaso no deseaba ser alguien en astronomía? Por supuesto no podía opinar en la especialidad de él, pero en la suya había que publicar cosas. Y no solo publicar... invadir nuevas áreas. Alcanzar algo que verdaderamente produjera un terremoto.

Él le dio a entender —aunque indirectamente— que no estaba satisfecho con la forma en que llevaba el hogar...

—¿Quieres que me quede todo el día en casa limpiándola? —preguntó ella durante uno de sus primeros desacuerdos, relativamente suaves.

—No hay peligro de que suceda eso —musitó él.

—¡Dios, espero que no! Yo *también* soy un ser humano inteligente. Deseo *utilizar* mi inteligencia.

Luego, una noche, siete años después de su boda, se levantó silenciosamente del diván, lo dejó diciendo:

—Esto se acabó, se acabó —y se dirigió al dormitorio a empacar. Sin dirigirle una sola palabra más abandonó el apartamento, tomó un taxi a La Guardia, y subió al avión de las diez en dirección a Boston. Al día siguiente tuvo noticias de David Doberman, el de los labios gruesos y pelo rizado; un día después Landau le refirió toda la historia a Marty Ross.

Landau había esperado simplemente comprensión, pero Ross dio por sentado que también necesitaba ayuda profesional y solicitó todos los informes importantes del caso, a la manera de los policías. El temor principal de Landau, después de eso, era que Ross rechazaría los honorarios.

Landau se preguntaba cómo podría obligarlo a aceptar. Ross era tan mal negociante; solo una aptitud fenomenal para las leyes lo había salvado de engrosar la lista de mantenidos por la beneficencia pública. El clásico profesor distraído (el hipotético observador hubiera tenido en cierto modo razón) en la facultad de leyes se había ocupado en rastrear hasta su origen la historia de leyes extravagantes que otros aceptaban con gusto como criterio legal. Leía incansablemente, pero a diferencia de Kitty podía dejar que libros enteros flotaran sobre él, y en un momento dado, sentirse interesado por una sola línea en alguna parte hasta el punto de pasar días investigándola.

Sus distracciones eran proverbiales. Se metía cosas en los bolsillos sin discriminar y con descuido. Quizás una incipiente «cleptomanía», bromeaba con los amigos. El día de su presentación ante el tribunal de Ames, una ordalía por la que eventualmente tiene que pasar todo estudiante de Leyes de Harvard, se levantó majestuosamente de su asiento y sacó un papel de envolver chocolate, del cual debía extraer los detalles para su argumentación.

La cabina del avión estaba ahora vibrando con un poco más de vigor. El avión se movía en dirección a la pista. A la entrada de esta volvió a detenerse, esperando su turno detrás de otro avión de la Eastern, un Boeing 727.

—Creo que necesitas volver a ocuparte en algo —dijo de pronto Ross.

Landau estaba perdido en sus recuerdos:

—¿Qué?

—Dije que creo deberías ocuparte en algo otra vez. ¿Me entiendes? Escribir, comenzar con las matemáticas nuevamente. Como antes de casarte. Tienes todo el verano por delante.

Landau recordó la época en que «hacía cosas». En el colegio había sido un entusiasta. Siempre interesado en algo y no siempre astronomía. Su mente tenía constante necesidad de asirse a algo, y por un tiempo el universo le había parecido demasiado insubstancial.

—Quizás tengas razón —contestó.

A Ross no se lo desanimaba con facilidad.

—¿Qué te parece la fotografía?

—Hago bastante de eso en el observatorio.

—No es lo mismo. Me refiero a la fotografía como un entretenimiento. Sacar fotografías de viejos con arrugas en los rostros, pinturas descascaradas, cosas así.

—¿Pinturas descascaradas?

—Por supuesto. Muy de moda, en estos días.

—Pero ¿un profesor de Columbia?

—Querido Jake, siempre preocupado por tu imagen. ¿Por qué no? ¿Sabes que acabo de comprar una cámara? Una *reflex* de una sola lente. No veo el momento de llegar a casa y probarla. Casi no la he sacado del estuche todavía.

—¿Cuándo la compraste?... ¿Hace tres meses? —Esto era una burla a la reverencia de Ross por todas las cosas mecánicas. Su actitud habitual ante un nuevo mezclador de alimentos o una máquina de afeitar eléctrica, era abrir la caja, quedarse mirando amorosamente el artefacto durante un tiempo, tocarlo con cautela (quizás palpando los lugares suaves), y luego sacar las instrucciones y cerrar la tapa. Llevaría las instrucciones consigo durante días,

echándoles un vistazo en la parada del A & P o esperando el ómnibus Número Cinco.

—Hace una semana —replicó Ross obstinadamente.

—¿Qué piensa Sheila de eso? —para el lechero Sheila era *Mrs.* Ross.

—Está de acuerdo. Por supuesto, el cachivache tiene muchos accesorios. No se imagina que yo pueda recordar cómo utilizarlos a todos.

—Bien, eres bastante hábil para seguir todos los detalles en los casos de divorcio.

—Creo que puedo manejar mi cámara —respondió tozudamente Ross—. Una vez que le tomas la mano, se hace casi automático.

—Es ahí donde empieza a preocuparme. ¿Cómo podrás acordarte de quitarle la cubierta al objetivo?

—¿Sabes? Sheila me hizo esa misma pregunta. —Estaba realmente sorprendido—. Pero eso es algo que no puedes olvidar con esta cámara. Cuando miras por la abertura para ver lo que vas a fotografiar en realidad estás mirando a través de la lente. Una especie de juego de espejos, según creo. De manera que si la lente está tapada, no ves nada. —Gruñó y sacudió la cabeza como significando: «¿qué otra cosa se les ocurrirá pensar ahora?».

—Todo eso está muy bien, pero ¿qué cosas vas a fotografiar? —Landau estaba empeñado en saber.

—Oh, no estoy muy seguro todavía. Cualquier cosa que surja. Pintura descascarada, quizás —levantó los ojos hacia Landau con una pequeña sonrisa desvalida.

Landau soltó una carcajada.

La vibración de la cabina se hizo más intensa a medida que el avión comenzó a carretear por la pista. Un rugido apagado y el siseo de un silbato de perro era todo lo que se podía oír desde adentro. Landau fue empujado con fuerza contra el respaldo del asiento y vio el cemento de la pista deslizarse cada vez más lejos de la portezuela hasta que formó un pequeño parche en el paisaje, allá abajo. La señal de «Ajustarse los cinturones. No fumar» se apagó y la cabina se llenó de clicks y serpenteos mientras las luces destellaban aquí y allá.

El hombre del bigote, que había encendido un cigarrillo (ante el obvio espanto de la mujer del traje verde), ahora se inclinó por encima de ella para dirigirse a Landau y a Ross:

—Me pareció oírles a ustedes, caballeros, hablar sobre fotografía...

—Sí —respondió Ross, cuyo asiento daba al pasillo, pero no tenía costumbre de ser importunado en sus viajes a New York.

—Es mi *hobby* —confesó el hombre de los bigotes—. Hago algunos trabajos para una compañía publicitaria en New York.

—¿Ah, sí? —Hablaba Landau, tomando sobre sí el peso de la cortesía. ¿Qué editorial es?

—*World-Century Publications*. Ah, de paso, mi nombre es Havemeyer.

—El mío es Ross —dijo este, tendiendo su mano a través del pasillo.

—Landau —se presentó sin tenderle la mano, mientras trataba de recordar—. Havemeyer... —repitió—. Hay un edificio en Columbia que lleva ese nombre. ¿Algún antepasado suyo?

—No lo creo.

—*World*... ¿qué fue lo que dijo? —Landau se mostraba interesado—. Me parece haberla oído nombrar.

—*Century. World-Century*. No, no creo que la conozca. No somos... hum... muy importantes... —su voz se perdió al finalizar la frase, demostrando su arrepentimiento por haber mencionado el asunto.

Pero Landau persistió.

—¿Qué es lo que publican ustedes?

—Revistas, en su mayor parte...

—¿Cuáles? ¿Conozco algunas?

—Lo dudo.

—¿Cómo se llama alguna de ellas?

Havemeyer se alisó el bigote con los dedos de ambas manos:

—Bien, en realidad hacemos revistas conmemorativas.

—¿Conmemorativas?

—Sí. Cuando asesinan a alguien, como Robert Kennedy o Martin Luther King, sacamos una edición conmemorativa sobre ellos dentro de las cuarenta y ocho horas. Bien, alguien tiene que hacerlo. Como también hay que enterrarlo. El público lo espera. Y debo decir que hacemos un trabajo de buen gusto. Detallamos sus actuaciones, sus grandes realizaciones, cosas así. —Estaba entusiasmándose con el tema—. Tiene que haber visto algunas de ellas. En verdad hicimos un espléndido trabajo sobre Robert Kennedy. Todo lo referente a su familia.

Landau estaba interesado:

—Pero no puede hacer eso todo el tiempo. La gente que puede interesar no se muere tan seguido.

—Se sorprendería. También hacemos otras revistas. —El entusiasmo volvía.

—¿Qué...?

—Ustedes estaban hablando de una nueva cámara, creo. —Ross contestó:
—Sí, acabo de comprarla. Uno de esos aparatos japoneses —continuó—. Una *reflex*, de una sola lente. ¿Entiende mucho de cámaras?

—Un poco. Es solo un *hobby* para mí. Creo que si no fuera por los *hobbies* me volvería loco. Todo el mundo debería hacer algo fuera de su trabajo, ¿no le parece?

—Oh, sí —acordó Landau, pero su interés se había disipado.

El tedio que advirtió en su voz fue una señal de alarma para Ross.

—Es un profesor —se disculpó Ross, señalando con la cabeza a su amigo—. De Columbia. Está metido en demasiadas asambleas, paros y disturbios estudiantiles.

—Y demasiado Tom Coll^[1] —agregó por decir algo Landau.

—¿Dijo usted Columbia? —Era la dama del traje verde, que había estado haciendo ademanes, exteriorizando su desinterés en el diálogo, hasta ahora.

—Así es —respondió Landau.

Iba a continuar, pero en ese momento el avión cayó en un profundo vacío en medio del cual golpeó un bolsón de aire. El efecto fue el de una fiesta que de pronto se interrumpe. Los pasajeros fueron lanzados hacia adelante y luego hacia atrás contra los almohadones de sus asientos. La molestia fue momentánea. Segundos después se oyó un murmullo generalizado de protesta.

Havemeyer, tan pronto recuperó el equilibrio, se inclinó para levantar algo del suelo. Después de enderezarse miró a través del pasillo y evidentemente confundió la mirada turbada de Landau con una señal de curiosidad.

—Un terrón de azúcar —explicó, mostrándolo en la palma de la mano. Era del Statler Hilton. Los colecciono —agregó—. Otro... um... *hobby*.

—Parece muy interesante —agregó Ross, siempre diplomático, tranquilizadoramente—. Los colecciona de todas partes donde va, ¿no es eso?

—Sí —balbuceó Havemeyer, tan reticente para discutir los terrones de azúcar como las publicaciones.

—¿Dijo que era profesor en Columbia? —repitió la dama del traje verde—. Disculpe si me respondió antes, no lo oí por la sacudida.

—Sí —respondió Landau—, allí enseñé Astronomía.

—Oh, quizás conozca a mi sobrino. Recién ingresa. Robert Kaplan.

—No recuerdo el nombre. Pero es un lugar grande, y en el último semestre no he tenido ningún alumno de los primeros cursos.

—Ya sé que es grande —respondió ella con un ligero decaimiento en la voz—. Lo visité el año pasado. Estuve en el edificio de física. Es muy alto e

impresionante. Olvidé su nombre.

—Pupin —la ayudó Landau.

—Eso es. Todo el equipo que tienen allí... es sorprendente. Me interesa mucho la ciencia, pero mi sobrino es el verdadero científico de la familia.

—Ajá...

—Sí. Está estudiando matemática. Pero va a ser médico —continuó ella, apaciguando a cualquier testigo que tuviera esa profesión.

—Muy interesante —respondió Landau cansado.

—Es el único pariente que tengo en el mundo —continuó ella— y costéó su educación. Sus padres murieron en un accidente automovilístico.

Landau lo lamentó con cortesía.

—Sí —continuó ella con una dignidad que lindaba con lo patético—. Pero me ocuparé de que termine la secundaria y vaya a la facultad de medicina.

No pudiendo pensar en alguna respuesta que no fuera muy vacía, Landau se limitó a sonreír. Mirando aún a la mujer, advirtió por primera vez que llevaba un bolso de avión además del propio. Una etiqueta de viaje atada a la correa del bolso indicaba en letras mayúsculas, como escritas por un niño, que su propietaria era Viola Harwich.

Landau pronto comprendió cuál era la personalidad de la mujer, aunque parecía difícil que alguien con ese nombre pudiera existir realmente fuera de las páginas de Dickens.

En el asiento ubicado frente a los de Landau y Ross estaba Miles Le Hand y el hombre macizo con el pelo rizado y anteojos oscuros que allá en el aeropuerto de Logan había advertido de un posible secuestro a Miami. Cuando robaron el portafolios de Le Hand, el hombre gordo no pudo resistir la tentación de lanzarse hacia la plaza, a donde había llegado justo para colocarse en la primera fila de curiosos. Recién reconoció a su compañero de asiento.

—Oiga, usted es el tipo que estuvo envuelto en toda esa conmoción que se produjo allá, ¿no es cierto? ¿Qué sucedió?

—Me robaron el portafolios. —Le Hand estaba poco menos que arrobado por su repentina popularidad.

—¡No me diga! ¿Qué le sacaron? —preguntó el hombre.

—No advertí que faltara nada, pero no he registrado a fondo.

—Debería hacerlo, compañero. Nunca se sabe. ¿Tiene esa valija aquí?

—Está debajo del asiento... pero creo que cuando lleguemos a New York tendré tiempo suficiente. Ya no puedo remediar nada.

—Así parece. ¿Guarda algo de valor ahí?

—Algunos papeles —respondió Le Hand con parquedad.

—¿Papeles importantes?

—Solo la Declaración de la Independencia y la Constitución.

El hombre estuvo un poco lerdo para captarlo, pero lo compensó diciendo:

—Vaya, eso sí que está bien, compañero. ¡Muy bien! Quizás podamos usarlo. —Dejó trascorrir un momento, luego con deliberada modestia le preguntó a Le Hand—. Y... hablando de otra cosa, ¿no me reconoce? A ver, ¿qué tal sin los anteojos? —Reveló un par de ojos normalmente somnolientos que, en ocasiones, podían ser en extremo alertas.

—¿Nos hemos visto?

—Personalmente... no —respondió el hombre con malignidad. Pero las palabras no encontraron eco en Le Hand—. Monte Sloan. Sloan y Swanson, ¿eh? ¿En la televisión?

—Muy rara vez pongo la televisión.

—¿Qué me cuenta? ¿Qué clase de...? —La mirada de tímido disgusto se transformó en una de benevolencia—. Está bien. Posiblemente lo vea a Ed Sullivan. Todo el mundo lo ve. Está en el mismo horario que nosotros. Hace tanto tiempo que trabaja que ha conseguido parroquianos fieles. Pero el canal piensa sustituirlo por nosotros.

—Usted debe estar muy satisfecho con eso.

—Sí, estamos muy contentos. Pero haga memoria, debe habernos visto una o dos veces... mientras cambiaba los canales, quizás. Swanson, el hombre derecho...

—En verdad casi no miro la televisión. —Le Hand sintió piedad—. Mi esposa, sí... —continuó Le Hand sin mayor convicción.

—Oh, claro probablemente ella nos ha visto. Salvo que también sea una admiradora de Ed Sullivan. ¿Sabe? Swanson y yo estamos pensando matarlo a Ed Sullivan. No tendríamos más que meternos detrás de la cortina una noche, cuando está en el aire, ¿comprende?, y clavarle un puñal en la espalda. La cosa es... que nadie se enteraría. No iba a cambiar su expresión... —Esperó con un guiño la reacción de Le Hand—. Oiga, eso que he dicho es gracioso —agregó al ver que no llegaba ninguna—. ¿No ve que Ed Sullivan nunca sonrío? Él... No, tiene razón, no es muy gracioso. En el aire, por supuesto somos mucho mejores. Tenemos libretistas, sabe. Nos dedicamos a temas especiales, no sé si me entiende. Política. Por ejemplo...: Dios no está

muerto: solo está gambeteando el servicio militar. Entonces entramos en el asunto de cómo está tratando de ser clasificado OCC... pero...

Le Hand seguía oyendo el desarrollo del argumento.

—OCC... Oponentes por Cuestiones de Conciencia... ya sé lo que me va a decir. Ahora comprenderá por qué nuestro Nielsen no sirve. Necesitamos mejores libretistas, esa es la cosa. Quiero decir que Swanson es verdaderamente un hombre muy gracioso, muy gracioso. Tiene el mismo aspecto impávido de Buster Keaton. Realmente muy gracioso. Además yo también puedo ser un...

—Sucedé que no pongo a menudo ese tipo de programas —se disculpó Le Hand.

—Bien, si quiere vernos alguna vez, se divertirá. Nunca se sabe. No hacemos ese tipo anticuado de chistes sobre las suegras, ¿comprende, amigo? En realidad, lo mejor del repertorio es quizá demasiado picante para ponerlo en el aire. El canal se alborota; tenemos que recordar a los niños. De manera que tenemos que volver a hacerlo con los libretistas. Créame, son muy cómicos nuestros libretistas.

—Sin embargo hace unos minutos dijo que no eran muy buenos.

—Dije que podríamos tener *mejores* libretistas, compañero. Y, ¿quién no? ¿Eh?

Le Hand silenciosamente concedió que jamás podría penetrar el mundo de la jerga teatral.

—¿Sabe una cosa? —continuó Sloan—. Usted no va a creerlo, pero nuestros libretistas ganan casi tanto como nosotros.

Su interlocutor emitió algunos sonidos para dar a entender su sorpresa.

—Así es. Pero, entienda, no me estoy quejando. Quiero decir que gano lo suficiente para pagar pensión de alimentos a dos exesposas, y un poco más para mantener la que tengo ahora. Es el principio lo que objeto. Verá usted, sin los libretistas, Swanson y yo podríamos hacer algo. Cuando comenzamos a hacer la serie de los clubs; escribimos nuestros propios libretos. Teníamos que hacerlo. No teníamos dinero para hacer otra cosa..., no tuvimos éxito en el Copa, ni en ninguno de esos lugares. Solo en esos cafetines con un pianista, el electricista y el propietario. De manera que usted ve que *podemos* prescindir de los *libretistas*, pero ¿dónde estarían *ellos* sin *nosotros*?, ¿qué le parece?

—Suená razonable.

—Por supuesto que es razonable, compañero. Uno de nuestros libretistas tiene un Rolls y otro bote más. ¿Puede creerlo? Por supuesto que no paga

divorcios por el momento, de manera que ahorra un poco en eso, ¡pero aun así! —Se quitó unas gotas de transpiración de la frente—. ¿Sabe? Ya nadie aprecia al verdadero artista de variedades. Me refiero a cosas como el *timing*, y la manera de decir. Créame una cosa compañero, Jake Benny no llegó a donde está por obra de los libretistas.

—Supongo que no.

—Sabe, tenemos que ensayar durante toda la semana para una maldita hora del domingo a la noche. ¿Piensa que los libretistas trabajan tanto? Tuve suerte de que me dieran unas cuantas horas libres esta tarde para venir a visitar a mis hijos aquí en Boston. Los de mi segunda mujer. La primera está en Omaha. ¿Cree que alguna vez puedo visitar al hijo que tuve con ella? Ni por asomo. No tengo tiempo ni siquiera para mí mismo.

Le Hand había estado mirando más allá de Monte Sloan durante los últimos minutos. Ahora se le ocurrió una brillante idea.

—Perdóneme un segundo —le dijo—. Tengo que ir al baño.

A la misma hora en que Le Hand estaba inclinado sobre el lavabo de acero inoxidable, en el baño para hombres del DC-9, el Teniente Molloy estaba entrando en la seccional de policía de East Boston. La ambulancia había transportado el cuerpo de Dennis Varga a la morgue, salvo el contenido de sus bolsillos, que estaba en una bolsa de papel en la mano de Molloy.

—He oído que hubo algún barullo en el aeropuerto —dijo el Sargento Driscoll, que había reemplazado a Molloy en el despacho, cuando su superior entró.

—El patrullero O'Brien mató a un hombre.

—¿Lo mató...? —preguntó Driscoll, abriendo los ojos. La última vez que un patrullero había muerto un hombre fue en 1956, en una batida a plena luz del día.

—Muerto —respondió Molloy.

—¡Uff!

—Uff..., así es, hermano. Espere a que el capitán se entere de esto. Parece que el individuo huyó con un portafolios. O'Brien salió en su persecución, disparó al aire, apuntando sobre la cabeza, y le dio en la nuca. Ya lo estoy viendo, será la comidilla de los diarios.

—¡Uff! —reiteró Driscoll.

—Ajá... —Molloy arregló algunos papeles en su escritorio con aire distraído—. Ah, mire, habría una cosa...

—¿Sí, Teniente?

—Bien, creo que es mejor acallar todo esto lo más posible. Por supuesto que el Capitán tiene que saberlo. Pero estaba pensando..., parece que lo único que el tipo robó del portafolios es esta llave que encontré en su bolsillo. Ahora, quizás —y ojo que solo digo quizás— pudiéramos hacer felices a unas cuantas personas, antes de que el Capitán se entere. ¿Entiende lo que quiero decir?

La expresión de Driscoll mostraba que no.

—Bien, estaba pensando que tal vez usted pudiera hacerme un gran favor a mí y a todos los demás, llevando la llave a la esposa del individuo del portafolios para saber qué es lo que abre. Y, muchacho, esperemos que sea algo verdaderamente importante. —Molloy arrancó una hoja del anotador y se la tendió, junto con la llave, a Driscoll—. Aquí está la dirección, y si la esposa quiere retener la llave por un tiempo, déjesela. Cualquier cosa para satisfacerla. ¿Me explico...?

—Muy bien, Teniente. Supongo que puedo hacer un poco de ejercicio. —Driscoll salió de atrás del escritorio—. Busco la chaqueta y me largo.

Cuando el sargento se fue, Molloy reasumió su puesto y colocó el resto de las pertenencias de Varga sobre el escritorio de roble. Al caer el pañuelo sobre el escritorio, de entre sus pliegues rodó un objeto pequeño y cilíndrico. Molloy se quedó mirándolo fijamente, antes de que despertara su curiosidad. Luego lo tomó con su mano derecha y lo hizo girar entre sus dedos. Un polvo negro se esparció de uno de los extremos del cilindro sobre la agenda que estaba en el costado derecho del escritorio. Excepto por su solidez nada común, el objeto podría haber sido un pedazo de cigarrillo de alguna marca turca o del Extremo Oriente. Lo acercó a su nariz y aspiró. El olor era familiar, pero no de tabaco. Le llevó un momento ubicarlo. Era el olor de... pólvora. Pólvora como la de un cartucho de policía. ¡Pólvora, Santo Dios!

—¡Hey, Simmons, venga aquí un momento! —Molloy llamó hacia la habitación vecina, donde un patrullero se ocupaba en ordenar boletas de tránsito. Simmons levantó los ojos de su trabajo, manteniendo un dedo en el archivo para recordar donde se hallaba.

—¡Le dije que viniera! —repitió Molloy.

El patrullero Simmons que deploraba los incesantes gritos que predominaban en la vida de una comisaría, tomó una ficha en blanco del escritorio y la insertó en el archivo como un señalador; se levantó con calma y marchó hacia la oficina principal.

—Mire esto —ordenó Molloy cuando el patrullero estuvo frente a él.

—Una colilla —dijo Simmons comenzando a sospechar que Molloy, a quien hacía mucho tiempo había clasificado como el mayor gritón, había perdido el juicio—. ¿Y qué?

—Colilla, ¿he...?

—¿Qué cree usted? —preguntó Simmons con suavidad.

—Tómele el olor —ladró Molloy.

—Simmons olió:

—Me parece que no es tabaco.

—Puede apostar lo que quiera a que no es tabaco.

—Huele un poco a cordita. ¿Qué es, Teniente?

—Espero equivocarme —dijo oscuramente Molloy, tomando el teléfono.

—Deme con el Aeropuerto Logan, es una emergencia —gritó en el teléfono. Luego tapando la bocina con la mano, traspasó a Simmons con los ojos—. Oiga esto. El individuo a quién O'brien mató hoy (encontré esto entre su ropa) robó un portafolios a un individuo que iba a tomar un avión. O'Brien pensó que estaba sacando algo. Pero tengo la desagradable impresión de que no estaba sacando nada. Estaba poniendo algo adentro.

—Bienvenidos al Aeropuerto La Guardia de New York. Aterrizaremos aproximadamente dentro de tres minutos. Por favor, permanezcan en sus asientos con el cinturón ajustado hasta que el Capitán haya detenido el avión por completo en la terminal, y continúen acatando la indicación de «no fumar» hasta que estén dentro de la terminal. Hemos tenido mucho gusto en atenderlos y esperamos que vuelvan a viajar por la Eastern. Buenas tardes. — La azafata sonrió y se dirigió a la cabina de atrás. Cuando estuvo a dos o tres pasos del asiento de Landau, este la llamó.

—¿Cree usted que tengo tiempo de ir rápidamente al baño? —murmuró por encima de las rodillas de Ross. Dos vasos de gaseosa, bebidos con apuro después de la reunión con Doberman, estaban haciéndose sentir.

—Es mejor que se dé prisa.

Incómodamente lo menos posible se escurrió al pasillo y caminó sin obstrucciones al fondo de la cabina. En el baño se detuvo un momento para mirar su imagen en el espejo. Tenía bolsas bajo los ojos, y las arrugas de la frente se habían acentuado. Pasó su mano sobre ellas y se volvió para mirarse nuevamente. «Eres vanidoso, Jake» —le había dicho Kitty en tono insultante — «añadido a todo lo demás». Bien, hay cierto encanto en un rostro signado por emociones profundas.

La cabeza le estalló.

La sacudida llegó cuando estaba buscando a tientas su cinturón, una terrible explosión en el oído. Todo el avión retrocedió como si hubiera disparado una bala de artillería. El aire alrededor de Landau pareció penetrarlo. El pánico se apoderó de él como siempre, en la base del estómago... solo que esta vez con volcánica intensidad. Durante algunos segundos advirtió que sus piernas no le obedecían. Lo despabiló el ruido infernal que le llegaba a través de la puerta del baño. Abrió.

—Socorro... Fuego... ¡Déjenme salir!

—Dios nos ayude... ¡Socorro...! ¡Ayúdenme!

—¡Fuego!... Hay un...

Parecía que todo el mundo en el avión gritaba a la vez. Nadie escuchaba, todos gritaban.

Una negra masa de humo impenetrable estaba suspendida sobre las dos terceras partes del pasillo inmediato a la cabina del frente. De vez en cuando surgían de ella una cara o un brazo. Y la masa comenzaba a extenderse como una mano humeante hacia la parte posterior del avión, donde Landau estaba de pie... petrificado. Las máscaras de oxígeno caían desde sus compartimientos, y bamboleaban, adquiriendo una pavorosa realidad como de robots. Algunos de los pasajeros, al oír el ruido sobre sus cabezas, tuvieron la presencia de ánimo de asirlas y de colocarlas sobre sus caras. La mayoría de ellos no las advirtieron porque las máscaras cayeron solo a unas seis pulgadas del techo de la cabina.

Una de las azafatas, que había estado separada en el extremo posterior del avión, gritaba:

—¡Las máscaras de oxígeno! ¡Por favor, tomen las máscaras de oxígeno!

—Más que valor, lo que tenía era histeria, como más tarde refirió en su exposición, y no tenía idea de lo que gritaba.

Pero Landau la oyó, y figurativamente se tomó a sí mismo de los hombros y se sacudió con violencia.

Saltó por sobre el brazo de uno de los sillones de atrás que no estaba ocupado, bajó la máscara de oxígeno y se la llevó a la boca. Se inclinó y sacó otra para un hombre anciano que estaba hundido en el asiento de la ventanilla.

La gritería continuaba.

—¡Quiero salir! ¡Sáquenme de aquí!

—Voy a morir —gritó una mujer.

—Cállese la boca —la azafata gritaba con frenesí, llorando—. Por favor, cállese. Póngase la máscara de oxígeno, ¡póngase la máscara de oxígeno! —

La muchacha con el uniforme verde, el birrete desaparecido, corría profesionalmente de un lado a otro en el pasillo como una pelota de *ping-pong*.

Más allá, cerca de la masa de humo, la gente caía una sobre otra tratando de dejar sus sitios por buscar la seguridad del fondo de la cabina, ya que el fuego llegaba a los bordes superiores de los asientos frente a ellos.

—Por favor, ¡quédense en sus asientos! —gritó la azafata—. ¡Pónganse los cinturones de seguridad! ¡Respiren con las máscaras de oxígeno puestas! —Todavía corría de acá para allá.

Como genio surgido de una lámpara mágica, otra azafata, con un rojo extinguidor de incendios en la mano, apareció gradualmente de la masa de humo, que ahora giraba y se balanceaba con un ritmo lento.

—¡Todo el mundo debe quedarse en su asiento! ¡En sus asientos, por favor! Vamos a aterrizar. —Dirigió el extinguidor a un destello rojo que aparecía a través del humo. Cuando la muchacha lo roció, las llamas disminuyeron, pero el humo se multiplicó como en protesta.

A través del humo Landau podía ver de cuando en cuando un resplandor de lo que parecía ser una luz blanca creciente. Lo observó durante unos minutos, fascinado, antes de comenzar a asociarla con la luz que entraba a través del portalón, a su derecha.

—¡Dios mío!, hay un agujero en el avión —gritó una mujer en alguna parte, adelante de Landau.

En la cabina de mando, el piloto había conseguido mantenerse sereno.

El copiloto había dado un salto de terror al producirse el ruido, pero el piloto lo forzó a volver a su asiento. Cuando el copiloto logró recuperar una cierta compostura, lo mandó a la cabina para que hiciera una rápida apreciación de los daños, mientras él mantenía sus ojos clavados en el panel de diales que tenía enfrente. Las agujas que se habían sacudido violentamente al unísono, como una fila de coristas, en el instante de la explosión, ahora estaban volviendo a sus anteriores posiciones. La velocidad del aire parecía satisfactoria. Las lecturas de desviación y orientación estaban ligeramente alteradas, y el piloto buscó los controles para corregirlas. Los indicadores de gravedad y altitud estaban cerca de lo normal. Por las lecturas el piloto llegó a la conclusión de que las alas y la cola estaban intactas y que las aletas respondían.

El copiloto volvió alarmado a la cabina de mando, tosiendo espasmódicamente.

—Explosión —dijo entre ahogos—. Un agujero en el fuselaje.

—Radio —respondió el piloto—. A ver si consigue comunicarse con alguien.

El copiloto trató de hacerlo.

—Nada —exclamó un momento más tarde. Está muerta.

—¿Y qué pasa allá atrás?

—No lo sé. Hay demasiado humo. La gente de adelante parece estar bien.

La azafata en la cabina del frente, *Miss Magnuson*, estaba convencida de que el avión iba a estrellarse tan pronto el ruido de la detonación llegó a sus oídos, y había resuelto hacer que los pasajeros estuvieran lo más cómodos posibles en sus últimos momentos. Se ocupaba de empujar con suavidad a los hombres y mujeres que gritaban, a sus asientos, y de ponerles la máscara de oxígeno en la boca.

—Así, así...

Una mujer se había estirado en su asiento (era la que estaba frente a Sloan y a Le Hand) y no había visto nada en los asientos detrás de ella más que un almohadón vacío empapado en sangre. La visión le había provocado un incoherente chillido, que ni siquiera *Miss Magnuson* pudo acallar.

En la parte posterior del avión, la azafata que antes había aparecido entre la humareda suplicaba ahora con voz ronca y resignada:

—¡POR FAVOR, TODO EL MUNDO EN SUS ASIENTOS; VAMOS A ATERRIZAR, POR FAVOR, PERMANEZCAN SENTADOS!

Landau, en cuyos oídos parecía estar desgañitándose la azafata, sabía que sus voces eran mera fantasía. Estaba mirando por el portalón y observando el humo que emergía como un torrente del costado del avión y pasaba por la ventanilla. Abajo, la flecha de La Guardia podía verse acercándose al avión, despacio al principio y luego con creciente ansiedad. Adiós, *Ciencia Cibernética* y *Alas Delta*, dijo con el corazón destrozado, a las señales luminosas de la tierra. Jake... irónico hasta el fin...

Allá abajo, en la pista auxiliar de cemento, un equipo de emergencia con hombres vestidos de blanco estaba alrededor de una ambulancia y de un equipo de bomberos, y miraban hacia arriba a la borrosa luz mientras el avión descendía, con una cola de humo negro saliendo del fuselaje. La pista a donde se acercaban estaba cubierta de una gruesa capa de espuma —como si un banco de nubes hubiera descendido—. Una hilera de coches de la Autoridad del Aeropuerto estaba alineada frente a la terminal de la Eastern, con sus ocupantes cruzando y descruzándose los dedos a la espera de instrucciones. En los techos de varias terminales, los funcionarios de la Junta Nacional de Seguridad del Transporte estaban destacados con binoculares, y otros hombres

de la organización estaban en tierra esperando hacerse cargo de los restos... si es que quedaban... del avión.

Ahora el avión se dirigía a la pista. El humo borboteante pasaba más allá de su enorme cola. Entonces pasó la primera cosa sorprendente. El tren de aterrizaje cayó con suavidad desde su compartimiento. Y luego, mientras los hombres en tierra observaban sin respirar, el avión se deslizó por la pista como si nada hubiera pasado.

—No puedo creerlo —dijo fascinado uno de los hombres, que cinco años atrás había presenciado un accidente del cual no se salvó nada.

—No está todo terminado —previno otro con gravedad.

Una voz sin inflexiones que resultaba casi cómica, en vista de la situación, gritó en un altoparlante colocado sobre el camión principal en la línea de emergencia.

—Cada uno a sus vehículos, por favor. El equipo se adelantará hacia el avión.

Adelantarse era una palabra suave para el tumulto que sobrevino. La salvaje precipitación de los hombres trepando a sus camiones y a sus coches terminó en un momento. El tronar combinado de los motores y el aullido de las sirenas se elevó a un rugido, los neumáticos chirriaban, y el desfile de automóviles partió velozmente por la pista...

El avión se detuvo y Landau, milagrosamente, todavía estaba vivo. Salvo que esto fuera la muerte, lo que no pareció una posibilidad tan improbable durante un corto tiempo, porque la azafata que había estado dando todas las órdenes a gritos sobre las máscaras de oxígeno estaba recostada sobre él como si Landau fuera un equipaje del avión. Era evidente que quería llegar a la ventanilla a su derecha. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Estaba loca?

Pero la expresión de resolución en su rostro negaba esa posibilidad. Estaba tratando desesperadamente de abrir la puerta de emergencia, colocada en el asiento en que estaba Landau. Pocos segundos después lo logró.

—¡Salga, por favor, salga! —suplicó.

Con ayuda de la chica pusieron al viejo que estaba a su lado —que para entonces se encontraba en estado comatoso sobre un paracaídas plástico inflable, y lo pasaron a través de la ventanilla, a los que esperaban en tierra. En cada una de las salidas de emergencia se había reunido un grupo de hombres alrededor de la base del paracaídas, con una red salvavidas en el medio. Mientras Landau miraba, el viejo cayó limpiamente en la red. Los ayudantes lo sacaron con rudeza. —¡Hey!— deseaba gritar, —¡no hagan eso!

Despacio, es un viejo... ¿En qué están pensando?—. Ahora alguien lo empujaba a él.

—Por favor, señor, tiene que pasar. Tenemos que sacar a todo el mundo. Por favor, señor. —La muchacha estaba llorando...

Luego estuvo en el aire... cayendo. Se golpeó la espalda en el tejido de la red y fue sacado por el personal de emergencia, mientras estaba tratando valientemente de comprender lo que sucedía. ¿Dónde estaba...? El personal lo depositó en el suelo. Estaba sobre sus pies. ¿Qué era él...?

¿Qué sería...?

Sintió que sus rodillas cedían. Iba a caerse...

Próximo a él, los hombres que sacaban a los pasajeros por la ventanilla en una serie continua y enloquecida, demasiado ocupados para advertir al hombre caído en el suelo junto a ellos.

3

Las moscas zumbaban y alguien con aerosol estaba tratando de matarlas con la vaporización una por una. Pero la vaporización salía negra. (Ridículo, musitó Landau). Las moscas resistían, vengándose con pequeños rayos de una luz enceguecedora que hacían brillar en los ojos del fumigador. Landau deseaba decirle que esa no era la forma. Ahora se lo demostraría. Había un matamoscas suspendido de un árbol con una copa al estilo de Dalí, que flotaba en el viento, y Landau sabía que la demostración saldría bien. Tomó el matamoscas pero advirtió que también zumbaba, y aún más insistentemente que las moscas. Por alguna razón tomó el zumbido del matamoscas como parte de un orden normal. Pero la persona —ahora resultaba ser una mujer— que había estado fumigando se sintió molesta por ello. Le dijo que lo silenciara. Pero él lo lamentaba, la culpa no era suya. ¿Qué podía hacer? Como respuesta el aerosol comenzó a llorar. Abrió la boca, que tomó dimensiones impresionantes, y se puso a gritar. Más y más fuerte...

Pasado un momento el llanto se fundió en el prolongado sonar de bocina de un camión con acoplado. Landau abrió pesadamente los ojos a una escena familiar: ropas colgadas sobre las sillas, un anotador amarillo y algunas hojas sueltas sobre el piso, y aquel ridículo espejo con ganchos forrados que sobresalían de su manchado marco de arce, que Kitty había insistido en comprar en un anticuario, durante su último viaje a New Hampshire. Encontraba tanta satisfacción en despreciarlo, que no soportaba la idea de deshacerse de él. Probablemente esa había sido la inspiración para el sueño del árbol de Dalí.

Consiguió arrancarse lentamente de entre las sábanas, y ponerse su salto de cama que había estado colgando de un modelo del sistema solar —a escala, excepto por el sol y las distancias entre los planetas— que le había regalado un grupo de alumnos afectuosos. Tambaleando se dirigió a la sala de estar. En sus mejores días, levantarse de la cama por la mañana le resultaba tan penoso como trepar por un acantilado, y esta mañana, las condiciones distaban mucho de ser ideales. Examinó el departamento como si fuera el de

otra persona. El semicírculo de la mesa plegadiza de comedor, orgullo y alegría del mobiliaje bajo la administración de Kitty, estaba cubierta de migas, y del otro lado, contra la pared, una lata de cerveza se apoyaba en otra como viejos amigos. Los almohadones del diván tenían un aspecto ruinoso como si nunca pudieran esponjarse otra vez. Las flores en un vaso, sobre un estante que Kitty había sostenido que eran imitación de Hepplewhite y Landau insistía en que eran una imitación de Sheraton, comenzaban a adquirir un desagradable color púrpura. (Antes habían tenido un desagradable color naranja).

Levantó la persiana veneciana y parpadeó ante la luz del día. Afuera, el hombre de los «hot dogs» con su sombrilla a rayas rojas y blancas y los «pretzels» gigantes, había abierto ya su negocio sobre la calle de asfalto. Iba a ser un caluroso... ¿qué?... ¿Sábado? No podía recordar la fecha en que vivía. Un poco más abajo por la calle 181, una mujer había dejado caer sus provisiones y se inclinaba para recogerlas. Dos huevos —cuatro suaves pedazos de cáscaras y dos yemas y sus claras brillaban al sol— sobre la vereda. (Bueno, por lo menos no se estaban friendo). A su derecha podía ver la franja familiar del puente George Washington y el extremo de New Jersey. El final de New York estaba oculto a la vista por el edificio de la calle de enfrente, como casi todo lo demás.

Los sucesos de la noche anterior volvieron a entrar en foco lentamente. Se había despertado en camino al hospital, de su desmayo comenzado, presumiblemente, en la pista. Si fue así, era la primera vez que le sucedía.

En el hospital le habían estado repitiendo (o él soñó que lo hacían) que era un hombre afortunado, muy afortunado.

—Usted tiene mucha mucha suerte —le había dicho una enfermera—. Ni un rasguño en ninguna parte.

Le dieron un sedante, y el médico —un hombre joven, de piel suave y pelo corto— le aseguró que no comenzaría a hacer efecto antes de una hora y media, tiempo suficiente para llegar a su casa.

—No queremos retenerlo aquí —había dicho el médico con una voz cordial, lenta, típica del medio-oeste—. No está enfermo.

Lo metieron en un taxi a pesar de sus protestas de que: a) no era su manera acostumbrada de viajar y b) desde que no tenía nada, ¿por qué necesitaba hacerlo? Lo dejaron en la puerta de su casa, con un mensaje de que el viaje había sido una gentileza de la línea aérea. El sedante comenzó a hacer efecto en cuanto entró en su dormitorio; apenas tuvo tiempo de quitarse la ropa y se quedó dormido. La cabeza le dolía sordamente esta mañana, pero

salvo eso andaba bien... físicamente. Era un hombre muy afortunado. Cuántos otros, pensó... Abrió los ojos por primera vez desde que había despertado.

Santo cielo... ¡Ross! Vacilante se dirigió al teléfono, poniéndose las zapatillas en el camino. La guía del teléfono. Eastern Airlines. Ahí estaba. Eastern Airlines, Aeropuerto La Guardia. Con la guía bajo el brazo, llevó el teléfono al diván con la otra mano, y con esa misma mano también comenzó a discar.

—Eastern Airlines, buenos días —respondió una voz suave después de haber dejado sonar la campanilla más de diez veces.

—Quiero hacer una averiguación con respecto a un accidente en el vuelo desde Boston, anoche.

—Un momento, por favor.

La línea hizo un click y cortó, y después de quince segundos de un metálico zumbido llegó otra voz, engolada, reprimida.

—Miss van der Poli, ¿en qué puedo servirle?

—Quiero hacer una averiguación sobre el accidente a bordo del vuelo de Boston, anoche.

—¿Cuál?

—¿Podría decirme qué le sucedió a un hombre cuyo apellido es Ross, Martin Ross?

—Lo lamento, señor, no damos ninguna información todavía, está pendiente la notificación de los familiares.

—Escuche, yo estaba en el avión con él —explicó Landau tozudamente— viajaba con él. Soy un amigo.

—Lo lamento, señor.

—¡Cristo...! Oh, no importa. —Comenzó a bajar el receptor, pero luego lo llevó rápidamente a su oído otra vez—. ¡Ah, señorita...!

—¿Sí?

—¿Hubo muertos? ¿Por lo menos podría decirme eso?

—Puedo decírselo, señor. De cualquier manera esta en todos los diarios de la mañana. Murieron cinco personas. Una está en la nómina de graves —dijo con la fluidez de un mensaje grabado.

—¿No ha trabajado antes en una oficina meteorológica? —preguntó Landau, cáustico.

—¿Cómo dice...?

—No importa.

Después de colgar se quedó mirando el teléfono durante algunos minutos, sabiendo lo que tenía que hacer enseguida. Pero llamar a Sheila no era una cosa que lo sedujera; estaba demorándose en todas las formas que podía. Tal vez fuera demasiado temprano... Podía no estar en casa... Podría estar en el hospital...

Caminó a la cocina arrastrando sus zapatillas y bebió jugo de naranja helada, directamente del batidor plástico. Luego volvió hacia el teléfono y tenía los dedos en el auricular cuando empezó a sonar por su cuenta.

—Hola —trató de decir, pero algo se atascó en su garganta.

—Oh, Jake... —llegó la suave y apenada voz desde el auricular.

—¡Sheila! ¿Qué sucede? ¿Qué pasó?

—Está muerto, Jake... —Un sollozo entrecortado se oyó en el teléfono—. Oh, Jake, ¿qué voy a hacer?

—Muer... —Era incomprensible. No podía ser. Lo peor que podía haber sucedido era que Marty estuviera simplemente herido. Pasó la mano por su frente. Se sentó en el diván—. Escucha, Sheila...

—¿Por qué tuvo que ser *él*, Jake? ¿Por qué *él*? Oh...

—Escucha Sheila, voy enseguida para allá.

—No, Jake, ahora no. ¡Por favor no vengas! —inspiró, tratando de no llorar.

—Debes estar acompañada, Sheila. No debes quedarte sola. En un momento estaré allá. —Esperaba haber disimulado la angustia que sentía. Conociendo a Sheila, se cubrió de transpiración con solo imaginar qué cosas podrían pasar por su cabeza. Cierta vez le había dicho a Ross: «Tú eres la vida de esa muchacha, ¿lo sabes? ¿Crees que podrás manejarla?». Era tan frágil como una Torre Eiffel de fósforos. Hablaba tan suavemente como si temiera que sus palabras lastimaran el oído de su interlocutor.

—¡No, Jake, por favor! Sufriría más si te viera ahora. Alguna otra persona sí, pero tú, no. ¿Comprendes?

Jake comprendía.

—Pero ¿no hay nada que pueda hacer? ¡Has sido tan buena conmigo estos dos últimos meses...!

—Sí, es curioso, ¿no? Hemos pasado los dos últimos meses consolándote por lo de Kitty, y ahora... —Dejó de controlar sus lágrimas.

—Sheila, trata de no... Por favor, ¡déjame ir a verte!

—No, Jake. Lo siento mucho.

—Por el amor de Dios, no tienes que sentir nada. Yo solo quiero ayudarte. ¿No hay nada que pueda...?

—Por ahora, no...

—Quizás deberías irte un tiempo. Visitar a tus padres, tal vez. Viven en las afueras de Philadelphia, ¿no? ¡Sheila...!

—Estoy bien, Jake. Puede que tengas razón. Lo pensaré. Eres muy bueno, Jake —agregó y suspiró profundamente otra vez—. Escucha, todo va a andar bien. No te preocupes, ¿entiendes? Prométeme que no te preocuparás.

Durante un segundo Jake quedó sin habla, ante el evidente interés de la muchacha por no causarle un problema a él.

—Está bien —dijo con calma—. No me preocuparé. Pero sigo pensando que no deberías pensar en quedarte encerrada en esa casa sola. ¿*Me prometes* hablar con alguien para que te acompañe? ¿Quieres prometérmelo?

—Bueno. —Parecía un poco más serena.

—Piensa en lo que te he dicho, y si necesitas cualquier cosa, llama por teléfono inmediatamente, aunque sea para que vaya al almacén a comprar comestibles. ¿Entiendes?

—Entendí.

—¿Llamarás?

—Llamaré.

—En el mismo segundo que ocurra algo. Y aunque no suceda nada.

—Sí, señor... Y... Jake...

—¿Qué?

—Gracias.

Landau sintió que su cara había enrojecido.

—Trata de descansar —le dijo—. Apuesto que no dormiste nada anoche.

—Absolutamente nada.

—Bien, necesitas dormir.

—Trataré... —su voz se hizo un susurro—. Adiós, Jake.

Él colgó sin responder.

Ross muerto... no lo podía creer. ¡Había conocido a Ross durante tanto tiempo! Él mismo había emergido de esta catástrofe sin un rasguño —Ross apenas contaba treinta y cinco años.

Pero toda la fuerza real de lo ocurrido no lo había alcanzado aún. Recordó que durante semanas, después del asesinato del Presidente Kennedy, siempre que alguien mencionaba que el Presidente hizo esto o aquello, llegaba a su mente una imagen con pelo despeinado y ojos tristes. Constantemente tenía que repetirse, como si hablara con un niño: «¿No lo recuerdas? El Presidente ya no es él».

Se dirigió al cuarto de baño y permaneció de pie por un momento antes de quitarse la robe. Decidió pasar un rato bajo la ducha para pensar lo que haría... en general.

Controló la temperatura del agua y estiró una pierna bajo la ducha cuando volvió a sonar el teléfono. Retiró la pierna y caminó a la sala de estar, poniéndose la robe por el camino. Pasando la mano por la segunda manga, tomó el teléfono y oyó una voz familiar.

—¡Jacob! —suspirió Ida Landau—. ¡Oh, no sabes lo preocupada que estaba...!

—¿Cómo estás, madre? —Cristo, había olvidado llamarla.

—Háblame de ti, Jacob. ¿Estás bien? ¿Qué sucedió? ¿Estaba desesperada!

—Estoy bien. Escucha, la razón por la que no te llamé...

—Pero ¿qué sucedió? Quiero decir, ¿estás lastimado, o algo...?

—Te lo estoy diciendo, estoy bien. Fui muy afortunado.

—¡Afortunado! —La palabra era china para un oído judío—. Pero ¿qué sucedió? No llamaste ni nada. Jacob, ¡estaba tan preocupada!

—No quería despertarte —dijo él débilmente.

—¡Despertarme! Jacob, tú eres mi hijo, mi...

—Tu único hijo, lo sé. Escucha, lo siento. Me llevaron al hospital. En Queens, creo. Debo haberme desmayado en la pista —hubo un suspiro ahogado, ruidos, en el receptor—. Y cuando me desperté ya era muy tarde, y estaba dopado con las drogas que me dieron, y...

—Podías haber llamado. —Ida Landau reasumió su autoridad—. Sabes, Jacob, tienes que pensar en las otras personas. Tienes una tendencia a olvidarlo. Debes recordar que tienes una responsa...

—Madre —cortó Landau, sombríamente.

—¿Sí...?

—Marty ha muerto.

Landau casi pudo ver la expresión resuelta de los ojos de la madre mientras recobraba el dominio de sí misma. —¿Marty Ross?

—Sí, madre.

—¡Oh, Dios mío, Jacob! ¡Lo siento mucho!

—Sheila me llamó esta mañana para decírmelo. Está muy perturbada.

—¡Pobre muchacha! —respondió con solicitud—. ¿Cómo lo ha tomado?

—Está muy perturbada —apretó las mandíbulas.

—Escucha, Jacob. Voy a ir a verla...

—¡No! Quiero decir, no creo que debas ir. Parece no querer hablar con nadie.

—Trataré...

Podría no ser una mala idea.

—Si vas...

—¿Sí...?

—Por favor, trata de no decirle nada... Bueno, nada impulsivo.

—¡Jacob!

—Vamos, madre, sabes que tienes tendencia a hacer eso. Yo lo sé. Lo he heredado.

—Tonterías.

—No son tonterías, pero no voy a discutirlo. Ten cuidado con lo que digas, ¿de acuerdo?

—Creo que no tengo que contestarte a eso.

—Está bien. Adiós, madre —dijo a través de una sonrisa.

—Oh, espera un minuto, Jacob.

—Todavía estoy aquí.

—Escucha. El otro día estaba hablando con el doctor Kovits. (El doctor Kovits era su analista). «¿No tienes nada mejor que hacer con tu dinero que arrojarlo a esos reducidos de cabeza, a tu edad?», le había preguntado Landau cuando se enteró de la terapia. «El doctor Kovits estuvo de acuerdo en tomarme como paciente», le había respondido ella... como despreocupada, y él pensó que eso, ni siquiera, era algo bueno. Y el doctor dice que no es saludable que un hombre de tu edad esté viviendo solo allí en un departamento en la ciudad de New York.

Ella era como una sutil topadora.

—De manera que me mudaré a alguna otra parte.

—¡Sabes lo que quiero decir, vamos! Tú me entiendes.

—Sé lo que quieres decir, y me gustaría preguntarte una cosa. ¿Cómo surgió el tema de mi vida amorosa durante los cincuenta minutos que se supone debe ser un análisis de tu mente? ¿Y para el cual pagas aproximadamente un dólar por minuto?

—Los cincuenta minutos habían terminado. Estaba saliendo —respondió ella con timidez.

—Comprendo. Bien, puede informar al doctor Kovits que estoy sano psicológicamente, andando maravillosamente en mi propio y solitario sendero.

—¿Viste a Kitty ayer?

—Vi a su abogado, lo cual es muy poco romántico. Y si fuera tú no abrigaría esperanzas de una reconciliación, si es en eso en lo que estás pensando.

—Solo te preguntaba. Es una niña muy agradable.

—Así era Lucrecia Borgia. Mira, madre, estaba por darme una ducha cuando sonó el teléfono...

—Bien, Jacob. Voy a colgar. Oh, espera un minuto. ¿Jacob...?

—¿Sí?

—Estás seguro... seguro... um... ¿que no estás lastimado ni nada?

—Adiós, madre.

—Adiós, Jacob.

Con un profundo suspiro dejó el teléfono y volvió al cuarto de baño. Había estirado la misma pierna en la bañera cuando volvió a sonar el teléfono. Repitiendo el proceso anterior, volvió a tomar el teléfono.

—¿Mr. Jacob Landau?

—Soy yo.

—Mr. Landau, soy Aaron Phibbs del National Transportation Safety Board. Estamos tomando los testimonios de todas las personas a bordo del Eastern 523, de anoche. El avión que tuvo el accidente.

—¿Sí?

—Desearíamos que usted nos diera su versión lo antes posible. ¿Comprende? Cuanto antes nos dé su testimonio, tanto más probable es que recuerde bien los acontecimientos. Me pregunto si tendrá tiempo de hacerlo esta tarde.

—Estaba planeando visitar a la esposa de un amigo que murió en ese avión.

—Es verdaderamente esencial contar con ese informe lo más pronto posible. Espero que comprenda la razón de mi insistencia.

—¿A qué hora podría venir esta tarde? —Landau suspiró.

—¿A las tres? ¿Le queda cómodo?

—Como cualquier otra hora, supongo.

—Bien. Usted vive en el 415 Oeste de la calle 181, ¿no es así?

—Exacto.

—Entonces a las tres de la tarde.

Landau volvió al cuarto de baño, se quitó la robe y decidió meterse en la bañera con la otra pierna. Como no sonó el teléfono, con cautela introdujo todo el cuerpo.

Ya en la bañera sus emociones aún se debatían con sus razonamientos acerca de la muerte de Ross. Especialmente por la absurda injusticia del asunto. Ross había sido un individuo excepcional. Landau, aun cuando no lo había demostrado jamás, lo admiraba en abstracto, como había admirado a

Albert Schweitzer, o a Dag Hamarskjöld. A pesar de su prescindencia del detalle, Ross constantemente pensaba en las otras personas. Cierta vez Landau mencionó al pasar que había buscado por todo Manhattan uno de esos pisapapeles antiguos de vidrio (solo Dios sabe por qué se le ocurrió eso), y no había podido encontrarlo en ninguna parte. Todos tenían adentro o una tormenta de nieve o un modelo de la Estatua de la Libertad, y además, todos exhibían la inscripción: *Recuerdo de la ciudad de Nueva York*, y Landau estaba decidido a no adornar su escritorio con semejante vulgaridad. Dos semanas después, Ross había llegado con el pisapapeles, un sobrio bloque de vidrio rectangular con una perilla en la parte superior.

—Lo encontré en Nassau Street —dijo—. Pasaba por casualidad y lo vi en la vidriera.

—¿Y recordaste que yo buscaba eso precisamente? —Landau balbuceó.

—Lo vi en la vidriera, Jake.

Ahora él estaba muerto. ¿Qué lógica había en eso? Por supuesto que ninguna. La verdadera tragedia de la vida, se dijo, no era la crueldad internacional que un hombre infligía a otro, ni siquiera el inveterado egoísmo de la raza humana, sino el absurdo azar que gobierna el mundo natural. Todos pensaban que era justo que una persona fuera castigada cuando procedía mal y premiada cuando procedía bien, pero no era así cómo sucedían las cosas, y nadie prestaba atención a eso.

Durante un momento, enjuagándose el jabón del pelo, tuvo una irresistible urgencia de *encontrar* la lógica de ello. Descubrir por qué había ocurrido el accidente. Llamar a la compañía aérea, hablar con los mecánicos. Llevar a cabo su propia investigación. Pero eso era una locura. Era la falla de un intrincado mecanismo, y los mismos investigadores profesionales rara vez estaban seguros de la naturaleza exacta de la causa, después de ocurrido el accidente. De cualquier manera, estaba interesado en la explicación metafísica y no en la naturalística.

Al terminar de ducharse, puso agua para hacer café. Cuando el agua comenzaba a enviar pequeñas burbujas, desde el fondo de la pava, sonó el timbre de la puerta. Bajó la llama y cruzó la sala de estar por milésima vez, preguntándose quién otro estaría molestándolo esta mañana.

Abrió la puerta unos centímetros —un procedimiento usual en New York para visitas no anunciadas— y se vio confrontado, a través de la hendidura, con una cara de piel tirante y pómulos altos, con el nacimiento del pelo formando pico en la mitad de la frente, y arrugas rectas, verticales, a los lados de la boca. El pelo, color arena y lacio, iba peinado hacia atrás.

—¿Sí...? —preguntó Landau con cautela.

—Me llamo Samuel Schwann —explicó el hombre—. Se escribe S-C-H-W-A-N-N y se pronuncia «swan», del *New York Pennon*. ¿Me permitiría entrar un minuto?

La prensa. Naturalmente. Era un milagro que los hubiera evadido durante quince horas.

—Sí —respondió Landau preocupado—, entre.

—No quiero hacerle perder tiempo —comenzó Schwann como una devanadora— pero entiendo que estuvo usted muy valiente en ese avión. Fue casi un héroe.

—¿Un héroe?

—Eso es lo que me dijeron.

—Todo lo que hice fue ayudar a salir a un anciano que estaba a mi lado para poder salir yo.

—Me parece un acto de valentía. —Hablaban con la tonada arrastrada del sudoeste y Landau comenzó a sospechar que se le había fortalecido más bien que debilitado con su estada en New York.

—No, verdaderamente. ¿Querría tomar café, *Mr...* eh... Schwann? El agua está hirviendo. ¿Por qué no se sienta? Lo traeré.

—Bueno, gracias.

—Espero que no le importe que sea café instantáneo.

—Me gusta.

Camino a la cocina se le ocurrió a Landau que probablemente Samuel Schwann ya hubiera entrevistado a diez personas esta mañana, y que cada uno de los hombres era un héroe.

—¿Dijo usted del *Pennon*? —gritó desde la cocina.

—Correcto. Nos agradecería conseguir la *verdadera* crónica, *Mr.* Landau. Desde el punto de vista del pasajero. Los lectores se identifican con eso, ¿comprende?

Los lectores se identifican con casi todos los personajes de los artículos del *Pennon*, pensó Landau en silencio. Y los *personajes* eran gente dichosa, como en un cuento de última categoría. El funeral de Kennedy había sido relatado en lo que Landau, en aquel momento, calificó como «Epopéya a lo Miami Beach». El cronista no había escatimado esfuerzos para imprimir en el lector la idea de que había muerto un dios; por otro lado, el dios podía haber sido su padre, si los Hados hubieran dado vuelta una carta distinta.

Landau volvió de la cocina con una bandeja astillada de madera, en la que había dos tazas, un paquete de azúcar a cuadritos y una lechera.

—Bien —dijo Schwann cuando Landau tomó asiento—. Esto no llevará mucho tiempo. Solo queremos saber algunas cosas.

—Adelante, pregunte.

—Primero, ¿dónde estaba usted sentado cuando ocurrió la explosión? Porque sabemos que hubo una explosión.

—No estaba sentado. Estaba en el baño. Había estado sentado al lado de un hombre llamado Martin Ross... que murió —respondió Landau ceñudo.

—Este amigo de usted, *Mr.* Ross, ¿dónde estaba sentado?

—Hacia la parte de atrás del avión. Pero no muy atrás. Un poco más allá del centro de la cabina.

Schwann tomó unas anotaciones en una libreta que había sacado mientras Landau estaba en la cocina.

—¿Ustedes dos fueron a Boston por ese día o cómo fue eso?

—Sí. Ross en el vuelo de las primeras horas. A mí no me gusta levantarme tan temprano, no tenía por qué hacerlo, de manera que tomé un avión que salía más tarde. Nos encontramos en Boston.

—Comprendo. ¿Y qué estaba haciendo en Boston? A nuestros lectores les gusta saber estas cosas —se disculpó.

—Asuntos particulares.

—Bien, si prefiere no decirlo...

—Mi divorcio... —respondió Landau de mala gana.

—Entiendo —cruzó algo en la libreta—. Quizás pueda decirme qué fue lo que sintió cuando oyó la explosión. —Los ojos de Schwann se encendieron—. ¿Podría describir su reacción inmediata? Pánico, descompostura... Comprende, lo que haya sentido.

—Bien, al principio, pensé que el avión se había estrellado. Abrí la puerta del baño... *Mr.* Schwann —se interrumpió Landau.

—¿Sí...?

—No tengo inconveniente en referirle todo esto, pero creo que tengo derecho a una pequeña información antes. No he visto los diarios de la mañana, y aún tengo más curiosidad que usted, con respecto a esto. Así que quizás usted pueda responderme a unas cuantas preguntas.

—Me encantaría. No le garantizo que pueda darle todas las respuestas, sin embargo. No estuve en el aeropuerto. Solo hago el trabajo sucio. Nunca estoy en la historia importante, sino en las «continuaciones». Pero pregunte, de cualquier manera.

—Bien, ¿qué creen que puede haber causado el accidente?

—Piensan... quizás debería decir «pensamos que ellos creen...» que fue una bomba. No sueltan esa información. Tiene que leerla entre líneas.

—¿Una bomba? —Landau quedó fulminado. Que un dios hubiera destruido el avión era sobrecogedor; que lo hubiera hecho un hombre era inimaginable—. ¿Por qué?

Landau equivocó la pregunta:

—Bien, la policía de Boston atrapó un hombre dando vueltas con el portafolios de uno de los pasajeros, momentos antes de que partiera el avión. Pensaron en ese momento que había estado robando algo, pero más tarde descubrieron en su bolsillo algo que parecía explosivo. Desde que no le encontraron nada que perteneciera al caballero a quien le había robado el portafolios sumaron dos más dos y decidieron que debía haber estado poniendo una bomba en el portafolios, más bien que sacando algo de él. Pero, a todo esto, el individuo que había cometido el robo fue desgraciadamente muerto, con un disparo del policía que lo perseguía. Suponiendo, que estaba tratando de huir.

Landau recordó toda la escena.

—¿Cómo pudo alguien poner una bomba en un portafolios sin que lo advirtiera su dueño?

—Creen... nuevamente, pensamos que creen... que la bomba fue metida en el forro del portafolios. Yo no entiendo mucho de bombas, como usted comprenderá —protestó Schwann—, pero hay algunas que pueden modelarse como arcilla. El individuo tenía consigo un cortaplumas. Pudo haber cortado el forro, y metido el explosivo plástico. El caballero, de acuerdo con las informaciones solo echó una rápida mirada para ver si faltaba algo. —Cuando Landau comenzó a hacer otra pregunta, Schwann agregó: —Recuerde, esto no es oficial. El Cuarto Poder ya tiene bastantes problemas con las autoridades policiales en este país.

—Sí, por supuesto —acordó Landau distraídamente, todavía pensando en el asunto que estaba por preguntar—. Pero ¿por qué querría el individuo poner una bomba en el avión? —preguntó con una sorprendente intensidad.

—Esa es la pregunta que vale sesenta y cuatro mil dólares, M. Landau. Vea, el individuo que puso la bomba... —Varga es su nombre—, está muerto y no puede decirlo. Y el caballero a quien pertenecía el portafolios, desgraciadamente también está muerto, así que tampoco puede arrojarle ninguna luz. Sin embargo, debe haber sido algo muy importante.

—Este Varga, ¿no dijo nada antes de morir?

—Ni una sílaba. Por supuesto, tratan de seguirle el rastro, pero confidencialmente entre usted y yo, no sé hasta qué punto lo tratan. Quiero decir, después de todo, tienen a su hombre, es decir el de la bomba. Y tienen mucho trabajo tratando de localizar a cualquier cómplice, porque no pueden publicar su retrato. Podríamos decir que los disparos lo han desfigurado.

—Pero ¿por qué una bomba en un avión? ¿Era un loco?

—Como le digo, no lo sé. Puede que lo descubran y puede que no.

Landau se pasó la mano por la mejilla, tomando nota, allá en el fondo de su mente, de que necesitaba afeitarse.

—Quizás haya estado interesado en alguna otra persona del avión y no en el hombre en cuya cartera puso la bomba. ¿Han considerado esa posibilidad? ¿Alguna otra persona conoce a este Varga?

Schwann rio:

—*Mr.* Landau, había ciento siete pasajeros en el avión. Cinco de ellos han muerto. Algunos están en el hospital. Puede creerme, va a ser un proceso largo y complicado.

—Y, ¿qué hay de la gente que murió? ¿Saben algo sobre ellos? ¿Quiénes son?

—Me parece que puedo contestarle esa pregunta —respondió Schwann buscando en el interior de su bolsillo y sacando un pedazo de papel doblado—. Aquí tengo una lista. Está su amigo —con tono compungido inyectó «Lo siento mucho», luego continuó: —y hay un hombre más bien famoso, a quien se le dedicaron los titulares de esta mañana. Monte Sloan, el comediante, de Sloan y Swanson. Ed Sullivan se sentirá muy feliz con eso; había una rivalidad. Luego ese hombre Le Hand, una persona que se ocupaba de algo así como relaciones públicas. Era el hombre cuya valija tenía la bomba. Había también una mujer. Viola Harwich.

—La conocí en el avión.

—Probablemente. Parece que todas las personas que murieron estaban sentadas juntas próximas a su amigo Ross. ¿Dijo usted que se había levantado para ir al baño?

—Así es.

—¡Bueno! —dijo Schwann expansivamente—, ¡diría que es usted un hombre de suerte!

De manera que eso era lo que habían querido decir en el hospital.

—Supongo que sí.

—Veamos. Además había un hombre llamado Havemeyer. Todavía no sabemos mucho de él.

—También lo conocí. Trabaja para un editor de revistas en New York.

—Trabajaba, *Mr.* Landau. Estoy seguro que sabrán todo con respecto a él muy pronto. Tienen una manera rápida de descubrir estas cosas.

—¿Podría decirme algo? ¿Quién dirige la investigación de una cosa como esta?

—Es una repartición federal. Antes se llamaba Junta Civil de Aeronáutica. Se reorganizaron hace poco tiempo... No estoy seguro de cómo se llama ahora. Pero solo se ocupan de las fallas del avión. ¿Para qué quiere saberlo?

—Tengo el repentino deseo de saber exactamente por qué sucedió esto. Me gustaría saber qué es lo que impulsa a un ser humano a hacer algo como poner una bomba en un avión.

—Entonces, lo mejor que puede hacer es ponerse en contacto con esa oficina. En realidad, ellos son los que deberían ponerse en contacto con usted. Tienen que tomar las declaraciones de todos los pasajeros. Pero, francamente, no me ilusionaría si yo fuera usted, *Mr.* Landau. Tienden a ser muy reservados con respecto a cualquier indicio que puedan descubrir.

En cualquier caso, pensó Landau, recordando a *Mr.* Phibbs, no pierden mucho tiempo en ocuparse del asunto:

—Comprendo...

—Y ahora, si no tiene más preguntas, podemos pasar a sus reacciones personales a bordo del avión. Nuestros lectores están impacientes por saber cuáles fueron.

Mr. Phibbs apareció cuando el repique de las campanas de la iglesia próxima marcaba las tres. Era un hombre joven (Landau calculó unos treinta años), desgarbado, desaliñado, de nariz larga, un poco cambado. También era una persona perturbadoramente insegura de sí misma, una condición tal vez ayudada por (o que contribuía) a una justificada falta de confianza en su desodorante. Se sentó muy erguido en la mecedora bostoniana que Landau le señaló —con la idea de ofrecerle una máxima comodidad—, y apuró sus preguntas sistemáticamente. No aceptó el ofrecimiento de café que Landau le hizo en mitad del interrogatorio, pero cambió de parecer cuando el profesor le informó que había tratado de obtener alguna información por su cuenta.

Después de una hora de preguntas, la mayor parte de las cuales Landau consideró insignificantes, Phibbs cerró su libreta con espiral, como si estuviera preocupado con respecto a si coincidirían las esquinas y dijo:

—*Mr.* Landau, creo que ya basta por hoy. Sin embargo, quizás nos pongamos en contacto con usted otra vez. No creo que abandone el país ni nada por el estilo. —Sonrió.

Además de sus otras debilidades, el hombre carecía del sentido del humor. Landau sintió lástima. Probablemente no estaba casado.

—Oh, em... a propósito —dijo Landau mientras Phibbs metía su libreta en el bolsillo de atrás del pantalón—: me agradecería averiguar algunas cosas por mí mismo con respecto a este incidente. ¿Cree usted que eso sea posible?

—Tendrá que hablar con *Mr.* Avery con respecto a eso, con Austin Avery. Él es el director de la Oficina de Seguridad Aérea dependiente de la Junta de Seguridad en el Transporte. Tiene su oficina en Kennedy, en el Edificio Federal.

—Gracias. Lo llamaré. —Condujo a *Mr.* Phibbs hasta la puerta deseándole buena suerte. Va a necesitar toda la suerte que pueda tener en su vida, pensó Landau mientras observaba al hombre bajar desmañadamente las escaleras, hacia la calle.

4

Landau pasó los días que siguieron en su casa, leyendo (si por ello se entiende tomar un libro y dejarlo cinco minutos después por no poder concentrarse), haciendo las tareas domésticas y pensando. Especialmente pensando. ¿Sabía Kitty que Ross había muerto? ¿Debería llamarla por teléfono y decírselo? No. Sería mejor no hacerlo. ¿Por qué había pensado siquiera en llamarla...? Esa era la pregunta siguiente. ¿Por qué pasó por su mente? Lo que lo llevó a un severo escrutinio de los motivos. ¿Estaba buscando un pretexto para llamarla? ¿Por qué necesitaba un pretexto? Solo deseaba comunicarle lo de Ross. ¿Por qué? A ella le importaría un comino. No. Ahora era injusto. Pero seguramente sabría lo de la muerte de Ross por Sheila. Seguro que sí; eran íntimas. Ah...

Sheila. Durante un momento debatió los pro y los contra de ir a verla. Luego también eliminó esa idea diciéndose que ella no lo había telefoneado, una clara indicación de que estaba resignándose. Y había sido inquebrantable en su decisión de no verlo por un tiempo. Respecto a eso, probablemente estaba haciendo lo más inteligente. Ellos cuatro, los Landau y los Ross, habían pasado mucho tiempo juntos y era todo tan reciente, que los recuerdos solo podían lastimar a la pobre muchacha. Cualquier progreso que ella hubiera hecho se desbarrancaría. Ya iba a visitarla... en algún momento.

El momento llegó algunos días después. Sheila lo llamó, en primer término para hacerle saber que el cuerpo de Ross había sido cremado. Había parecido lo mejor... nada de ruido. A Landau le impresionó como mucho más serena, pero todavía había un matiz en sus palabras. Sintió un nudo en la garganta mientras hablaba con ella.

El segundo motivo del llamado era para pedirle un favor. Quería que fuera al aeropuerto para recoger las ropas de Ross, y un portafolios que llevaba consigo cuando subió al avión. Los habían retenido como evidencia, pero aparentemente ya no los necesitaban. Ella no podía ir...

—Ver sus ropas... —dijo— ¡vacías...!

Landau pensó que iba a quebrantarse en ese momento. Con rapidez preguntó:

—¿Dónde tengo que buscarlas?

—Están en Kennedy^[2]. En el llamado Edificio Federal. Tienes que ver a un tal Mr. Avery.

Avery, el mismo... quizás pudiera matar dos pájaros...

—Me ocuparé de eso, Sheila —respondió—. No te preocupes.

—Gracias, Jake. Eres muy amable —tenía una pesada carga de emoción en la voz.

Al día siguiente, previo llamado telefónico, se dirigió al Aeropuerto en su antediluviano Peugeot. Al pasar por el Puente de Triborough y por la autopista del Gran Central volvió a sentir el agobio por la muerte de su amigo. ¿Por qué tuvo que ser él? Los sembradíos de Meadow Park y la armazón de la Feria Mundial contribuían poco para levantar el ánimo de cualquiera. En el Shea Stadium parecía estarse jugando un partido de pelota. Que miles de personas, a unas cuadas de distancia, jamás hubieran oído hablar de Martin Ross (y mucho menos sentir dolor por su muerte) era una pequeña comprobación que lo sorprendía, y como suele ocurrir con las pequeñas comprobaciones, era algo enteramente inexplicable para él.

El Edificio Federal en el Aeropuerto Kennedy produce la impresión de haber sido construido para satisfacer por sí mismo todas las reglamentaciones de seguridad. Una masa sólida, cuadrada, de ladrillo color paja, ubicada en una pequeña zona boscosa sobre el camino principal de acceso. La curva que lleva a él se inicia mucho antes que las correspondientes a las terminales de las compañías de aviación, y con facilidad pasa inadvertida. Sobre la entrada principal están las palabras FEDERAL BUILDING en un severo tipo de letras, y frente a las puertas de vidrio hay un proyecto de plaza en miniatura. El vestíbulo tiene paredes de mármol, los corredores de pálidos azulejos de baño. Los zapatos repiquetean constantemente sobre los pisos de baldosa.

Landau consultó el indicador mural y encontró a Mr. Avery bajo *Oficina de Seguridad Aérea, Austin Avery, director habitación 112*. Resultó que al llegar Landau, Mr. Avery estaba en una reunión.

—Pero lo espera a usted, Mr. Landau —informó la secretaria con su fuerte acento de Bronx—. Estará con usted enseguida.

Se sentó en la oficina exterior. Diez minutos más tarde, Mr. Avery mismo abrió la puerta de su despacho que, según Landau pudo ver, contenía una larga mesa metálica de conferencias, además del escritorio. Después de haber despedido a cinco o seis hombres de rostros severos (una expresión que solo sentaba bien a los funcionarios de la seguridad pública, reflexionó Landau), Avery invitó al profesor a entrar y le indicó un asiento en la mesa de

conferencias. El almohadón era demasiado caluroso. Avery tomó asiento en el lado opuesto.

Austin Avery tenía la piel gruesa y el andar oscilante del hombre que alguna vez debió arrear vacas, aunque hablaba sin el menor acento del oeste. Exactamente lo opuesto de Samuel Schwann, pensó Landau, cuyo trato con las vacas seguramente comenzaban y terminaban con su vaso de leche a la mañana. Avery era ancho de hombros y tenía una cara redonda, con los huesos muy marcados y los ojos hundidos. En la competencia con el resto de sus facciones se destacaban la nariz y el mentón.

—Usted es Jacob Landau, ¿no?

—Sí, he venido a buscar las pertenencias de Martin Ross.

—De acuerdo. Lo lamento mucho. —Inclinó la cabeza—. No creo que podamos esclarecer mucho sobre el accidente por las ropas de *Mr.* Ross, de manera que hablé con *Mrs.* Ross para que enviara a recogerlas. —Volvió a levantarse y se dirigió a un armario de metal que había en la pared, del que sacó un traje hecho trizas en una bolsa de papel—. Pensé que *Mrs.* Ross podría necesitarlo para el seguro o algo así. Legalmente, tiene derecho a esto, y tenemos que hacer todo según las reglas.

Avery abrió la bolsa y volcó el contenido sobre la mesa de conferencias.

—Estas son las cosas que sacamos de los bolsillos de *Mr.* Ross. —Esbozó una piadosa sonrisa mirando esos restos—. No es mucho, ¿verdad?

El conjunto consistía en dos bolsitas Baby Ruth, la hoja de instrucciones de la nueva máquina fotográfica de Ross junto con dos bolsitas de tela con polvo secante, algunas notas dobladas (aparentemente garrapateadas cuando Landau le habló por primera vez del divorcio por teléfono), y un folleto de los Testigos de Jehová titulada «¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Dios?».

Avery pasó los dedos sobre las cosas distraídamente.

—Era el tipo de persona que guarda todo en los bolsillos sin pensarlo —explicó Landau—. Esas fundas de su nueva cámara son típicas. Supongo que el folleto con las instrucciones no era suficiente. Pensaba que necesitaba algo más tangible para acordarse de leer el folleto. Adoraba las máquinas.

Avery recogió uno de los paquetitos y meneó la cabeza como si estuviera tratando de imaginar el tipo de mente que pondría los folletos de instrucciones junto a la funda Baby Ruth.

—Esto es lo que ponen adentro para evitar la humedad en los envíos, ¿no es cierto? —preguntó Avery.

—Sí Nuestro equipo de laboratorio también lo trae. —Avery comenzó a mover los pies debajo de la mesa—. Antes de irme... —continuó Landau rápidamente— desearía saber si tiene un minuto libre. Estoy bastante interesado en este accidente... teniendo en cuenta que casi perdí la vida en él y que un buen amigo perdió la suya.

—Comprendo.

—Me gustaría informarme de algunas cosas. Por de pronto, ¿qué lo causó? ¿Lo sabe usted ya?

—No creo que haya ningún inconveniente en decírselo. El informe de «Causa Probable» será emitido en un par de días y entonces, de todas maneras, será de conocimiento público. Fue una bomba, *Mr.* Landau.

La boca de Landau formó una O.

—Sí. Aparentemente una carga de alto poder de tipo militar. Quizás mezcla de TNT y PDX con una base plástica de algún tipo. Fue un asunto particularmente sencillo descubrir por diversas razones. Ante todo, generalmente las bombas son fáciles de detectar... es decir, después que han cumplido su función. Los fragmentos causados por explosivos son diferentes por completo de aquellos que hubiéramos encontrado, digamos, si el avión se hubiera deshecho al estrellarse contra la tierra. Podemos indicar la ubicación de una bomba dentro de un radio... bien algunas veces con bastante precisión. Ahora, en este caso, además, la detonación fue incompleta. La cosa no se destruyó a sí misma como debía hacerlo. Si hubiera estallado con toda su potencia, probablemente hubiera partido el fuselaje en dos en lugar de hacer solo un boquete.

Landau carraspeó.

—Sí. —Continuó hablando Avery con aire clínico—. Podríamos haber tenido un desastre mayor. Pero el destrozo del avión fue confirmatorio. La policía atrapó a un muchacho en el aeropuerto de Logan y encontró explosivo en su bolsillo en cuanto el avión despegó.

—Espere un minuto —dijo Landau pensativo—. Había un muchacho que atraparon robando un portafolios.

—Ese es, *Mr.* Landau. Ahora, esta parte es solo una suposición, pero la policía cree que el hombre que estaba robando la valija de un pasajero llamado Le Hand, según tengo entendido, no estaba tratando de robar nada, como todo el mundo creyó en un principio. Estaba poniendo la bomba dentro. Lo que debe haber pasado es que el muchacho hizo un agujero en el forro del portafolios y metió allí el explosivo. Se hizo explotar por un aparato transistorizado de tiempo, suponemos. Algunas huellas de lo que puede haber

sido el mecanismo del aparato de tiempo se encontraron entre los restos. Debe haber sido, también, bastante complicado. Al parecer, el muchacho conocía algo de electrónica. De acuerdo a nuestra evidencia, el portafolios estaba debajo de un asiento, el que estaba directamente frente al suyo, *Mr. Landau*. Diría que usted es un hombre afortunado.

Si alguien volvía a decirle eso, pensó Landau, no sería responsable de las consecuencias.

—¿Por qué querría hacer estallar el avión, ese muchacho?

—Creo que eso no pertenece a nuestro departamento. La Junta Nacional de Seguridad en el Transporte tiene autoridad para investigar cualquier desastre aéreo y determinar una causa probable. Entonces hacemos recomendaciones a la Oficina Federal de Aviación con respecto a las regulaciones de tráfico aéreo. Tenemos completa autonomía. Nadie puede interferir en ninguna forma nuestras investigaciones. Pero no tenemos nada que hacer tampoco en ninguna investigación sobre los motivos de los involucrados, ni ninguna acción civil ni criminal que pueda seguir al desastre.

Landau, que había estado mirando con fijeza el modelo *jetliner* que estaba suspendido inmóvil en el aire sobre el escritorio de Avery, volvió su cabeza de pronto y preguntó:

—¿Quién se ocupa de la investigación criminal?

—El FBI. Pero... y esto es estrictamente confidencial... no creo que hagan mucho en cuanto a inquirir los motivos del caso. Vea usted, están muy seguros de tener a su hombre... además el hombre está muerto... y una vez que sepan quién lo hizo, generalmente no les importa un bledo el por qué.

—Comprendo.

—*Mr. Landau*, ¿me permite que le haga una pregunta? ¿Por qué está tan interesado en los motivos del criminal? Probablemente no sea más que un vulgar lunático que debió estar encerrado en una institución de máxima seguridad para enfermos mentales, desde hace años.

Landau se estrujó las manos y las miró como si tuviera curiosidad acerca del resultado del match entre las dos.

—No sé, exactamente qué voy a sacar en conclusión, pero quiero indagar. Es que no le encuentro sentido a una cosa así. Sí, ya sé que no hay sentido cuando un muchacho trastornado pone una bomba en un avión comercial, pero presiento que debe haber una razón, en alguna parte. Cuando uno pierde a su mejor amigo en esta forma, se tiene... no sé... una sensación de cosa incompleta. Hay que descubrir el porqué. Por lo menos así lo siento. Le diré que estoy tramitando mi divorcio, *Mr. Avery*. No, no, no tiene que

compadecerme. Es lo mejor a ese respecto. Bien, mi divorcio es algo que tiene sentido. Hay una razón para ello. Hay miles de razones. ¡Pero este accidente...! Simplemente no puedo comprenderlo. ¿Me explico?

—Creo que sí, *Mr. Landau*. Y permítame decirle que lo admiro —respondió Avery—. Pocas personas se hubieran tomado todo ese trabajo.

—No, no es eso...

—Y si en algo puedo servirle, cualquier ayuda que pueda significarle, espero que venga a verme.

Landau respiró profundamente como para decir algo más, y luego cambió de idea.

—Muchas gracias —respondió—. Le avisaré si surge algo.

Los dos hombres se pusieron de pie y Avery acompañó a su visitante hasta la puerta.

—Adiós —le dijo la secretaria cuando pasó frente a su escritorio. Sonreía y usaba todos los músculos de la cara para hacerlo.

El Expreso Van Wyck no fue tan cordial. Nunca mereció menos su título. Estaban desconectando los motores. Los choferes comenzaban a descender para echar un vistazo a la línea de automóviles que los precedía. Pero el tránsito congestionado le dio tiempo a Landau para considerar pasos positivos, para tomar una determinación y hacer alguna investigación activa, ya que la etapa logística estaba cumplida. El mejor lugar para empezar sería probablemente el mismo hombre muerto, Varga. ¿Qué había hecho los años anteriores, antes de tener la idea de hacer estallar un avión comercial? ¿Había estado relacionado con alguno de los pasajeros? Así considerada, la tarea parecía descomunal. Ciento siete personas viajaban en el avión, tres azafatas, un piloto y el copiloto.

Sin embargo veía una débil luz de esperanza. De los ciento siete pasajeros, todos menos cinco sobrevivieron y serían interrogados, aunque no fuera más que por los periódicos. Si cualquiera de ellos averiguara algún antagonismo que Varga tuviera contra él, no existiría razón para ocultarlo, ya que el mismo Varga no podría amenazarlo por segunda vez. Si ninguno de los pasajeros podía explicar el repentino impulso destructivo del hombre, quedaban dos posibilidades: bien que hubiera andado detrás de una de las personas muertas, y atrapado a su hombre o bien —Landau se descorazonó ante la idea— era simplemente de un lunático. No, resolvió, no se permitiría considerar esa última explicación. Varga había tenido in mente una sola víctima; Landau tenía que averiguar quién era. Tenía que hacerlo, reiteró, sacando su coche fuera del carril central (que parecía moverse con mayor

lentitud) pasando al de la izquierda, cuyo tránsito se detuvo por completo tan pronto el Peugeot estuvo en él.

Si Landau hubiera mirado por el espejo retrovisor un segundo o dos antes de cambiar el carril, hubiera advertido un Mustang azul que estaba ejecutando el mismo cambio de posición tres coches detrás del suyo. Sin embargo, Landau demasiado absorbido en ese momento con la frustración de su maniobra para fijarse en el Mustang, y aun cuando lo hubiera hecho, no habría notado nada particularmente extraño en el coche.

Una hora y media más tarde —el tránsito había avanzado a paso de hombre por el puente de la calle 59— el Mustang azul se detuvo en un parquímetro en la esquina de 51 y Broadway. El conductor (y único ocupante del coche) se sentaba en ese momento con las manos sobre los muslos, después de cerrar el contacto. Vestía un traje liviano de color verde pálido, arrugado, 55 % dacron y 45 % algodón. Lo mismo que el automóvil, era absolutamente común; en realidad, su parecido con otros innumerables trajes de verano había sido el motivo especial de su elección. El rostro del hombre, que en todo caso era poco atractivo, hubiera sido tan anodino como su traje excepto por un rasgo... la boca. Era pequeña y curiosamente redonda, tan pequeña y tan redonda que muchas personas al pasar junto a él en la calle pensaban que estaba silbando. Por esta razón había adquirido entre algunos de sus compinches, el apodo de Silbador.

El Hombre de la Boca Chica se estiró tras el volante y, después de inspeccionar con discreción a algunas personas que pasaban por la vereda de esa cuadra, descendió y cerró la puerta del coche otra vez. Depositó una moneda en el medidor. Luego caminó rápidamente por Broadway tres cuadras, hasta llegar a un negocio lleno de máquinas de juego, galerías de tiro, *bowling* de mesa, y marineros de los Estados Unidos. El hombre del negocio estaba escrito en un tablero sobre la vidriera, con letras formadas por cientos de discos plateados del tamaño de una moneda, que resplandecían al azar imitando una marquesina iluminada. Afuera, del otro lado de la calle, había una cabina verde de teléfono público llena de inscripciones.

El Hombre de la Boca Chica entró en la cabina, se deslizó al asiento pegado a la pared, y cerró la puerta de doble bisagra. Era un día caluroso, pesado, y como diez grados más caluroso dentro de la garita con la puerta cerrada, pero el Hombre la mantuvo así de todas maneras. Levantó la manga derecha para mirar un reloj con pulsera de metal flexible, que le estaba produciendo un tatuaje rojo en la muñeca. Luego sacó el pañuelo y se enjugó la frente. Algunos minutos después el pañuelo ya era inútil, pero seguía

manteniendo la puerta cerrada. Volvió a mirar la hora. Habían pasado exactamente cinco minutos desde la consulta anterior. Era la hora.

La campanilla del teléfono comenzó a sonar, pero el Hombre de la Boca Chica tomó el receptor antes de que acabara de llamar la primera vez.

—¿Sí...? —dijo con suavidad.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó una voz sin modulación y sin preliminares, desde el otro extremo. La voz pertenecía a una persona que el Silbador solo conocía como el Coronel.

—Fue al aeropuerto —respondió—, al Kennedy. Estuvo allí bastante tiempo.

—Comprendo.

—No creo que haya podido descubrir nada, sin embargo.

—Si lo hizo, usted lo sabrá muy pronto. Si no me equivoco, ese es su trabajo, mi amigo.

—Coronel —tanteó el Silbador— sobre mi trabajo...

—¿Qué...?

—Yo no estoy seguro... Es decir, no comprendo lo que debo hacer. Usted quiere saber por qué...

—Sabemos por qué lo hizo —interrumpió el Coronel—. Queremos saber a quién. Como creo haberlo mencionado, no pude tener sino una breve conversación con *Mr. Varga* antes de que fuera... tan desafortunadamente... muerto.

—Y usted piensa que este Landau quiere saber la misma cosa.

—Tenemos buenas razones para sospecharlo.

—¿Y suponiendo que lo descubra...?

—Entonces nos enteraremos de algo nosotros también, mi amigo. Siempre podemos ocuparnos de *Mr. Landau*. ¿Comprende, ahora? ¿Entiende por qué su tarea es simplemente seguirlo?

—Entiendo.

—¿Y entiende por qué sería desafortunado, muy desafortunado para... podríamos decir... para ustedes dos, si algo sucediera a ese hombre, antes de que estemos preparados para que suceda?

—Entiendo.

—Pensé que sería así. —A través del teléfono se proyectó una sonrisa apretada—. Me alegra que no haya malos entendidos. Ahora, salvo que tenga algo más que decirme, creo que la conversación ha terminado.

Sin despedirse, el Silbador volvió a colgar cuidadosamente el receptor en la horquilla. Luego, con el pañuelo que todavía conservaba en la mano

izquierda, enjugó su frente una vez más, y abrió por fin la puerta. Viendo solo a dos homosexuales audazmente pintados junto a la vidriera del negocio de entretenimiento, salió de la cabina y volvió subrepticamente al Mustang azul. El motor volvió a la vida. El coche se confundió con el tránsito del mediodía, en dirección a Broadway durante dos cuadras; dio vuelta a la derecha en la calle 49 y otra vez a la derecha por la 10.^a Avenida, y siguió, ciudad arriba.

Landau se despertó la mañana siguiente con una sensación que solo podía calificar como necesidad de movimiento. Pensó que jamás volvería a experimentar ese estado de ánimo desde que su divorcio de Kitty se hizo cierto. Tomó su austero desayuno de costumbre; café con tostadas, y fue hasta la esquina a comprar un periódico. Siempre leía el *Times*, pero durante la última semana había estado llevando además el *Pennon*, para verificar la historia de Samuel Schwann sobre el heroico sobreviviente del atentado aéreo. Hasta ahora no había aparecido, pero esto no tenía urgencia sino meramente un interés humano, y Landau todavía tenía esperanzas de que se publicara. La perspectiva de ver su nombre en letras de molde, aunque fuera en el *Pennon*, era suficiente para alimentarlas.

En la página cinco sus ojos se detuvieron en las líneas que buscaba. Pero su excitación fue solo momentánea. El nombre era el de Samuel Schwann, pero no era el relato que Landau esperaba. Las reacciones íntimas del sobreviviente de una catástrofe habían sido consideradas por lo visto muy poco importantes (o demasiado exageradas) por el director del *Pennon* en la ciudad, y había enviado a su cronista a Boston a buscar la historia del Hombre de la Bomba.

Schwann lo había hecho en forma brillante, si el volumen de información que había desenterrado servía para algo. La nota detallaba la vida de Dennis Varga desde su nacimiento en el hospital de New York hasta su muerte en el Edificio de la Eastern Airlines. En el aeropuerto de Logan. «Esta es la historia que sus lectores están ansiosos por conocer», Landau casi podía oírlo exclamar a Schwann, mientras arrojaba el manuscrito sobre el escritorio del editor.

Según Schwann, Varga había nacido en la ciudad de New York el 17 de setiembre de 1939, lo que significaba que había muerto unos meses antes de cumplir 29 años. Su padre había abandonado la familia cuando él todavía era un bebé, pero las grandes esperanzas de la madre para su hijo no se habían empañado por eso. Lo envió a un colegio privado, un lujo para la familia, que

vivía en la calle 93 Oeste, y que difícilmente podía solventar. Dennis se portó bien en el colegio sin ser nada sensacional hasta el séptimo grado, cuando los profesores comenzaron a notar un cambio notable en todo su continente. Le tomaron los «test» de inteligencia y encontraron que tenía un nivel casi genial. La razón del súbito repunte en su rendimiento no se revelaba en el artículo, pero Schwann insinuaba discretamente que pudo tener algo que ver con la muerte de la madre de Varga, más o menos para esa fecha, y su adopción por un tío. Por otra parte, la madre había tomado un seguro de vida muy grande, cuyo pago era suficiente para que Dennis y su hermana menor pudieran asistir a la escuela secundaria sin que ninguno de ellos tuviera que levantar un dedo para ganarse la vida.

Desempeñándose en forma asombrosa durante el último año de la secundaria, se le ofreció a Dennis una beca para Harvard, que como es natural aceptó, pero como la beca solo alcanzaba a cubrir el costo de la enseñanza, se vio obligado a tomar un empleo por algunas horas en una farmacia de Harvard Square, para poder vivir. Mantuvo el empleo durante los tres años siguientes. Desde allí la crónica comenzaba a hacerse confusa. Por alguna razón el muchacho «no se llevaba bien con el gerente», decía, y lo despidieron. Entre tanto logró aprobar su ingreso en Harvard, pero sin ninguna de las distinciones que había obtenido en el nivel secundario. En realidad, en el estilo elocuentemente sobreentendido de Harvard «se le solicitó que no volviera». Habiendo perdido su empleo y su oportunidad para estudiar, no vio motivo alguno para permanecer en Cambridge y se marchó antes de completar los exámenes de primer año.

Después de eso... bien, Schwann concedía con modestia que no había podido investigar con precisión qué le había sucedido al muchacho. Parecía haberse perdido de vista. Extraño. Estuvo perdido de vista durante dos años antes de que Schwann pudiera recoger otra vez el rastro: en este punto comenzó a trabajar para un negocio de radio en Avenida Commonwealth, cerca de Kenmore Square. Era demasiado grande (y quizás demasiado instruido) para peón, pero era la única vacante en el momento de su solicitud, y de acuerdo con una declaración del propietario del negocio, el muchacho había expresado un vivo interés por la electrónica y una avidez por aprender, además del deseo de trabajar cerca de su casa, un departamento algo más allá de la calle Beacon.

El hombre admitía que la timidez de Varga le había agradado y resolvió darle una oportunidad al muchacho, aun cuando no tenía referencias y la información de Schwann era lo primero que oía con respecto a los tres años

pasados en Harvard. Mientras Varga estuvo empleado en su negocio, el propietario no tuvo motivo de queja. El muchacho era competente en su trabajo, puesto que las tareas en la plataforma de carga no exigían hombres corpulentos, y se llevaba bien con los otros empleados (en especial evitándolos). En general trabajaba después que el negocio se cerraba al público, ya que su trabajo consistía casi todo en embalar y desembalar; de esta manera cumplía su labor sin tropezar con nadie.

Sí, el patrón decía que podía tener confianza en Dennis. Su preocupación inicial se había disipado cuando, durante los primeros meses de la estada de Varga, las órdenes de embarque fueron controladas y vueltas a controlar con la mercadería y los recibos de pago, y no había habido ni la más ligera discrepancia. En opinión del propietario —por lo que pudiera valer, según lo que sugería Schwann—, el muchacho debía haber tenido un impacto emocional grave para hacer una cosa semejante (se refería a la bomba), y probablemente necesitaba atención psiquiátrica desde el principio. El dueño del negocio estaba persuadido de que todos esos criminales eran solo desequilibrados (era un hombre muy tolerante). Si los hubieran sicoanalizado de niños, la mayoría probablemente se hubiera convertido en «miembros útiles de la sociedad», en lugar de destructores de ella, declaró. Sus propios hijos, se sintió obligado a puntualizar, nunca necesitaron del sicoanálisis.

El artículo seguía dando las opiniones de distintas personas que en un momento u otro tuvieron algo que ver con Dennis Varga. «Pensé que Dennis era un buen muchacho, más bien tranquilo». Sostuvo el típico entrevistado. «Estaba un poco nervioso, quizás. Pero ¿quién no lo está? Pero ya entonces, Mr. Schwann» —y Landau podía imaginar el dedo didácticamente levantado — «ya entonces comencé a advertir algunas cosas en el muchacho que no andaban bien».

Al final Schwann daba su punto de vista personal. Algo —que probablemente no sepamos nunca— había sido la causa de que el muchacho perdiera el juicio.

No, Landau se negó a creer eso. No podía ser descartado de esa manera. Había una razón. Tenía que haberla.

Dejó a un lado el compacto *Pennon* y se volvió al *New York Times* todavía doblado. Hasta para el *Times*, el accidente del avión todavía era noticia, pero sus lectores no tendrían la tolerancia de los lectores del *Pennon* para charlas reminiscentes. El *Times* publicó su artículo sobre la vida del hombre de la bomba algunos días antes, y su tono había sido medido. Hoy publicaba una historia de los sobrevivientes. Algún reportero joven y activo

había pasado una semana poniéndose en contacto con cada uno de los cien pasajeros, las tres azafatas, y la tripulación que se había salvado, había investigado todos los rincones de sus vidas personales buscando una conexión con Dennis Varga. La mayoría de ellos, según leía Landau entre líneas, había estado deseosa —hasta ansiosa— de tener sus biografías estampadas en la conciencia pública. Muchos tenían la impresión de hacer un servicio a la patria. Dos páginas próximas a la sección central del diario estaban consagradas casi enteramente a los resúmenes de esos testimonios. Hechos y más hechos rondaban en catarata; las conclusiones, según la mejor tradición del *Times*, quedaban a cargo de los lectores.

Landau leyó palabra por palabra y no pudo encontrar nada que siquiera remotamente semejara un vínculo con el Hombre de la Bomba. Nadie trabajaba en un negocio de radio; ni uno —¡ni uno solo!— había estado en un colegio de Harvard, ni tenía ahora relación alguna con la universidad. Por fin parecía estar llegando a alguna parte, aunque más no fuera por eliminación. Era demasiado esperar que ya el asunto estuviera limitado a las cinco personas muertas. Bien podría haber algo que él o (¡Dios no lo permita!) el *Times*, hubieran pasado por alto. Aun así, podía suponer que Varga perseguía a uno de esos cinco, y comenzar con eso. De cualquier manera, la idea de que el asesinato era uno de los cinco excitaba sus antenas. Era una especie de «quien lo hizo» invertido. Un «a quién iba dirigido».

De la estrategia pasó a la táctica. Decidió volar nuevamente a Boston y, ante todo, hablar con el propietario del negocio de radio a quien había entrevistado Schwann. Salvo que Landau no se interesaría en la historia personal o el análisis de la personalidad del muchacho, sino en la rutina de todos los días. También podía interrogar a la viuda de este hombre, Le Hand. Podía partir el lunes. (Hoy era viernes). ¿Un viaje largo? En fin, estaba en vacaciones, y de todas maneras tendría que volver a Boston en cualquier momento para hacer nuevos arreglos en el asunto del divorcio. Lo que le recordó que después de este trabajo de detective *amateur*, tendría que enfrentarse con ese sapo gigante que era David Doberman. Pero el viaje en sí mismo evidenciaba una especie de recuperación. Estaba haciendo algo, nuevamente. Con el tiempo, hasta podría llegar a simpatizar con David Doberman.

Había comenzado a recoger los diarios, que ya cubrían gran parte del piso en la sala de estar, cuando sonó la campanilla de la puerta. ¿Quién podía ser a las diez de la mañana? Sin ninguna razón especial, decidió utilizar una de las ventanas del costado que le permitía observar al visitante sin ser visto. El

rostro que vio a través de la mirilla era, para su profunda sorpresa, moreno, de ojos castaños, con labios delicados y decididamente, femeninos. Para asegurarse de que su madre no había puesto un retrato en la mirilla para que se le hiciera agua la boca, y funcionara como un conejo mecánico en la carrera de galgos, abrió la puerta. La cara era aún más bonita sin el pedazo de vidrio que lo separaba de su propietaria.

—¿Sí...? —preguntó Landau, indeciso.

La muchacha sonrió. —Hola.

—¿Hola...?

La sonrisa se disolvió en una expresión ansiosa:

—Me llamo Sarah Marcus —dijo como si esto fuera a explicarlo todo. Cuando advirtió que no explicaba nada, agregó—. Soy la mucama.

Dominando una carcajada, decidió seguirle el juego.

—Ah... La mucama...

—Eso es. Vengo a limpiarle la casa —aclaró, como si la palabra «mucama» fuera un término técnico muy complejo—. Sabe... limpiar... —Hizo un gesto en el aire como si estuviera pasando el plumero.

Por mucho que lo lamentara, había llegado el momento.

—Me parece que hay un error. Yo no he llamado a ninguna mucama. Debe haber equivocado el apartamento.

—¿Este es el Tercero B, no es así?

—Sí, pero créamelo. No he pedido mucama... Espere, tengo una idea. ¿Por qué no se sienta un minuto, y quizás podamos alisar este asunto?

—Si hay algo que alisar se supone que soy yo la encargada de hacerlo. Es parte de mi trabajo —respondió con un rostro serio, pero dio un paso a través del umbral y permitió que Landau la condujera a la sala de estar.

Eso lo confirmó. Cierta, definitivamente no era una mucama.

—Ahora —dijo Landau después que ella se sentó en la hamaca bostoniana y él en el diván—. ¿Quién le dijo que viniera aquí?

—Mi tío.

—¿Su tío...?

—Sí, mi tío Max.

—¿Conozco yo a su tío Max? ¿Podría persuadirla a que me revelara el apellido?

—Desde luego. Su apellido es Kovits.

—Humm... —El apellido hizo vibrar una nota familiar en algún rincón de su cerebro—. ¿En qué se ocupa esta persona que alega ser Max Kovits?

—Es un psicoanalista.

El sol se abrió paso.

—Ah, ¿es el Max Kovits que tiene una paciente llamada Ida Landau?

—Sí. En verdad es ella la que...

—No tiene que decir nada más. Humm... ¿podría esperar un momento acá mientras hago un llamado telefónico? —Ya estaba levantando el teléfono del estante donde lucían las flores artificiales (Hepplewhite Sheraton) y desenrollando sus veinticinco pies de cable extensión hacia el dormitorio.

Un momento después estaba sentado sobre la cama (todavía sin tender) y diciéndolo en la bocina.

—Madre. ¿Qué demonios estás haciendo?

—¿Haciendo? Bien, ahora estaba...

—Quiero decir, ¿para qué enviaste a esa muchacha con el débil pretexto de ser una mucama?

—No le llares un débil pretexto, Jacob —replicó con serenidad Ida Landau—. Tu casa necesita limpiarse, ¿no es así?

—No se trata de que necesite o no una limpieza —comenzó a gritar Landau, pero recordando lo endeble de las paredes, bajó el tono de voz cuatro palabras antes de terminar la frase.

—Es... bonita, ¿no, Jacob?

—Tampoco se trata de eso.

—Bien. Si lo que te preocupa es el dinero, no te apures, la pago yo.

—Tampoco es el dinero, madre. Es que no me gusta que se hagan cosas a mis espaldas. Soy muy capaz de manejar mi vida privada.

—¿Tu vida privada? Vamos, Jacob. Esa muchacha es muy agradable. No te perjudicará su amistad. Nadie te dice que te cases. Y además la última vez que estuve en tu departamento parecía que le hubiera pasado un ciclón.

—No discutamos, madre. Puede limpiar hoy. Una sola vez. Eso es todo.

—Lo que tú digas, Jacob. Sabes que no quiero interferir, y si piensas que es eso lo que estoy haciendo...

—Me alegro que lo hayamos dejado en claro. De paso, ¿en qué se ocupa la muchacha cuando no está limpiando?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella, Jacob?

Algunos minutos más tarde Landau estaba en la sala (con una copa de café instantáneo helado en la mano) preguntándose a la muchacha.

—Oh, soy una colega —respondió recogiendo los diarios y poniéndolos en el revistero.

—Es, ¿qué...?

—Soy egresada con título de Profesora de Inglés.

—Creía que los títulos se daban por estudiar en alguna parte, como Somalia, por ejemplo.

—Así es en general. Pero mi título es en Lengua Inglesa, y estoy interesada en la ficción americana moderna. La escuela de New York, en particular.

—Comprendo. —Landau se rascó la barbilla—. ¿Puedo preguntar por qué, una egresada universitaria pierde su tiempo haciendo limpieza?

—Necesito dinero. Los títulos no producen mucho. Tengo un coche importado que mantener.

—¿Entonces hace esto todo el tiempo?

—Bueno, no. No *todo* el tiempo.

Landau decidió dejar el tema.

—En fin, adelante. La casa es suya.

—Muchas gracias, *Mr.* Landau.

—Mi nombre es Jake. A mi madre no le agradaría si la oyera llamarme de otra manera.

—¿Su madre...?

—No tiene importancia.

Landau la dejó limpiando el antepecho de la ventana, donde se había acumulado una gruesa capa de hollín neoyorkino y se dirigió a la farmacia para comprar un equipo de afeitar para viaje. Esto lo mantuvo bajo la influencia psicológica del viaje a Boston. Cuando volvió, una hora más tarde, ella se había marchado.

Al día siguiente, sábado, compró nuevamente el *Pennon* y lo abrió para enterarse de que Schwann había andado excavando otra vez. Descubrió que una de las mujeres muertas, Viola Harwich, había sacado una gran póliza de seguro en una de las máquinas automáticas de Logan. Y en tanto que Schwann destacaba con meticulosa y firme habilidad que los pasajeros de avión siempre se aseguraban, también hacía notar que era un procedimiento relativamente poco usual en un vuelo corto. Landau recordó entonces la conversación a bordo del avión, en la que había trascendido que el beneficiario era su sobrino (o alguien) que estaba en Columbia. Leyendo el artículo, se enteró de que en verdad una persona llamada Robert Kaplan, «un joven y bien parecido estudiante de la Universidad de Columbia», era el heredero. Landau pensó que jamás la buena apariencia había tenido tonos más siniestros.

Pasó la noche del sábado frente a la televisión y a una vieja película de David Niven. Pero no pudo seguir la trama; no prestaba atención al diálogo.

De pronto se encontró escuchando unas palabras sin saber qué había estado sucediendo la última media hora.

Tenía que haber alguna lógica en este asunto. Si había algo que las ciencias físicas martillaban dentro de la cabeza, era que los fenómenos naturales pueden ser descritos mediante leyes. Las leyes no justifican nada, necesariamente, solo describen. Pero eso basta para conformar a todo el mundo. En tanto constituyan una regla. ¿Sucedía lo mismo con los asuntos humanos? Ross había sido muerto. ¿Podría explicarse de alguna manera?

Oh, al diablo con el asunto. No debería estar perdiendo de ese modo su tiempo. ¿Por qué había de preocuparse de bombas en aeroplanos un respetable profesor de Astronomía, como él? Debía olvidar el accidente, olvidar a Ross, y ya que estaba en eso, olvidar también a Kitty.

Comenzó a hacer planes para el lunes.

5

El lunes a la mañana, camino al aeródromo, Landau lucía una camisa a cuadritos y una elegante corbata ancha debajo de su chaqueta de Brooks Brothers. En el coche, el vigor de la crónica del sábado en el *Pennon*, finalmente lo conmovió. ¿Había leído en alguna parte, que detrás de nueve de cada diez bombas puestas en los aviones se encontraba una gran póliza de seguro? Entonces, ¿por qué razón la policía no vigilaba de cerca a ese muchacho Kaplan? Por supuesto, Landau no podía saber si lo estaban haciendo. De todas maneras, decidió hablar con el muchacho cuando volviera de Boston. No sería muy difícil seguirle la pista. Después de todo, era un estudiante de Columbia.

El Peugeot silbó bajo un puente de ferrocarril, sobre el que estaba detenido un tren local de Long Island, esperando la señal para ponerse en marcha...

Algunos segundos después el tren comenzó a moverse, cuando un Mustang azul pasó por debajo. El Silbador estaba al volante, y su nerviosidad era más pronunciada que de costumbre. Este viaje de Landau le había resultado una sorpresa. Más que una sorpresa: algo incomprensible. ¿En verdad, se tomaría el trabajo y sufragaría los gastos de otro viaje a Boston solo por simple curiosidad con respecto al accidente, como el Coronel parecía sospecharlo? ¿Por qué?

Una media hora antes, el Hombre había observado a Landau cargar en su coche una maleta pequeña, en la Calle 181, y ocupar determinadamente el asiento del conductor. Y había estado silbando. El buen humor que trasuntaba puso nervioso al Hombre de la Boca Chica. Cuando tomó el trabajo de seguir a Landau había pensado que todo iba a ser una simple rutina. Ahora parece que había que viajar. El Silbador tomó un comprimido para el estómago, de un pastillero metálico que llevaba en el bolsillo, y lo tragó mientras conducía. Un momento después salió de la autopista por el camino del Aeropuerto La Guardia. El Peugeot estaba tres coches más adelante.

En el edificio de la Eastern, mucho más alto e importante que el del aeropuerto de Logan, observó que Landau tomaba un pasaje y se dirigía por los corredores del anexo temporario de metal corrugado, a la puerta correspondiente al vuelo a Boston. Desde una puerta de vidrio, un poco más adelante, vio al profesor subir al avión y, advirtiéndole que aún quedaban quince minutos antes de que levantara vuelo, se volvió rápidamente al *hall* principal en busca de una cabina telefónica. En el *hall* había cinco cabinas de diseño muy moderno, en acero inoxidable, alineadas contra una pared. Dentro de cada una había un teléfono de pared y de color claro. El Hombre de la Boca Chica entró a un cubículo y disco siete números.

La campanilla en el otro extremo dejó de sonar rápidamente y se oyó una voz de mujer que repitió los números recién discados. Era un servicio de respuesta con muy buena reputación.

—El número de que hablo es 986-0377 —dijo el hombre y colgó.

Pasaron cinco minutos antes que se oyera la campanilla en la cabina. El Silbador tomó el auricular con rapidez.

—Landau toma el avión para Boston —dijo sin saludar.

El Coronel se aclaró la garganta y respondió:

—Mi amigo, considero que esta llamada ha sido innecesaria.

—¿Innecesaria?

—Usted, por supuesto lo seguirá. —Hubo una pausa. Luego el Coronel continuó con más calma—. Espero que no piense que va a ganar sus quinientos dólares mensuales por el Departamento de Bienestar.

—Por supuesto... quiero decir... claro que lo seguiré. Solo pensé...

—Si su trabajo requiriera pensar, mi amigo, valdría mucho más de quinientos dólares semanales, se lo aseguro.

—No se preocupe, lo seguiré, lo seguiré.

—Y con tiento, con mucho cuidado... si es que puede entender eso. Recuerde, si hay alguna averiguación, legal o de las otras, que deba hacerse, deje que la haga *Mr. Landau*, si lo desea. Solo le pedimos a usted que nos informe.

—¿Cree usted que *Mr. Landau* puede descubrir la persona detrás de la cual estaba el muchacho?

—Creo que es posible. En todo caso, nosotros lo descubriremos. Eso es seguro.

—Y usted cree que alguien en el avión...

—Amigo mío, sabemos por qué se hizo. Pensé que lo había dejado aclarado en nuestra última charla. No es necesario arriesgarse a enterar a todo

el mundo de tanto repetirlo.

—Sí, Coronel.

—Bien, no veo que a ninguno de nosotros le beneficie prolongar esta conversación.

El Silbador gruñó una sílaba en la bocina y colgó. Luego, temblando, sacó un pañuelo del bolsillo de sus pantalones, lo desdobló, y enjugó las gotas de su frente.

El primer pensamiento de Landau desde que el avión aterrizó sin novedad en Logan, fue vagamente religioso. Durante todo el vuelo había estado revolviéndose en el asiento, y cuando una atractiva azafata —una rareza en el viaje— se le acercó para preguntarle si estaba incómodo y si podía serle útil en algo, ni siquiera pudo retribuir la sonrisa.

En el *hall* del edificio de Eastern llamó por teléfono a *Mrs. Le Hand*, diciéndole que era amigo de una de las otras víctimas del accidente y que él mismo había estado en este vuelo. La voz de ella tenía una cierta calidad, pensó Landau. Parecía demasiado deprimida hasta para tener curiosidad acerca de sus motivos para llamarla. Estaría en su casa toda la tarde, le informó inexpresivamente.

Tomó un ómnibus hasta Cambridge, donde se registró en la *Hostería Holiday*. Una elección inspirada, primero, por el deseo de evitar el *Statler-Hilton*, donde los Landau y los Ross habían estado cierta vez; y en segundo lugar, por sentirse identificado con Cambridge desde sus días de estudiante.

A la tarde tomó un taxi hasta Newton, donde estaba la casa de *Le Hand*, en una calle bastante antigua como para tener una acogedora hilera de árboles altísimos. La casa en sí podría ser descrita por los vendedores inmobiliarios como *Colonial Georgiana*: ladrillo rojo con un pórtico al frente, apoyado en columnas de madera pintadas de blanco. Landau pagó al chófer y tocó el timbre. Desde lejos, calle abajo, un hombre con traje verde claro observó a *Bárbara Le Hand* abrir la puerta, hacer un intento de sonrisa y conducir a su visitante al interior.

Landau admiró en silencio el moblaje e involuntariamente tuvo la idea de que ese era el tipo de hogar a que había aspirado *Kitty*, después de su eventual designación. Mirando con más detención, sin embargo, observó en todas partes señales de perpetua fallas en cuanto a su cuidado. Los ceniceros estaban llenos de colillas manchadas de lápiz labial, una capa de polvo se

había acumulado sobre la superficie de la mesa y del piano, y las flores se marchitaban en los floreros.

Bárbara Le Hand mostraba algunos de los mismos síntomas que la casa. No estaba maquillada, y daba la sensación de que no se había quitado ese vestido azul desvaído, desde el día del accidente.

Pero era una mujer observadora, y captó una mirada de Landau a los ceniceros.

—Tendrá que perdonar todo esto, *Mr.* Landau —se disculpó, sin hacer caso de los gestos con que él trataba de restarle importancia—. Desde que mi marido murió, vivo como dejando andar las cosas. Él era un hombre muy cuidadoso, todo estaba siempre en orden. No es mi intención criticarlo. Es un rasgo muy lindo, en cierta forma. Pero ahora que él se ha ido, usted ve... Miles estaría consternado. —Dejó caer la cabeza a un lado sobre sus hombros. Pero un segundo después se sobrepuso, aferrándose a Landau, como a un pasamano.

—Comprendo sus sentimientos, *Mrs.* Le Hand —dijo Landau—. Yo también he perdido a un amigo íntimo.

—Así me dijo. Pero ¿sabe? En cierta forma, es casi un alivio. Bien, no quiero decir un alivio, pero Miles era tan...

Se libró de tener que completar este pensamiento por el ruido de pasos desde la cocina y el golpe de la puerta. Un momento después dos niños de cerca de diez años entraron a la sala, uno con un poco más de dinamismo que el otro. El más activo corrió hasta Bárbara Le Hand y la golpeó alegremente sobre las rodillas, mientras ella permanecía sentada como una estatua.

—Mamá, ¡el padre de Kevin nos invitó a salir en su barco esta tarde! —gritaba, aunque un murmullo hubiera bastado—. ¿Puedo ir? ¡Por favor, por favor!

—Larry, me prometiste que ibas a limpiar tu dormitorio hoy —respondió Bárbara Le Hand en el tono sobrio de un acreedor.

—Lo haré esta noche. Lo prometo.

—¿En cuanto llegues a casa?

—En cuanto llegue a casa. Lo prometo, lo prometo.

—Entonces, está bien.

—¡Yupi...! —Larry Le Hand arrancó a los saltos y giró llevando su motor afuera.

Pero su madre le cortó el impulso.

—Larry, ¡Larry...!

—¿Qué, mamá? —respondió, conservando su motor en velocidad.

—¿El barco es seguro?

—Muy seguro. El padre de Kevin es un marino experto. ¿No, Kev?

—Es verdad. *Mrs. Le Hand* —Kevin también era más sobrio.

—Está bien...

Cualquier otra cosa que hubiera tenido que añadir se habría perdido entre los gritos y las pisadas de una loca carrera hasta la puerta de la cocina y más allá.

—No lo puedo controlar —suspiró Bárbara Le Hand después que el ruido se apagó, pero Landau creyó detectar un asomo de satisfacción en su voz—. Ahora, ¿en qué puedo serle útil, *Mr. Landau*?

—Bien, desde el accidente he sentido esta necesidad... —es la única palabra que lo describe— de descubrir su motivo. El por qué alguien haría una cosa como esta. Quiero decir que es algo que no tiene sentido. Siento que debe haber una razón. Por lo que me he enterado, el muchacho no estaba totalmente loco.

—No he leído mucho los diarios. No podía decidirme a abrir un diario durante mucho tiempo. Así que no sé nada.

—Lo comprendo. Pero mi reacción fue, podría decirse, opuesta a la de usted. Leía todo lo que llegaba a mis manos. Y pensé que podría estar enterada de alguna conexión entre este muchacho y su marido.

—¿Con mi marido? —Estaba impresionada—. Pero ¿cómo podía haber conocido...?

—No he querido insinuar que su marido haya hecho nada ilegal, ni cosa por el estilo, *Mrs. Le Hand*. Solo pensé que podría haber algo... alguna razón por la cual este muchacho pensara que tenía que asesinar a su marido. Yo entiendo que este individuo era probablemente un lunático, pero algo debe haberlo impulsado a hacer una cosa así. ¿Entiende usted lo que yo quiero decir?

—Bien, puedo asegurarle que yo no sé nada.

—No —repitió Landau con desconsuelo—. Imaginé que usted no sabría nada. ¿La interrogó la policía?

—La policía no. Algunos reporteros vinieron al día siguiente pero no pude verlos. Estaba demasiado perturbada. Por lo menos he... tratado de estar... —dejó caer otra vez la cabeza.

—Ya. —Landau se aclaró la garganta y se restregó un ojo con vigor—. Bien... ¿no hubo alguna cosa que usted descubriera, relacionada en alguna forma con este Dennis Varga?

Con un repentino arranque de autocontrol, Bárbara Le Hand dijo:

—Sí, en verdad hubo una cosa. Precisamente antes de que el avión estallara... debe haber sido mientras todavía estaba en el aire... un policía vino a casa. Dijo que habían atrapado a este ladrón en el aeródromo, el que había robado a mi marido. Le dispararon cuando trató de huir, según dijeron, y encontraron una llave cuando luego registraron su cuerpo. Pensaron que eso era lo que le había robado a mi marido.

—¿Y es así?

—No lo sé. —Luego de una pausa continuó—. Pero no lo creo. Por supuesto que este ladrón resultó no ser tal, sino el hombre que puso la bomba en el portafolios de mi marido. De manera que probablemente no estaba tratando de robar nada. Pero cuando el policía trajo la llave no lo sabía porque la bomba todavía no había estallado.

—Ajá, ¿y qué le pasó a esa llave?

No respondió enseguida. Solo después de una ojeada lateral a cierta figulina de porcelana que estaba en una punta de la mesa, y dijo:

—Yo la tengo.

—¿La tiene usted? ¿No se la pidió la policía?

De nuevo hizo una pausa. Sonrió ligeramente.

—No veo motivo para no referirle toda la historia. Cuando el policía vino por primera vez con esta llave me pareció muy ansioso de que yo la tuviera. No sé por qué. Dijo que probablemente sería la llave de algo muy importante que pertenecía a mi marido. En verdad, parecía estar deseando que guardara algo valioso. Me dijo que me quedara con ella y le informara si encontraba alguna cosa. A él personalmente, recalcó el policía. Al parecer no quería que nadie más se enterara de ello.

—¿Y qué es lo valioso que guarda esa llave?

Bárbara Le Hand respondió con la misma voz desconcertada que había tenido para las otras preguntas.

—No lo sé. No tengo la menor idea de lo que guarda esa llave.

—Pero ¿usted todavía la tiene? ¿No volvió la policía después que estalló el avión, para reclamársela?

—Oh, sí. Pero no era el mismo policía. Un teniente o algo así...

—¿Y no le dio la llave?

—Le dije que no podía encontrarla —respondió evitando sus ojos.

Landau la miró.

—Bien, —dijo ella al fin, sosteniendo su mirada—. No quise entregársela. Pensé que si le había pertenecido a Miles, yo también deseaba conservarla. Miles siempre quería que las cosas estuvieran en su lugar, ¿comprende?

—Pero usted dijo que no creía que la llave perteneciera a su marido.

—No... no sé en que estaba pensando. Solo quería hacer algo por Miles...

Landau se apoyó en su silla y propuso:

—*Mrs. Le Hand*..., ¿me permitiría ver esa llave?

—Por qué no. —Se incorporó elegantemente, de algún lado sacó un pañuelo y caminó con gracia a través de una arcada que conducía a la escalera. Poco después volvió a la sala tendiendo la mano derecha.

Landau tomó la llave y la examinó.

—Parece pertenecer a una caja de seguridad —comentó.

—Sí, y eso es lo que no puedo comprender. Miles jamás utilizó cajas de seguridad. Creo que les tenía algo así como una supersticiosa desconfianza. De cualquier modo, ¿para qué necesitaba una caja de seguridad? Pensaba quedarse en un hotel, en New York. ¿Qué iba a dejar en una caja de esas?

—Quizás cuando llegó al aeródromo descubrió que llevaba algo que realmente no necesitaría en ese viaje y decidió dejarlo allí.

—Usted no conoce a Miles... quiero decir, no lo conocía. Jamás llevaba ni una toalla de papel que no necesitara.

—Tal vez se haya encontrado con alguien, y le diera algo que no quería llevar hasta New York. ¿Sabe dónde está esa caja?

—No. —Miró con desagrado la mano que tenía la llave—. En verdad no he querido ni acercarme. Un hombre de Transportes Nacionales o algo así, estuvo aquí, y devolvió todo lo que quedaba... —se estiró unas guedejas de pelo de la frente—. Es decir —se recuperó— no faltaba nada de las cosas de Miles. No sé qué puede haber en esa caja de seguridad.

Landau lo consideró un momento.

—*Mrs. Le Hand*, ¿puedo pedirle un favor?

—¿Sí...?

—Deme la llave. Déjeme tratar de descubrir de dónde es.

—Pero ¿por qué?

—Es la única posible clave que he hallado hasta ahora. El único vínculo potencial entre su marido y este hombre Varga.

Frunció el entrecejo:

—Pero ya le he dicho. Probablemente es algo que no tiene nada que ver con mi marido. A lo mejor esa llave estuvo en el bolsillo de ese hombre todo el tiempo.

—Eso puede ser. Aun así, me gustaría saber qué es lo que abre. Oh, y no creo necesario decirle que si encuentro la caja de seguridad y adentro hay algo perteneciente a su marido, se lo entregaré enseguida...

Bárbara Le Hand movió la cabeza con lentitud.

—Tome la llave, *Mr. Landau*, si realmente cree que le servirá de algo. En realidad, me hará un favor. Supongo que en algún momento hubiera tenido que hacerlo yo...

Landau metió la llave en su bolsillo.

—Muchas gracias, *Mrs. Le Hand*. Tiene razón, probablemente no signifique nada, pero al menos me da la sensación de que estoy llegando a algo.

—Desearía tener su optimismo, *Mr. Landau*.

—Es solo una expresión de deseos, pero de cualquier manera no hará daño a nadie que yo trate de curiosear un poco —respondió el profesor, levantándose.

—Permita que le llame un taxi —ofreció Bárbara Le Hand.

No queriendo someterse a un galimatías de largas explicaciones, Landau aceptó el ofrecimiento y le indicó al taxi que fuera a Newton Córner, el pueblo más próximo, donde buscó en las veredas una cabina telefónica. Sacando la guía de su compartimiento, se instaló en el asiento.

Mientras inspeccionaba la llave en la casa de los Le Hand, había visto una pequeña impresión debajo de la cubierta de plástico roja en la parte superior de la llave. La leyenda decía Imperial Lock Co. y encontró el nombre en la guía telefónica, en letras grandes debajo de Imperial Langostera y Cía. Los tipos destacados sugerían que la compañía era importante, y eso fue una sorpresa a medias; la pretensión del rótulo «Imperial» había invocado en su mente la imagen de una oficina en una sola habitación, con dos secretarias y un viejo calvo aplicando una lupa a su ojo derecho.

Landau disco el número y lo atendió una secretaria. Bosquejó su problema brevemente, sin dar más detalles que los necesarios a fin de que la secretaria supiera con quién debía conectarlo, y lo comunicaron con el Director de Planificación. El Director era todo sonrisa y deseo de agradar:

—Sí, señor, ¿en qué podemos serle útil?

—Espero que puedan. Estoy tratando de localizar una de sus cajas de seguridad.

El Director permaneció silencioso durante un breve intervalo.

—¿Cómo...?

—Tengo la llave de una caja de seguridad y no sé dónde está ubicada esa caja. La llave tiene grabado su nombre, por eso pensé que ustedes, que hicieron las cajas, podrían decirme dónde está.

—Veamos, señor. ¿Usted dice que tiene una llave perteneciente a una de nuestras cajas, y no recuerda cuál es?

—Eso, sí...

—Bien, la llave tiene un número impreso, ¿no es así?

Landau lo verificó. Lo tenía. Era el 1729.

—Bien, ya está. La llave pertenece a la caja que tiene el mismo número al frente —dijo el Director en el tono que uno generalmente reserva para los retardados, los infantiles o los que sufren de cualquier otra falla mental.

—Pero no tengo la menor idea de *dónde* está ubicada la caja —dijo Landau, dándose cuenta por primera vez de que él y el Director de Planificación tenían dos enfoques muy distintos de la situación.

—¿Usted dejó algo en una caja de seguridad y no tiene idea de dónde está la caja? ¿Sufre de amnesia, señor?

—La llave no es mía —dijo Landau preocupado, e inmediatamente tuvo deseos de morderse la lengua.

—Creo que lo mejor que puede hacer es traernos la llave y dejar que nosotros nos ocupemos del asunto —respondió con sequedad el Director.

—Me gustaría... —comenzó a decir Landau, pero le habían cortado la comunicación.

Maldiciendo su falta de previsión, puso con un golpe el receptor en la horquilla y tomó la guía telefónica otra vez. La casa matriz de las cajas de seguridad estaba en High Street, una calle que Landau conocía y que estaba en el centro del distrito comercial de Boston.

Después de tomar dos ómnibus, dudando mucho si debía pagar al subir o al bajar (una prolongada residencia en el área de Boston no libera de esta preocupación) y después de una larga caminata, se encontró en el umbral de un edificio de oficinas de cuatro pisos que era la sede del Imperial Lock.

La recepcionista era o se hacía la lerdá para comprender lo que decía Landau, hasta que este recordó que había estado hablando con el Director de Planificación.

—Ah, usted quiere hablar con *Mr. Budge* —gorjeó, y lo condujo por un pasillo a una oficina dividida por un tabique de madera—. Este caballero quiere verlo, *Mr. Budge*.

—Gracias, *Miss Eggar*. —Cuando ella se alejaba, le explicó a Landau—. Hace solo tres días que trabaja aquí.

Mr. Budge estuvo cordial hasta que Landau llegó al punto de su historia donde la conversación anterior había sido guillotínada. Al venir en el ómnibus se había debatido entre mentir y no decir nada, y ninguna de las dos cosas

parecía aceptable. No podía pensar en una mentira convincente, y era demasiado tarde para guardar silencio. En consecuencia, el único curso que quedaba era la verdad, y la dijo.

—Veamos si he entendido bien —respondió *Mr. Budge* después que *Landau* completó su historia y suspiró para indicar una pausa—. ¿Esta llave fue encontrada en el bolsillo de un hombre, por la policía?

—Sí.

—Bien, lo único que creo que puede hacer es entregarla, cualquier otra cosa puede ser considerado como retención de evidencia.

Landau se enderezó en su silla e inspiró profundamente, un ritual que sus íntimos sabían que era su involuntario prefacio a una mentira.

—No lo creo. Observe usted que el caso para la policía está cerrado. —No tenía forma de saber si eso era verdad o no—. Además que, legalmente, esta llave pertenece a *Mrs. Le Hand*. El marido de ella puso 25 céntimos en una de las cajas de seguridad de ustedes y se quedó con la llave. Eso es un contrato. *Mr. Budge*. —Aquí estaba recurriendo ansiosamente a un simulado conocimiento de derecho recogido de oídas en algunas expresiones de *Ross*, cuando cursaba abogacía en la Universidad de Harvard—. Ella cree que hay algo que le pertenecía a su difunto marido dentro de la caja de seguridad, y tiene todo el derecho de saber qué es.

Landau había hablado con tono autoritario... una técnica que había perfeccionado cuando dictaba sus clases sin haberse preparado la noche anterior... y *Mr. Budge* se sintió intimidado.

—Bien —dijo convencido—. Esto es muy irregular.

—Por supuesto, devolveré la llave tan pronto encuentre la caja de seguridad. Y si hay algo adentro que no pertenece a *Mrs. Le Hand*, lo entregaré inmediatamente a la policía.

—Déjeme ver la llave —capituló *Mr. Budge*.

Landau se la entregó.

Mr. Budge se excusó y dejó la habitación para consultar los archivos de la compañía. Mientras estuvo ausente, *Landau* inspeccionó la oficina con la mirada a fin de encontrar un cuadro o un diploma u otra decoración mural que le interesara, pero no halló nada. Las paredes estaban totalmente desnudas. Diez minutos más tarde, *Mr. Budge* volvió a entrar.

—*Mr. Landau*, lamento decirle que el número de su llave no está en nuestros archivos. Lo que significa que esta oficina no instaló la caja de seguridad. Somos una compañía muy grande, ¿comprende? Tenemos sucursales en todas las ciudades importantes. Va a tener que consultar a cada

una de ellas para saber de dónde proviene esa llave. Pero le puedo asegurar que no corresponde a ninguna caja del área de Boston.

—Comprendo. Bien, gracias de todos modos, *Mr. Budge*. Lamento el tiempo que le he hecho perder.

Landau tomó el ómnibus de vuelta por donde había venido. Hubiera sido sensato visitar el negocio de radios donde Varga había trabajado antes de ver a *Mr. Budge*, pero razonar se estaba convirtiendo rápidamente en un lujo para él.

Esta vez caviló en el ómnibus sobre la información que Budge le había dado. ¿Habría dicho la verdad? Parecía probable. Sonaba a auténtica. Entonces, ¿a qué conclusiones podía llegar? La llave no le pertenecía a Le Hand y jamás le perteneció. Estuvo en el bolsillo de Varga desde el comienzo. Pero ahora, ¿cómo podía encontrar Landau la caja? Podía estar en cualquier parte entre este lugar y Sacramento.

El negocio de radios donde había trabajado Varga tenía en la vidriera una variada exhibición de cubiertas de discos con retratos de grupos de artistas o de conjuntos como los Pickle de Frutillas, Bellota Eléctrica, y los Helicópteros Naranja. El salón era espacioso y la sección de radio estaba cerca del fondo. Landau, que había solicitado una entrevista con el propietario del negocio, encontró no sin sorpresa una pequeña resistencia, se lo condujo a una oficina en el primer piso, que daba a la calle.

El propietario, cuyo nombre era Berlin, estaba vestido en forma poco convincente: un traje cruzado con hombreras, más apropiado para un muchacho de la mitad de sus años (o menos, porque Berlin parecía andar por los cuarenta y cinco). Este era el hombre que daba las segundas oportunidades, el ser confiado, el que creía en el poder del psicoanálisis según el artículo de Schwann, pensó para sí Landau.

—*Chau* —dijo el hombre después que Landau se presentó.

El profesor explicó su propósito, mostró la llave y preguntó al propietario si sabía algo sobre una caja de seguridad.

—¿Dijo usted una caja de seguridad?

—Sí.

—Me pareció comprender eso. No, no sé nada. Si el muchacho tenía algo en la caja no tiene nada que ver conmigo.

—Ajá. ¿Qué hacía exactamente Varga cuando trabajaba aquí?

—Era peón del depósito. Desembalaba radios que venían de Japón y embalaba cosas para enviar a clientes, ese era su trabajo principal. Ahora estamos recibiendo una buena cantidad de equipo electrónico desde Japón. Y

deseo advertirle que es un equipo excelente... además de barato. Todas nuestras radios a transistores vienen de allá, un rubro muy importante. Varga pasaba la mayor parte del tiempo desembalándolas. Después que el negocio cerraba, para no interferir con los otros. Cinco días a la semana. Viernes y domingos libres.

—¿Qué concepto tenía usted de él?

—Me parecía un buen muchacho. No me importa repetirlo. Sé lo que hizo y creo que debe haber perdido el juicio. Eso es lo que ocurre con la juventud de hoy. Nadie les da una oportunidad. Necesitan comprensión. Tienen problemas cuando son jóvenes y nadie les presta atención. Entonces todo se agranda, crece, y hacen una cosa como esa. Si ese muchacho Varga hubiera ido a un analista...

En ese momento un hombre muy tostado, de unos cuarenta años, llegó a la puerta de la oficina. Tenía un rostro agradable y brazos musculosos que se veían porque tenía una camisa de mangas cortas, y a Landau, que estaba blanco todo el año, le pareció que el sujeto era la quintaesencia de la salud.

—Perdón —dijo interrumpiendo—. Solo quiero hacerle una pregunta, *Mr. Berlin*.

—¿Sí, Carey?

—Bueno, esa combinación de alta fidelidad, la de la televisión, ¿sabe? Quiero controlarla. Tengo que despacharla y me gustaría estar seguro que está al pelo.

—Despáchala, Carey. Todo está embalado ya.

Landau pestañeó, Carey desapareció.

—Ese es *Mr. Carey*, el reemplazante de Varga, dicho sea de paso. Buen hombre —dijo Berlin.

—¿El reemplazante de Varga? Pero pensé que para ese trabajo solo se necesita un muchacho.

—Y así es. Oh, ya sé lo que está pensando. Este hombre tiene demasiada edad y aspecto de experimentado para esa tarea, ¿no? Bien, pero no tiene referencias, ¿comprende? Me dijo que no podía conseguir otro trabajo en ninguna parte. ¿Usted cree que a mí me importa? Confío en él. Me agrada darle a estos muchachos una oportunidad. Quizás hayan cometido un pequeño error cuando jóvenes. Y, ¿qué hay con eso? Ahora enderezan por el sendero bueno. Eso es todo lo que cuenta.

—Es una lástima que no haya más gente que piense de esa manera —dijo Landau con cortesía. El profesor, que se consideraba un hombre tolerante,

comenzaba a sentirse como se sentiría un político de buena reputación cuando descubre que el Ku-Klux-Klan lo está apoyando.

—Por supuesto. Vea usted todos los desmanes que hay hoy en día. Es la gente joven tratando de expresarse. Quedan muy pocas maneras ya de expresarse cuando se es joven. Me alegra decir que la música es una de ellas.

—Sí... bien, muchas gracias —dijo Landau, levantándose.

—Fue un placer. Lamento no poder ayudarlo con respecto a esa llavecita...

Ni a muchas otras cosas, reflexionó Landau en el ómnibus, de vuelta a su motel en Cambridge. El muchacho Varga podía haber instalado el garito más grande del país en la habitación del fondo, y si algunas fichas hubieran rodado por debajo de la puerta, *Mr.* Berlin hubiera dicho que el muchacho estaba jugando al «sapo» para el campeonato del estado.

Pero si Varga era todavía un misterio, ¿qué pasaba con su reemplazante? Landau se lo preguntaba una y otra vez. Berlin había tratado de leer sus pensamientos a ese respecto, y fracasó. No había estado a punto de preguntarle por qué el negocio lo había empleado, sino y en primer lugar, por qué un hombre como Carey, había *buscado* ese empleo. Hombres con esa radiante salud no tenían que trabajar como peones de depósito, por muy poca habilidad que poseyeran, por muy limitadas que fueran sus referencias. Por lo menos podía haber sido un guardaespaldas.

A la mañana siguiente, Landau llevó consigo su portafolios en el taxi, con intención de seguir al aeropuerto después de haber visitado a Kitty. Esta vivía «por el momento» con sus padres, en Brookline, y Landau pensó que debía ser irritante para ella estar alojada en un sitio, por muy cerca que estuviera, que no fuese la biblioteca misma de la universidad. En el camino, reflexionó lo que le había dicho en su primer encuentro desde la separación, y cuando ella en persona abrió la puerta, el aire entre ellos se espesó. Ella lo precedió invitándolo a pasar con un gesto de la cabeza.

—Supongo que te has enterado de lo de Ross —le dijo Landau desde atrás, en camino a la sala de estar.

—Sheila me dio la noticia. Me afectó mucho —Kitty no se había dado vuelta.

—¿De veras...?

Ahora ella se volvió para mirarlo.

—¡Sí, demonios! —respondió colérica—. Ya sé que tú me crees insensible. Piensas que soy una especie de máquina.

—Creo que puedes sentir... algunas cosas.

—Te refieres a mi trabajo, supongo. Bien, podría interesarte saber que también siento otras cosas además de mi trabajo. Bastantes cosas más. En verdad, he estado saliendo mucho últimamente.

—Me alegro. ¿Con alguien que conozco? —Por un instante— en el primer momento después que ella abrió la puerta... había pensado que podría haber una posibilidad para ellos. Solo una posibilidad. Ahora sabía que no. Y realmente, no la hubo.

—¡Vete al diablo! —dijo ella con una gran sencillez.

—Uh, lamento tener que recordarte —respondió Landau, despreciándose por el tono de voz que se había forzado a usar— pero este es un viaje puramente de negocios... Me gustaría posponer un poco tu acción judicial, hasta que pueda encontrar otro abogado. No ha sido fácil, lo sabes.

—Haz lo que quieras, Jake —replicó ella con indiferencia—, solo que te pido por favor no volvamos a tener otra escena de autocompasión. ¡Jake Landau, el pobre ser humano incomprendido!

Landau se dirigió a la puerta al oír esto. Ninguno de los dos se había sentado; habían permanecido de pie como si estuvieran pegados en sus respectivos pedazos de alfombra, los brazos caídos a los costados.

—¿Jake?

Él se volvió.

—Espera un minuto. Lo lamento.

El rostro de Landau se relajó. Sentía que sus facciones retornaban a una vieja expresión.

—No, Jake. No quiero decir... que lamento que ya no estemos juntos. Lamento mucho haber levantado la voz —y se dejó caer en una silla y se quedó mirándolo—. Jake, ¿no comprendes? No nos llevamos bien. Nunca nos llevaremos bien. Tú quieres algo, yo quiero algo. Tú tienes algo, yo tengo algo. Pero desgraciadamente, lo que cada uno tiene el otro no lo necesita. ¿Lo comprendes?

—Lo comprendo, Kitty.

Ella suspiró.

—No lo entiendes en absoluto. Ahora mismo estás parado allí, pensando: ¿por qué no puedo ser como ella quiere? Lo leo en tu cara. ¿Por qué eres tan endemoniadamente crítico? ¿Por qué no puedes aceptar a la gente tal como es?

Ella, por supuesto, tenía razón. En todo. De cuando en cuando él deseaba ser analítico como era ella, en la forma en que ella era capaz de ver lógicamente todo el cuadro y creer lo que veía.

—Tienes razón, Kitty. No acepto a las personas como son.

Kitty levantó los brazos, literalmente.

—Ahora volveremos a la autocompasión. ¿Cómo logras hacerlo, Jake? Siempre encuentras motivo para sentir piedad de ti mismo. Casi siempre ocurre que la gente no satisface tus expectativas y te culpas a ti mismo. Ahora te compadeces porque no aceptas a la gente. Maravilloso. ¡Absolutamente maravilloso!

Landau comenzaba a sentir que había recibido una inyección de novocaína en la nuca.

—Escucha, Kitty —dijo con paciencia—. Ya hemos: tenido esta discusión antes; no nos lleva a ninguna parte. Ahora vuelvo a New York y trataré de encontrar otro abogado. Te lo haré saber tan pronto lo consiga. —Se dirigió a la puerta—. Lamento haberte molestado —murmuró cuando estaba a mitad de camino.

Ella no lo acompañó a la puerta.

—Jake —dijo desde su asiento—... Oh, no, deja no más...

6

Se dirigió directamente al aeropuerto oponiéndose con la tenacidad a los pensamientos que se empeñaban en asaltar su mente, y se limitó a seguir el camino para tomar el avión de las doce a La Guardia.

Durante el vuelo, y a fin de levantar una muralla contra la imagen de Kitty, volvió a analizar la magra información que había recogido hasta ahora con respecto al accidente. Primero, Varga llevaba consigo una llave de una caja de seguridad cuando fue *baçleado*. Podía pensarse que la llave le pertenecía a él y no a Le Hand porque, en primer lugar, la caja no se encontraba en el área de Boston, y luego, si la llave hubiera pertenecido a Le Hand y Varga simplemente hubiera deseado apoderarse de ella, ¿para qué poner la bomba? De manera que Varga había alquilado una caja de seguridad en alguna parte fuera del área de Boston. ¿Por qué?

Landau se golpeó la frente. La llave probablemente no tuviera nada que ver con la bomba. Aquí estaba reconstruyendo todo el crimen partiendo de la huella de una pisada.

Pero había descubierto otras dos cosas que, por lo menos, eran interesantes. Primero: Varga había desaparecido durante dos años. (Para ser verídicos eso lo había descubierto Schwann). ¿Qué significaba tal desaparición? ¿Qué podía haber estado haciendo durante ese tiempo, que no quiso darlo a conocer? ¿Habría estado viviendo bajo un alias? Y segundo: Carey, el reemplazante de Varga en el negocio de radios, era un candidato muy poco apropiado para ese trabajo. ¿Qué estaba haciendo allí? Haber tomado ese trabajo, ¿tendría algo que ver con el accidente?

Cuando el avión llegó a La Guardia los dos asuntos —Kitty y los azares del viaje aéreo— habían quedado atrás en la mente de Landau, pero una nueva sensación vagamente angustiosa los había reemplazado. Subió a la superficie de sus pensamientos como una molesta aprensión de estar mezclándose en un mundo del que normalmente nunca quiso participar: el mundo del crimen.

A la entrada del edificio temporario de Eastern Airlines pensó que había visto a un hombre con un traje verde pálido, observando sus movimientos. Esto no es más que paranoia, se dijo. Entonces, cuando comenzaba a andar por el corredor provisional de paredes plásticas, el empleado de la rampa lo detuvo:

—¡Hola, señor! —dijo el hombre uniformado con un brillo conspirativo en los ojos.

—¡Hola...! ¿Lo conozco?

—Probablemente no, pero yo lo conozco a usted. Usted fue uno de los que partieron en el avión que tenía la bomba. Yo estaba de servicio esa noche.

Landau continuó mirando al hombre.

—Usted tomó el avión a Boston ayer. También estaba de servicio. Lo admiro. Después de lo que le pasó a usted, mucha gente no vuelve jamás a poner el pie en un avión...

—Yo no soy supersticioso.

—No tiene nada que ver con la superstición. Miedo, señor. Solo miedo. Bien, esperamos verlo otra vez.

Landau dejó al hombre y se abrió paso hacia el corredor. ¿Qué estaba pasando allí? Salió a la vereda que tenía marquesina, próxima a la parada donde los ómnibus y taxis esperan pasajeros para Manhattan, y entonces tuvo otro pensamiento impactante. Había visto algo al salir. Mecánicamente dio media vuelta y volvió a entrar. Mirando cerca de la puerta, vio lo que lo había hecho volver: una hilera de cajas de seguridad. Ahora, realmente, se estaba volviendo loco. Las probabilidades eran una en un millón. No obstante, verificó el número de las cajas.

Cada una de ellas tenía el nombre de Imperial Lock, estampado en el frente en una plaqueta amarilla. Era posible... Miró los números de las cajas, comparó con el de la llave. Iban desde el 3495 hasta el 3511; la llave tenía el 1729. Bien, ¡pudo haber sido...!

La sensación de incomodidad le duró todo el camino hasta su casa. ¿Qué era lo que sentía? Cuando sacó la llave para abrir la puerta advirtió que tenía la palma de la mano húmeda. Luego, con la llave a media pulgada de la cerradura, oyó un ruido adentro. Seguramente provenía del suyo, porque los apartamentos estaban muy distanciados uno del otro en el corredor para que se pudiera oír algo de ningún otro. Y ahora, ¿qué? ¿Sería el fantasma de Varga que volvía o no era un fantasma...?

Con lo que sabía no era necesario simular nada, deslizó la llave en la cerradura y la hizo girar abriendo la puerta con un solo y violento empujón.

La sala estaba más brillantemente iluminada que nunca —rara vez se abrían del todo las cortinas—; las superficies pulidas parecían ser las fuentes de luz. Contra la ventana había una figura reclinada, cuya cabeza se levantó con indiferencia cuando él entró.

—¡Hola! —Por supuesto era Sarah Marcus y estaba sacudiendo el antepecho de la ventana.

—Buen Dios, ¿qué está haciendo aquí? —pero aún mientras pronunciaba las palabras estaba mirándola y admirando su vestido. Y lo que el traje dejaba desnudo alrededor del cuello.

Ella se enderezó, diciendo con tranquilidad.

—Hoy es martes.

La muchacha estaba desarrollando una fastidiosa tendencia hacia un laconismo de oráculo. ¿Por qué suponía siempre que sus afirmaciones serían inteligibles para él? Landau sabía una sola cosa: todo esto significaba una conspiración. Una conspiración en la que su madre era el conspirador en jefe. ¿Estaría haciendo el mismo jueguito con Kitty? Ocasionalmente habían hablado de él aún antes de que Landau volviera sus espaldas.

—Me enteré de eso por el diario esta mañana —le respondió con sequedad.

—Pero yo suponía que tengo que venir todos los martes...

—¿Instrucciones del doctor Kovits?

—Eso es.

—Ya veo...

—Si quiere que me marche...

—No, no, está bien.

Hubo un breve silencio antes de que se le ocurriera otro aspecto interesante de la situación.

—¿Cómo diablos hizo para entrar acá? —prorrumpió entonces Landau.

—Tengo una llave.

—El doctor Kovits, nuevamente, supongo...

—Sí. Creo que se la dio su... um...

—Mi madre.

—Así es. Ella me pagó por la semana pasada. Es realmente encantadora.

—Me alegro de oírlo. Estoy seguro que también me agradecería su madre, si la conociera.

Ambos advirtieron lo necio de esta afirmación.

Entonces Sarah volvió a su limpieza del antepecho de la ventana, Landau se sumió en un estudio minucioso, hoja por hoja, del filodentro que estaba

sobre la chimenea. ¿Esta muchacha se estaba burlando de él, o qué? ¿Podría estar tan interesada en quitar el polvo? Parecía dudoso, y además no perdía nada de belleza a medida que pasaban los minutos.

—Escuche —dijo él finalmente, sacando los ojos de la planta y fijándolos en ella—. Acabemos con esto.

—¿Acabemos con qué? —preguntó ella, honestamente sorprendida.

—Con este asunto de la mucama y de la limpieza. Lo sepa usted o no, mi madre la mandó porque se pasa las noches en vela, preocupada pensando cómo es que yo no puedo encontrar una compañía femenina en toda la ciudad de New York. Se siente responsable de eso, sabe Dios por qué, así que me manda gente. Me gustaría pedirle disculpas en su nombre.

—No tiene que disculparse. Me pagan. —Luego inclinó la cabeza y con un tono clínico preguntó: —¿su madre siempre hace eso?

—No siempre. —Landau se controló—. Mire, lo que me gustaría saber en este momento es esto: desde cuando las egresadas de una universidad — además de muy bonitas, tuvo intenciones de agregar— se contratan para quehaceres de limpieza.

—Evita la prostitución.

—Pero usted es profesora de inglés. ¿Podría estar haciendo cualquier otra cosa!

—¿Tal cómo...?

—Enseñar... por de pronto.

—No en el verano. No hay oportunidades.

—Escribir.

—Yo no escribo. Solo alguna crítica, ocasionalmente.

A él se le acabaron las sugerencias. Sarah Marcus conectó la aspiradora con el pie.

Después de un minuto o dos de un ruido infernal, Landau preguntó:

—¿Dónde encontró eso? —señalando la aspiradora.

—¡NO LE OIGO! —gritó ella por sobre el estrépito.

—¡LE PREGUNTÉ DÓNDE ENCONTRÓ ESO! ¡LA ASPIRADORA...!

Ella desenchufó.

—Estuvo en el fondo del placard todo el tiempo. Solo que usted no se enteró —dijo volviendo a su trabajo.

No la había visto por la simple razón de que no había estado allí. Kitty tenía un modelo diferente, y era una de las pocas cosas de la casa que había querido llevarse consigo cuando se marchó (eso, precisamente), y no porque

le atribuyera mucha importancia a la limpieza, pensó Landau, sino porque quería privarlo de algo que era simbólicamente femenino.

Pero la aspiradora comenzaba a perder importancia. Decidió dejar de lado el tema y encarar la cuestión que había estado debatiendo subconscientemente si debía o no preguntar:

—¿Tiene algo que hacer esta noche?

—¿Qué...?

—¿TIENE ALGO QUE HACER ESTA NOCHE? ¿QUIERE SALIR CONMIGO? —dibujó una línea con el dedo índice— a comer. —Ella había desenchufado la aspiradora otra vez, y Landau se encontró gritando.

—Me gustaría, sí. —Respondió con tranquilidad—. Pero ¿sería lo mismo mañana? Esta noche estoy ocupada, lo lamento.

—Bueno. ¿Le gusta la comida china?

—Oh, sobre eso tengo un criterio amplio. En realidad, no creo que deba desagradar la comida de una persona solo por el color de su...

—Está bien, se lo preguntaba, nada más. —Pero las comisuras de sus labios seguían levantándose. Había cierta animación en esa sonrisa.

—Bien, ahora —continuó Landau—. No quiero que me interprete mal, pero acabo de llegar de un viaje largo y me gustaría ducharme y descansar. De manera que si no le importa...

—Está muy bien. Hágalo. No lo incomodaré, seguiré limpiando por otro lado.

¡Como si estuviera esperando al Duque y a la Duquesa de Windsor! Landau se encogió de hombros y se dirigió al dormitorio para quitarse la ropa.

—Bien, Jacob, ¿has conocido alguna persona interesante últimamente? —le preguntó su madre directamente por teléfono al día siguiente.

—Conocí en Boston a ese hombre tan buen mozo que trabaja en el negocio de radios.

—No, me refiero a...

—Ya sé a lo que te refieres, madre. Yo solo he visto a esa muchacha de quien ya conoces todo. Estoy seguro que hasta estás enterada que tengo una cita con ella esta noche. Cómo lo sabes, no lo sé, pero lo sabes.

—¿Cómo podría saber una cosa así? —La pregunta era retórica—. ¿Te fue bien en el viaje, Jacob? —siguió con rapidez.

Al final de la conversación Landau recordó por qué había estado deseando hablar con ella.

—Oh, a propósito, madre, ¿sabes algo sobre una aspiradora que ha aparecido misteriosamente en mi placard?

—¡Jacob! —le respondió con un tono de voz que cierta vez había utilizado, cuando a los siete años de edad había traído a casa algunas palabras de cuatro letras copiadas de la pared de los baños para hombres y preguntado qué significaban—. No puedes pretender que una muchacha que viene a hacer la limpieza de tu casa traiga su propia aspiradora. La dejé allí un día, cuando tú no estabas.

—Y, otra cosa... ¿le diste una llave sin decirme siquiera una palabra...?

—Estabas en Boston, Jacob. Una llamada a Boston cuesta setenta y cinco céntimos. El duplicado de la llave cuesta veinticinco.

—La llamada solo cuesta cincuenta y cinco céntimos después de las ocho p. m.

—¿Qué dices?

—No tiene importancia.

Fue a buscar a Sarah Marcus vistiendo un traje de lino recién comprado, a las siete de la tarde. El departamento en la Calle 110 estaba en uno de esos viejos edificios que exhiben algunos maltrechos remanentes de una era de grandeza, en el West Side. Su moblaje incluía una muy hermosa réplica de un sillón Chippendale y un tocador con *marqueterie*, entre otras piezas, y tenía aspecto de cuidadosamente elegido.

Como había advertido Landau el día anterior, fueron a Harbin Inn, un restaurante chino en Broadway. Después de quince minutos de una ágil conversación, mientras esperaban lo que habían ordenado, ella se estiró por encima de la mesa y le dio unos golpecitos en el hombro, haciendo un gesto con la cabeza para indicarle el reservado que estaba en diagonal, del otro lado del pasillo. Lo ocupaban un hombre y una mujer de mediana edad, que al parecer no se habían dirigido la palabra durante los cinco últimos años, sin contar el tiempo que llevaban en el restaurante.

—¿Cree usted que se hablan cuando están en su casa? —susurró Sarah.

—Lo que pasa es que usted no los comprende.

Ambos son espiritualistas profesionales. En este mismo momento tienen una animada discusión sobre la situación política de Bulgaria.

—¡Vamos! Pensé que se mostraría serio con respecto a ello. En verdad, me gustaría saber.

—¿Por qué no se lo pregunta?

—¿Ni siquiera le importa?

—Si quiere que le diga la verdad, en este momento me interesa más saber por qué se demoran en traer mi bife con salsa de langosta y arvejas.

Dos miradas dispélicas de los objetos de esta charla pusieron fin a toda otra especulación.

Llegó la comida y la comieron en silencio. Alguna vez él la miraba cuando ella no lo veía. Al postre, se encontró pensando involuntariamente cómo sería cuando se levantaba, a la mañana. Hay que terminar con esto, se previno. Es una mala señal.

—¿Quiere venir a casa a tomar café? —ofreció Landau después que complementaron una corta caminata para Broadway.

—¿Por qué no viene usted a mi departamento? Yo también tengo café.

—Se olvidó de mencionar que su casa queda más cerca.

—Oh, vaya —dijo ella con sorna—. Usted tiene... ¿cómo diría...? mucha experiencia, ¿no?

—Solo recuerdos. He estado casado los últimos siete años.

—Comprendo. —Volvió a ponerse seria—. ¿Cómo era ella? No, no me lo diga, déjeme adivinar.

Estuvo adivinando todo el camino hasta su casa, donde Landau descubrió que hacía un café riquísimo. Después que terminaron el café se quedaron mirando en televisión la última película, por un rato. Hacia el fin de la primera hora sus ropas comenzaron a mostrar señales de desaliño. Ella se quejó de que el corpiño se ensuciaría cuando lo dejó caer detrás del diván. Él le dijo que no se preocupara. Pero cuando la mano de él encontró la hebilla del cinturón, ella lo apartó.

—Jake, es nuestra primera cita —dijo con aire somnoliento.

—Comencemos a pensar en la segunda —fue la respuesta, y al ver que ella no confirmaba, agregó—. ¿El viernes?

El Silbador empezaba a tener una sensación de inutilidad. Había viajado a Boston de ida y vuelta detrás de este Landau, y no había logrado ninguna pista que sugiriera que el profesor se hubiera acercado más a la información que ambos perseguían. La noche anterior el Hombre había permanecido tres sólidas horas frente a una casa de departamentos en la Calle 110, esperando que saliera su presa. Para pasar el tiempo había fumado siete cigarrillos, comido dos barras de chocolate con miel, y observado a una niña de aproximadamente nueve años salir corriendo calle abajo, y tuvo que

contenerse para no gritarle al vecindario que no debía estar afuera a semejante hora. Este último incidente había revivido algunos recuerdos desagradables. De cualquier manera, sabía con quién había estado encerrado Landau, y juzgó que no tenía ninguna relación con el accidente.

Ahora el Silbador estaba frente a una oficina, en el subsuelo de la sección Filosofía en la Universidad de Columbia y, de nuevo, esperando. Y otra vez parecía innecesario. El Coronel, con quién había hablado esa mañana temprano, parecía saber bastante bien cuál sería el próximo movimiento de Landau, y su presencia aquí concordaba exactamente con la predicción. Sin embargo, solo para asegurarse de que Landau estaba inquirendo acerca del nombre señalado, el Hombre se había ubicado bien cerca de la puerta del archivo.

—Robert Kaplan —se oyó la voz del profesor desde la oficina, unos minutos más tarde—. Está en los primeros cursos. Continúa sus estudios en la Universidad.

Lo buscaré en un minuto, doctor Landau.

Por un rato no llegó de la oficina otro ruido que el de un rápido hojear de papeles. Luego la otra voz dijo:

—Sí, aquí está. Claremont 95. ¿Quiere el número de teléfono?

—No, eso no es necesario. Muchas gracias —se oyó la voz de Landau—. Lamento haberlo molestado.

—No ha sido ninguna molestia.

Bien, allá vamos, gruñó el Silbador. Claremont 95. El Coronel había descrito el edificio hasta el último ladrillo esa mañana... sin embargo el Silbador, después de una penosa y larga espera en la Calle 110, la noche anterior, no estaba seguro de haber comprendido bien. De todas maneras, lo que realmente le interesaba era el espesor de las paredes. Por supuesto, se tranquilizó, siempre tenía su estetoscopio (se palpó el bolsillo del chaleco) para evitar el esfuerzo del oído. Probablemente tendría que usarlo.

El Coronel había subrayado que esta vez la naturaleza de la conversación podría tener la mayor importancia.

—¿Lo ha comprendido con claridad, mi amigo? —había preguntado el Coronel con voz sedosa esa mañana—. Este muchacho es el sobrino de una cierta Viola Harwich, que fue una de las que murieron en el avión. Es su único pariente en el mundo. Su *único* pariente. De manera que si era la víctima que tenía «in mente» Mr. Varga y si ella se comunicó con alguien, sería con Robert Kaplan. ¿Está claro?

El número 95 de Claremont Avenue está habitado especialmente por estudiantes. Se encontraba más próximo al lado Barnard de la calle, que al otro extremo, al Harlem, donde se encuentran progresivamente menos estudiantes en sus edificios. A medida que Landau subía las escaleras, se oyó que allá arriba tocaban en un piano «Para Elisa», en un lugar indeterminado.

La cara que apareció entre la puerta y el marco, frente a Landau, que estaba parado muy tieso sobre un felpudo, fue una sorpresa relativa. Ciertamente pertenecía a Robert Kaplan, el estudiante de Columbia: la barba lo indicaba. Pero parecía de más edad que la mayoría de los alumnos principiantes que conocía Landau, una impresión causada por las profundas líneas alrededor de los ojos y los surcos marcados en la frente.

—¿Sí...? —preguntó.

—Soy Jacob Landau. Del departamento de astronomía, en Columbia.

—Bien, no vendrá a informarme que he fracasado en su curso, porque no he seguido ninguno en el departamento de astronomía desde que estoy aquí.

—No, no tiene nada que ver con el colegio. —Landau pasó tres dedos por el cuello—. ¿Podría entrar un momento?

—La casa está hecho un revoltijo —explicó Kaplan, conduciéndolo adentro— pero no me importa mucho, si no le importa a usted.

El profesor tomó una de las sillas de pino y plástico que se encontraba debajo de una lámpara de pie cuyas tres pantallas miraban en distintas direcciones.

—Se trata del accidente en que murió su tía.

—Oh, sí. —Kaplan no parecía muy interesado en el tema.

—Leí en alguna parte que usted era el beneficiario de una póliza de seguro muy grande.

—*Mr. Landau* —comenzó Kaplan con premeditación—. La policía ha estado aquí muchas veces ya para preguntar acerca de ese dinero y les he dicho todo lo que sé. Ellos parecen estar enteramente de acuerdo en que yo no fui quien puso la bomba en ese avión. Y que no le pagué a nadie unos miles de dólares para que lo hiciera por mí.

—No he tenido intenciones de acusarlo de nada. —Landau examinó algunos posters que anunciaban conciertos de *rock* en la Costa Occidental—. Usted... hum... ¿no conoció a ese muchacho Varga?

—Por supuesto que no. ¡Mi Dios, ese individuo estaba loco!

—Mm...

—Además sentí mucho la muerte de Viola. Era una mujer realmente maravillosa. A propósito, *Mr. Landau*, si no le importa que se lo pregunte

antes de que continuemos, ¿por qué tiene un interés personal en esto?

—Solo estoy tratando de averiguar qué fue lo que causó el accidente. Yo también estaba en ese avión. Cuando alguien casi lo asesina a uno... intencionalmente o no... tiene curiosidad con respecto a esa persona.

—Pero saben lo que causó el accidente... una bomba.

—Lo que a mí me interesa es el motivo del que la puso. Pensé que usted podría saber algo que me ayudara.

—Bien, no sé nada —Kaplan estaba malhumorado.

Landau lo estudió un segundo o dos, luego buscó en su bolsillo. Cuando sacó la mano afuera, la extendió, con la palma hacia arriba, hacia el estudiante.

—¿Ha visto antes una llave como esta? —inquirió.

—Muchas veces. Es la llave de una caja de seguridad. Uno de esos depósitos pagos.

—¿Pero no tiene ningún significado especial para usted?

—Déjeme verla —Landau se la extendió—. Sí, lo tiene.

—¿Lo tiene...?

—Sí, es el número 1729. Ese es el número más pequeño que puede ser escrito como suma de los cubos de dos números enteros, en dos maneras distintas.

La mandíbula de Landau se abrió:

—Usted debe ser muy matemático.

—Kaplan sonrió.

—Lamento decirle que no fui yo el que descubrió eso. Es una historia famosa. Parece que dos matemáticos muy conocidos —creo que eran Hardy y Ramanujan— estaban cierta vez viajando en un *cab* en Londres. Ramanujan, como sabe, procedía de la India, y había venido a verlo a Hardy y a comentarle sus teorías. De manera que viajaban en un *cab* y Hardy vio que el número del *cab* era 1729 y entonces por decir algo le comentó: «No hay nada interesante en ese número, ¿verdad?». Pero Ramanujan lo tomó en serio y respondió: «Por el contrario mi querido Hardy», o algo parecido. «Es el número más pequeño que puede ser escrito como la suma de dos cubos perfectos, en dos diferentes maneras: $1 + 1728$ y $729 + 1000$ ». Hardy casi se cayó del *cab*, según reza la historia.

—Lo creo. —Landau estaba satisfecho al notar un ligero mejoramiento en la actitud de Kaplan, ahora que estaba pisando terreno conocido. En realidad, comenzaba a encontrar al joven muy atractivo—. Pero lo que le quiero decir es, ¿la llave tiene algún significado para usted, personalmente?

—Me parece que no. Pero recordaré ese número.

—No creo que vuelva a tropezar con él.

—¿Qué hay con respecto a esa llave, de todos modos? —preguntó Kaplan, interesado.

—La tenía el hombre de la bomba.

—¿Y no se la ha entregado a la policía?

—Uh, no. Primero pensé que le pertenecía al hombre que estaba en el avión. Aparentemente la policía también pensó así y se la entregó a la esposa. Pero ella no la reconoció, y la compañía que hace las cajas de seguridad dice que no abre ninguna de las cajas en el área de Boston. Lo verifiqué con ellos. Por eso supongo que le pertenecía a este hombre Varga, el que puso la bomba. Debe haber alquilado una caja por alguna razón. Alguna razón que espero se relacione con la bomba.

—Desearía poder ayudarlo con respecto a esa llave, pero...

Esto le pareció a Landau débil, y velada invitación para que se marchara.

—¿Le importaría que le hiciera otra pregunta?

—Adelante...

—Bien, usted parece tener algo más de edad que la mayoría de los estudiantes recién ingresados en Columbia. Me estaba preguntando...

—Soy un poco mayor —aparentemente era un tema que despertaba susceptibilidad—. Veinticinco años, para ser exacto. Sucede que estuve en el Cuerpo de Paz durante dos años. Luego anduve dando vueltas durante un año sin hacer nada, en realidad. Mis padres me convencieron que debía graduarme de Bachiller en Artes. Pero para decirle la verdad, un B. A., en estos días, tiene tanta importancia como un dictado cuando uno trata de conseguir un empleo.

—Todo el mundo tiene que estar supercalificado hoy en día, lo sé —respondió Landau con rapidez—. ¿Dónde estuvo destacado en el Cuerpo de Paz?

—En Tunisia. Sousse... es una ciudad bastante grande sobre el Mediterráneo. No es tan grande como Túnez, por supuesto, pero bastante grande para permitir que las mujeres dejen su casa más de una vez durante su vida, lo que no ocurre en el resto del país. ¿Puede usted creer eso, *Mr.* Landau? En las pequeñas aldeas la mayor parte de las mujeres ven el aire libre solo una vez en la vida: cuando se mudan de la casa de sus padres a la de sus maridos.

Landau, cuyo interés en antropología era microscópico, asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Qué hacía por allí?

—Enseñar en un colegio. Inglés. Tenía que enseñar inglés o enseñar agricultura, y lo que conozco sobre agricultura cabría bajo su uña.

—¿Enseñaba todo el día?

—A la mañana. A la tarde todo el mundo iba a la playa. Todo el mundo excepto la pobre Minna, que tenía miedo de andar por una tierra minada por los alemanes.

Las cejas de Landau se levantaron.

—¿Qué dijo?

—Sí, había una muchacha que no quería bajar a la playa porque tenía miedo de las minas terrestres. Era de alguna parte de North Dakota, me parece.

—¿Era loca, o qué le pasaba?

—Oh, no. En verdad había muchas minas y explosivos y cosas así sueltas por ahí. Las dejaron los alemanes cuando fueron evacuados. La gente constantemente encontraba granadas y todo tipo de explosivos. Solía ocurrir que un camión se encontraba con una mina y saltaba hasta el cielo.

—Hum... fascinante. Bien, muchas gracias —dijo Landau poniéndose de pie—. Será mejor que me marche.

—Lamento no haber podido ser más útil. Este... digo yo... ¿quisiera...?

—¿Sí...?

—Bien, no sé cómo decirle esto, pero ahora usted ha despertado mi interés. Si descubre algo, me gustaría saberlo.

—Lo llamaré —Landau sonrió.

—Buena suerte. —Kaplan siguió diciendo mientras Landau descendía la escalera hasta la calle—. No puede imaginarse la satisfacción que tendría si un miembro del profesorado de Columbia aventajara a los policías de esta ciudad.

Desde la arcada defendida por una reja de hierro, dos casas más abajo en la cuadra, el Silbador observó a Landau salir del edificio. Se quedó de pie, inmóvil, contra la escalinata de cemento del portal en cuya sombra se ocultaba. El fracaso flotaba en el aire como el olor del pavimento mojado después de un chaparrón. Pero no era su fracaso, protestó. ¿Qué podía haber hecho?

Había seguido a Landau dentro del edificio y había estado parado en el pasillo del departamento de Kaplan. Estaba por sacar el estetoscopio del bolsillo cuando apareció el encargado. ¡Justo en ese momento! Si se lo hubiera necesitado, hubiera llevado horas localizarlo.

El Silbador se había quedado un momento tratando de hacerse invisible y debatiéndose entre inventar una elaborada excusa, o simplemente quedarse quieto y esperar que el encargado se marchara. Pero este, en vez de alejarse, tenía un cepillo y un trapo que había comenzado a sumergir en un sucio balde galvanizado. Echando una ojeada por encima del hombro, el Hombre de la Boca Chica observó algunos pies cuadrados de baldosas brillantes y húmedas y comprendió con horror que aquel idiota iba a limpiar todo el piso del pasillo.

¿Qué hacer? ¿Cómo justificar su presencia? Si solamente pudiera quedarse allí, alcanzaría a oír bastante de la conversación, aún sin la ayuda del estetoscopio. ¡Pero así...!

—¿Espera a alguien? —preguntó el encargado pomposamente.

—Sí. Um... a un *Mr...* Goldberg. —El Silbador se felicitó por su imaginativa elección de un hombre, pero su satisfacción duró poco.

—Se equivocó de edificio, Charley. Aquí no vive ningún Goldberg. —Y cuando el Hombre de la Boca Chica mostró alguna repugnancia para marcharse, el encargado agregó—. Vamos, dale... Afuera, antes que llame a la poli.

El Silbador se dirigió hacia la escalera a velocidad mínima.

Al pasar por la puerta del departamento de Kaplan oyó unas palabras. Para el Hombre de la Boca Chica, que solo tenía una leve noción de su propia tarea, y ningún conocimiento de sus empleadores, las palabras no significaron nada. Aun así, eran las únicas pistas que pudo lograr y podían significar algo para el Coronel. Pensó que debía informarlas.

Disco el servicio de respuesta desde una cabina telefónica en la esquina de la 121 y Broadway. Algunos minutos después el teléfono sonó en la cabina.

—Seguí a Landau hasta lo de Kaplan —dijo el Hombre de la Boca Chica sin prefacio alguno y...

—¿Descubrió algo? —preguntó el Coronel.

—Déjeme explicarle, Coronel.

—Estoy esperando.

—Oí algo. No pude oír todo porque...

—¿Qué fue lo que oyó?

—Solo pocas palabras, Coronel. Vea usted, el encargado vino y me sorprendió. Estaba limpiando el piso. Todo el piso. Iba a sacar el...

—Deje de lado sus explicaciones por el momento. Las palabras..., ¿cuáles fueron?

—Llave de una caja de seguridad.

—Repita eso. —Espetó el Coronel antes que el hombre hubiera terminado de pronunciarlas.

—Llave de una caja de seguridad —repitió el Whistler.

—Hubo un momento de silencio antes que el Coronel volviera a hablar.

—Ahora escuche con mucho cuidado, amigo mío. No me interesan sus explicaciones y excusas por no oír el resto de la conversación. Lo que tiene que hacer los próximos días es esto: olvídense de Landau, siga a Kaplan. No lo pierda de vista. A todas partes que vaya, cada movimiento que haga. ¿Lo entiende?

—¿Nada más que seguirlo?

—Nada más. Todavía no podemos estar seguros. Parece que Viola Harwich era la persona en que Varga estaba interesado, pero no podemos estar seguros cien por ciento. Aun cuando así fuera, no sabemos si se comunicó con este Kaplan. Y usted sabe que mi repugnancia por la violencia innecesaria es tan grande como la suya por los caños de armas de fuego.

Esto era una referencia a un miedo sicopático del Silbador, que había desempeñado una gran importancia en la decisión para contratarlo. El Coronel se había enterado de que en algún momento en el pasado, hubo un accidente en el que una pistola fue introducida en la boca del Silbador y disparada (alguien pensó que eso era una broma). Resultó ser una pistola de juguete, pero el episodio le había ocasionado al Hombre de la Boca Chica un momento desagradable. De cualquier manera, la mera sugestión de estar apuntado por un arma era suficiente para llevarlo a un estado de pánico.

—Sí, Co... Coronel —tragó—. No lo perderé de vista. Se lo prometo.

—Muy bien, muy bien.

Al día siguiente el Hombre de la Boca Chica estuvo acurrucado junto a un portal una cuadra más abajo de Claremont Avenue y frente al edificio donde vivía Kaplan, desde las ocho de la mañana hasta las diez. Un poco antes de esa hora Kaplan salió por la puerta del edificio de piedra oscura y se dirigió hacia el extremo Barnard de la calle. Robert Kaplan tenía un coche, también: un Volkswagen de la época en que todavía tenían los vidrios de atrás ovalados y las luces posteriores del tamaño de una arveja. Estaba estacionado en la Calle 122 al oeste de Claremont, un hecho conocido por el Silbador, y en cuanto estuvo seguro de que Kaplan iba a entrar en él, se volvió corriendo al Mustang azul, que estaba estacionado algunas cuadras atrás en la otra dirección (en una zona de carga).

El Volkswagen se apresuró por Broadway, girando a la izquierda, hacia el centro. En la 125 dio vuelta a la derecha, pasando por el Teatro Apolo, una cuadra atestada en la que abundaban los consultorios de consejeros espirituales, y finalmente la mercería Fox. Pasó St. Nicholas Lenox y por último Lexington Avenue por debajo del ferrocarril elevado New York Central. Un minuto después el Volkswagen hizo señales a la derecha con el brazo mecánico que salía de entre sus dos ventanillas laterales y entró en la rampa del puente Triborough. Siguiéndole los pasos, el Mustang pasó el puente y llegó a la autopista Gran Central.

Las peores sospechas del Silbador se confirmaron cuando el Volkswagen dejó la Gran Central en el Aeropuerto La Guardia. Por Dios, ¡otra vez no! guiñó, pero dejando el coche en la playa de estacionamiento adyacente a la que había ido Kaplan, siguió al estudiante hasta el edificio principal.

¿Qué demonios hacía Kaplan aquí? No compraba pasajes. Parecía estar buscando algo en los vestíbulos. Después de quince minutos dejó el edificio principal y caminó de uno a otro de los edificios de las distintas líneas, sin comprar en ellas ningún pasaje, pero revisando con cuidado cada una. Bien, por lo menos no tendría que sufrir ningún otro viaje por avión, se consoló el

Hombre de la Boca Chica. Pero ¿qué diablos sería lo que buscaba el muchacho?

Después de una buena hora de vagar por los edificios de compañías aéreas, Kaplan se dirigió a la playa de estacionamiento, con el Silbador algunas yardas atrás. Pronto el Volkswagen y el Mustang estaban otra vez en la Gran Central, pero no volvían en dirección a Triborough. No; se dirigían fuera de la isla. En la autopista Van Wyck, el Volkswagen giró hacia el sur. A cada lado, en las modestas casas a la vera de esa ruta, se veían hombres en camiseta (tipo *basketball*) tendidos en reposeras de tubo de aluminio, en sus veredas o en los terrenos arbolados adyacentes a los senderos más alejados de la ruta. Finalmente quedó atrás la última salida anterior al aeropuerto de Kennedy y el Hombre de la Boca Chica se estremeció. ¿Por qué esta gente estaba tomando aviones constantemente? ¿Para hacer más difícil su trabajo?

Pero en Kennedy, Robert Kaplan siguió el mismo procedimiento adoptado en La Guardia, excepto que aquí, como los edificios estaban tan distantes, no podía pasar de uno a otro sin cambiar su playa de estacionamiento. El edificio TWA, que parecía como si recién hubiera aterrizado (quizás desde Marte), el sólido International Arrival Building, con fachada de cristal, y por último otros edificios más pequeños dedicados a algunas de las líneas menores. ¿De qué demonios se trataba? El Silbador no lo sabía, pero habría jugosas noticias para el Coronel.

Después de pasar aquí una hora y media, Kaplan volvió a su coche en dirección a Van Wyck. El Volkswagen continuó en este camino hasta que llegó a una señal en que se leía LONG ISLAND-MIDTOWN TUNN, 495, que los conductores poco familiarizados con los caminos de esa zona confiadamente cruzaban cuando se les había dicho que se dirigieran a Long Island Expressway. Kaplan sabía que era la autopista de Long Island y se metió en ella hacia el este (MIDTOWN TUNN). Mucho después —a ese camino se le conoce como la «playa de estacionamiento más grande del mundo»—, de vuelta en Manhattan, el Volkswagen se detuvo en una parada de taxis en la Segunda Avenida.

Mientras el Hombre de la Boca Chica observaba a Kaplan entrar en la Terminal de ómnibus, soportó otro momentáneo rapto de fastidio. Pero se tranquilizó razonando que si el muchacho no había tomado ningún avión en tantos aeródromos, ¿por qué habría de tomar un ómnibus en la terminal? Tenía razón. Kaplan simplemente anduvo dando vueltas, examinando paredes, metiendo la nariz en los rincones, como lo hizo en La Guardia, y en

Kennedy. ¿Esto no acabaría nunca? ¿Cuántas estaciones de transporte más visitaría?

La siguiente fue la Gran Central. La misma cosa. Kaplan escudriñó las paredes de ambos pisos, terminando en un pasillo que llevaba al subterráneo IRT. Aquí se detuvo mirando fijamente la fachada de la rampa de la calle 42 y Vanderbilt. Pero el Hombre comprendió que no era la pared lo que reclamaba la atención de su perseguido. En realidad, la misma pared estaba oculta detrás de una hilera de cajas de seguridad. De manera que era eso. Eso era lo que había estado buscando todo el tiempo.

Kaplan todavía seguía perplejo. Un brillo que evidentemente era de satisfacción iluminó su rostro. Luego recorrió con los ojos el lugar, como haciendo una anotación mental de la ubicación de las cajas. El Silbador también tomó nota, para su informe.

El Coronel estaría encantado.

Pero el encantamiento no fue precisamente lo que caracterizó la reacción del Coronel cuando el Silbador le dio las noticias, media hora después.

—¿Estación Gran Central? —repitió como un eco en el teléfono—. En fin, no puedo decir que sea una sorpresa. No, estábamos preparados para ella. Mi amigo, ahora tiene una nueva tarea. Una tarea que incluye armas de fuego. Pero no se preocupe... será *usted* quién las empuñe.

Esa tarde, a las siete en punto, sonó el teléfono de Landau en el preciso momento en que se estaba aplicando espuma en la cara con aerosol.

—Hola...

—¿Mr. Landau?

—Sí.

—Soy Robert Kaplan. ¿Recuerda? El sobrino de Viola Harwich... la que murió.

—Por supuesto que lo recuerdo, pero no lo he llamado porque todavía no he encontrado nada. Lo único nuevo es un retrato de Varga en el *Times* de esta mañana, cosa que no agrega nada a lo que ya sé. ¿Lo vio usted?

Evidentemente el cronista del *Times* había hurgado hasta desenterrar la fotografía de los archivos del Anuario de Harvard. Era la foto que Varga había entregado al *Registro de Ingresados*, una publicación que sale a comienzos del año escolar y lleva las fotografías de los nuevos alumnos. Como la de los pasaportes, apenas utilizable para identificación.

—Lo llamo por la fotografía —dijo Kaplan con excitación—. La reconocí.

—¡La reconoció...!

—Así es. Lo conozco. Lo conocí en África del Norte.

—¿Y lo reconoció en esa espantosa fotografía?

—Su sonrisa era inconfundible. Escuche, eso no es todo. Encontré la caja de seguridad.

—¡Está bromeando!

—Jamás he hablado más en serio. Vi la fotografía esta mañana, y entonces realmente me interesé. Recordé el número de la llave... ¿cómo podía olvidarlo?, y pensé que de todas maneras necesitaba hacer ejercicio. De manera que subí al coche y me dirigí a los aeródromos, luego a la terminal de ómnibus, luego a la Estación Gran Central. Debía haber ido a la Gran Central primero. No sé por qué no lo hice; es la más próxima a mi casa. Pero pensé que era más probable que estuviera en algún aeropuerto.

—¿Y...? —preguntó Landau con ansiedad.

—La caja está en Gran Central. Exactamente en el pasillo que lleva al subterráneo IRT. Debajo de la rampa que sube a la esquina de la Calle 42 y la Avenida Vanerbilt.

—¡Mi Dios, eso es grandioso! ¡Ni siquiera pensé que estaba en New York! Esa caja podía estar en cualquier parte del país. En cierto modo me di por vencido, pero supuse que usted no advertía los detalles que estaban en su contra. Pero ¿cómo lo conoció a Varga?

—No tengo tiempo para hablarle de eso ahora. Pero tengo una idea. ¿Por qué no viene a mi casa mañana por la mañana, para ir a la caja de seguridad y ver lo que hay adentro? Si le parece bien eso —agregó Kaplan tímidamente, como después de pensarlo —le referiré lo de Varga, también.

—Por la mañana es imposible. Tengo una reunión con el presidente y con los síndicos. Pero puedo dejarle la llave en su casa, para que usted vaya allá, si en verdad está tan entusiasmado. Y por el tono de su voz presumo que lo está.

—Me parece espléndido. Puede dejarme la llave a cualquier hora de la mañana. Estaré acá.

Landau volvió al cuarto de baño y sonrió a su imagen en el espejo mientras aplicaba la espuma en el resto de la cara. De manera que él no era el único idiota en el mundo...

Buscó a Sarah a las ocho, y esta vez fueron a comer a VT, un restaurante italiano en la Avenida Amsterdam, que guarda más o menos la misma relación con Columbia que el College Grill con Harvard. Landau generalmente lo evitaba, manteniendo la política de no frecuentar los mismos sitios que los estudiantes. Esto era un rezago de sus días de joven ayudante de cátedra, que necesitaba de todos los medios posibles para contrarrestar los sentimientos de igualdad.

Después de comer entraron a ver la segunda mitad de una película en el New Yorker. Cuando salían del cine Landau preguntó:

—¿Te parece bien que vayamos a mi departamento? Segunda cita —le recordó—. Más que eso, realmente, si tomas en cuenta aquellas sesiones de limpieza.

—No creo que podamos contarlas. Pero me gustaría ver cómo está la casa... de limpia. ¿Todavía está como la dejé?

—Como un chiche —le aseguró Landau.

Ya en la calle 181, Landau preparó el café:

—No es tan bueno como el tuyo —le dijo cuando ambos se instalaron en el diván para tomarlo cómodamente.

—Solo lleva práctica.

—Una hora después las tazas de café tenían manchas secas en los fondos y Landau y Sarah estaban enredados en un estado de desorden que hubiera requerido alguna demora antes de que pudieran responder, si alguien llamara a la puerta.

—Esto es una tontería —observó Landau en voz bastante alta.

—Tontería...

—Bien, somos dos adultos perfectamente saludables.

—Ah, —replicó ella hábilmente— comprendo. Quieres llevarme al dormitorio. ¿No es así?

Landau se sintió frenado. Esta muchacha tenía el don especial de decir franquezas que quitaban el aliento. Venciendo al fuego con el fuego, le replicó:

—Así es.

—Bien, por cierto te ha llevado mucho tiempo, para ser un adulto saludable.

A la mañana siguiente dejó a Sarah (ostensiblemente) dormida, le sopló un beso desde la mano y salió de su dormitorio completamente vestido. Tratando de apartar de su mente a Varga y a las formas en que podría

alivianar un previsto ataque de aburrimiento con los síndicos, tomó el subterráneo hasta la calle 116.

Kaplan recibió al profesor enseguida y lo llevó hasta su escritorio, sobre el cual estaba la fotografía de Varga en el *Times*.

—Dennis Williams —dijo el estudiante, oscuramente satisfecho de sí mismo.

—¿Quién es?

Kaplan dejó que el profesor estudiara la fotografía, se hundió en un sillón tapizado, raído, y enlazó sus dedos sobre el estómago.

—Lo conocí en un viaje a Túnez —comenzó—. Tenía un departamento en el Barrio Francés. Aparentemente vivía bajo un nombre falso, pero nadie sabía la causa. En realidad, de las personas con quienes hablé, ninguna estaba segura de lo que este hombre hacía. A propósito, ¿quiere tomar algo? —Kaplan se interrumpió, llevando la nota dramática al extremo—. ¿Café, algo para comer?

—Una taza de café si está preparado. Tomé al pasar una rosquilla vieja de la caja del pan, antes de salir. —Y la palabra final trajo a su mente la imagen de alguien durmiendo, en este mismo minuto, en su cama. Se sonrió.

Kaplan llegó con el café para Landau y volvió a instalarse en el sillón, esta vez se acariciaba la barba con los dedos.

—Ahora, hay una cosa muy interesante acerca de este Dennis Williams —podemos llamarlo así— y es que siempre estaba haciendo viajes. Siempre viajaba. Según los rumores que oí, a dónde más iba era a Estambul y a Beirut.

—Y, ¿no tiene idea de por qué iba a estos lugares?

—No era por motivos de salud, eso se lo puedo asegurar. En verano Túnez tiene más o menos el clima de Niza, lo que quiere decir que es bastante bueno. Estambul y Beirut, por otra parte, son dos hornos. No, debe haber tenido alguna razón muy importante para hacerlo. Además iba con regularidad, una vez por semana o algo así.

Landau golpeó con la palma de la mano el escritorio:

—Bien, eso es. Por lo menos eso explica una cosa: dónde consiguió el explosivo. ¿Sabe usted? Al contrario de lo que se lee en la literatura de espionaje, el explosivo no es tan fácil de conseguir en este país, si no se puede invocar una causa legítima para utilizarlo.

—Supongo que es así. Pero eso no explica por qué lo hizo. Ni lo que hacía en esos viajes a Estambul y Beirut. Todo el mundo allá pensaba que su

familia debía tener una gran fortuna; las tarifas aéreas de esos lugares no son minucias, ¿entiende?, y él iba todas las semanas.

—Pero ¿por qué a Estambul y a Beirut?

—Dios lo sabe...

—No entiendo ni jota. Un estudiante que parece notable es poco menos que despedido de Harvard y se va al África del Norte, a donde llega bajo otro nombre. Luego vuelve y trabaja en un negocio de radios como peón. ¿Por qué?

—A propósito, ¿dónde queda ese negocio de radios?

—En Boston. Hablé con el propietario la semana pasada cuando estuve allá. Me contó que a Varga le interesaba la electrónica, o por lo menos eso fue lo que le dijo al propietario cuando solicitó el empleo. Pero las personas interesadas en electrónica no toman un trabajo de peón en un depósito, ¿no es así? Buscan la investigación. Algo andaba mal allí, no sé si todavía no anda mal... El hombre que ha reemplazado a Varga está en sus cuarenta años y no es precisamente espástico. Desde luego no es el tipo para trabajar en un depósito.

—¿Qué clase de tipo es el propietario del negocio?

—Muy confiado. Si algo está pasando allí, probablemente sabe tanto de eso como de la fisión nuclear. —Landau se encogió de hombros—. Bien, esa caja de seguridad puede tener alguna relación con esto —dijo, buscando en su bolsillo y extrayendo la llave.

—Vamos a averiguarlo —repuso Kaplan con confianza.

—Por lo menos espero encontrar al «Halcón Maltés».

Cuando Landau estaba por marcharse, una posibilidad final se le ocurrió.

—¿Está seguro que Varga es la misma persona que este Dennis Williams?

—Absolutamente seguro. Me encontré con Williams unas cuantas veces. Tenía ese mismo tipo de ojos caídos. Vidriosos. ¿Entiende lo que quiero decir? Aquí lo tiene. —Kaplan fue a mirar la fotografía otra vez.

—Soy un pesimista nato. Bueno, mire: aquí tiene la llave. —Landau la dejó caer en la palma de la mano estirada—. Y desearía que me hiciera un favor. Estaré en esta reunión la mayor parte del día, pero estoy terriblemente ansioso por saber qué hay dentro de la caja. Habrá un intervalo a la hora de almorzar, pienso que podría llamarlo para saber qué encontró en la Gran Central.

—Encantado. Estaré de vuelta... a eso de las doce.

—Muy bien. Le hablaré luego.

El hombre de la Boca Chica se dio en el pecho una palmada tranquilizadora, cuando apretó el freno de emergencia del Mustang. Debajo del traje color oliva y de una camisa blanca había una cartuchera de hombro que contenía una pistola 45 chata, un arma que el Silbador sabía tan mortal como comprometedora. Tendría que sorprender a su víctima por detrás y casi tocarlo con el caño. Debajo de su estómago, algunos músculos se contrajeron. A pesar de (o quizás a causa de) su mórbido temor de tener un arma apuntándole, experimentaba cierto regocijo en la posesión de armas de fuego.

Tan pronto el Silbador llegó a la vereda de Claremont Avenue, Robert Kaplan, por su parte, salió decididamente de la sombría arcada de piedra de su casa a la brillante luz del sol, ya próximo al cenit. El Hombre de la Boca Chica esperó ver si su presa se dirigía a buscar el Volkswagen, para lo cual se quedó al lado del Mustang como si estuviera verificando si estaba bien cerrado. En el espacio de pocos segundos Kaplan había pasado junto al coche estacionado y continuaba por Claremont Avenue. El Silbador palpó de nuevo su pecho, esta vez consoladoramente. Aquí se requería paciencia. No se podía golpear una mosca en el aire. Y había satisfacción en el pensamiento de que Robert Kaplan estaba tan ignorante como una mosca de lo que le esperaba.

Kaplan cruzó la 120 y se dirigió por la calle lateral hasta Broadway, donde dobló en la esquina en dirección al centro. En la 116 están las modernas entradas de aluminio y mármol del subterráneo, que reemplazan el viejo quiosco elefantino en el centro de la avenida, desde que un estudiante fue atropellado cuando corría por la calle para tomar el tren en dirección al centro. Ahora hay entradas en ambos lados de Broadway. Kaplan entró por el lado de Barnard, hizo la cola para los cospeles, y pasó por el cromado molinillo de tres aletas.

El Hombre de la Boca Chica no tuvo dificultad en seguirlo cuando trasbordó desde el convoy local al expreso, en la calle 96.

Pero en la 42, casi lo perdió. Kaplan andaba de prisa. Encontraba brechas en la multitud que se cerraban cuando el Silbador las alcanzaba. Pero logró arrimarse al estudiante otra vez en el nivel principal, donde lo ubicó en el momento en que corría debajo del indicador eléctrico que informa sobre la plataforma de donde saldrá el próximo tren para Gran Central.

Kaplan se deslizó adentro del tren en la plataforma 4 y el Hombre se escurrió tras de él. Después de dos minutos de andar, ambos salieron disparados por la misma puerta, en la poderosa avalancha de pasajeros. Cuando Kaplan sintió que sus pies tocaban tierra, se dirigió a las escaleras que llevan a la misma estación del ferrocarril. Si la sospecha del Silbador de

que Kaplan estaba volviendo a la caja de seguridad, necesitaba mayor confirmación, la estaba obteniendo. Siguió al estudiante por la escalera, vagamente irritado de que su presa estuviera más enterado acerca de lo que estaba pasando que él, pero se consoló pensando que el mayor o menor conocimiento que Kaplan tuviera del asunto, muy pronto dejaría de interesarle a nadie.

Frente a la caja de seguridad, el muchacho buscó nerviosamente en su bolsillo y al fin sacó la llave. Mientras el Silbador observaba desde atrás de las puertas vidriera que separan el piso sucio del subterráneo del pulido mármol de la estación, Kaplan insertó la llave en una cerradura y la hizo girar. Su primera reacción al abrir la puerta de metal de la caja fue de desconcierto. Al Hombre de la Boca Chica le pareció que por un instante no hizo más que mirar con sorpresa. Luego Kaplan metió su mano derecha en el compartimiento, tanteando ostensiblemente hasta el fondo, al principio con cautela y luego con agitación. Los resultados de esta exploración parecían inquietarlo, y corrió su mano con nerviosidad sobre toda la superficie de la caja. Distraídamente, dejó que la puerta se cerrara. No se cerró con llave (no podía hacerlo hasta que alguien pusiera otros 25 centavos y quitara la llave); Kaplan volvió a abrir para verificar la información que acababa de recibir, sin explicársela. Un segundo examen lo confirmó, sin duda alguna.

Con cierta expresión en su rostro que mezclaba por partes iguales perplejidad y decepción Kaplan, vacilante, volvió lentamente hacia las puertas del subterráneo, provocando que el Hombre retrocediera con rapidez.

Kaplan tomó los subterráneos en el orden inverso, de vuelta a la calle 116. El Hombre dejó pasar unos segundos antes de seguirlo hasta la casa de piedra oscura, en Claremont Avenue. Una vez allí el Silbador subió las escaleras, mirando hacia atrás por encima de su hombro para asegurarse que nadie venía detrás.

Nadie venía detrás, pero bajando las escaleras se acercaba un hombre robusto, alto, de unos cincuenta años, que vestía una camisa azul y pantalones de trabajo. El hombre alto estaba por encender un cigarrillo cuando se acercó el Silbador que todavía estaba vigilando el escenario por encima del hombro. En consecuencia nadie pudo prever la colisión.

—¿Por qué no mira por dónde camina? —amenazó el hombre alto cuando recuperó el equilibrio.

El Silbador mostró sorpresa más que ninguna otra emoción. Luego dejó que su ego se recuperara.

—Quizás fuera mejor que *usted* mirara por dónde camina.

—¿Cómo dice, Mac? —exclamó el hombre alto en el tono de un general que acaba de recibir consejo de un recluta—, el cual por muy sensato que fuera viene de alguien sin charreteras.

—Dije que sería mejor que mire por donde camina.

—¿Está tratando de molestar a la gente, Mac? —respondió el hombre alto, y golpeó el hombro del Whistler con la palma de la mano.

El Hombre de la Boca Chica pensó que la cosa se presentaba mal. Cambió de táctica.

—Mire, lo lamento.

Pero el hombre alto era implacable:

—Vuelva a bajar las escaleras —le ordenó.

—¿Qué...?

—Le dije que vuelva a bajar las escaleras. ¡Ahora, Mac! Dese vuelta y baje hasta el fondo las escaleras, para que yo pueda pasar. ¿Lo entendió?

—Escuche, me haré a un lado para que usted pueda...

—¡Le he dicho que *baje*! —Y al unísono con el sonido de su palabra final el hombre alto levantó el antebrazo contra el pecho del Whistler.

Este se deslizó escalón por escalón hasta el fin de la escalera, perdió el equilibrio dos o tres peldaños antes de llegar, cayó, y golpeó la rodilla con el último. Pero mucho peor que el dolor de su rodilla, al levantarse inseguro desde el piso, era la repentina comprensión de que Kaplan había tenido sobrado tiempo para hacer un llamado telefónico. Caerían cabezas si eso sucedía... y no solo la de Kaplan. El Silbador se sintió acobardado.

Ya abajo, el Hombre Alto miró a su adversario con olímpica condescendencia.

—Así está mejor, Mac. Mucho mejor. Aprende ligero. Trate de recordarlo la próxima vez que nos encontremos. —Y con un gesto de desprecio salió a la calle.

Kaplan no había llamado por teléfono... lo habían llamado a él.

Landau se había metido a través de una hilera de limousines negras estacionadas en College Walk, había corrido escaleras arriba hasta Low Library y asistido como un sonámbulo a la reunión con los síndicos. Los oradores pronunciaban aburridas disertaciones que hacían vagar a sus ojos por las molduras del revestimiento para contar las hojas de higuera, o por los candelabros para hacer inventario de las bombitas quemadas. Las voces ronroneaban protegiendo la libertad de palabra de los estudiantes —la reunión

se había convocado en respuesta a la inquietud estudiantil— pero por otra parte, decían, una falta de respeto a la ley, la ley de la Universidad, del Estado, o del país, no podría y no debería ser tolerada.

A las doce y media el presidente propuso un alto para almorzar, evitando cuidadosamente cualquier sugestión de almorzar todos juntos. Landau se sintió aliviado y al mismo tiempo molesto. Pero rápidamente olvidó el fastidio mientras se lanzaba hacia una cabina telefónica de Broadway para discar el número de Kaplan.

El teléfono sonó tres veces antes que lo atendieran.

—Hola...

—¿Es Robert Kaplan?

—Ah... ¿Cómo le va?, *Mr.* Landau. Casi me rompo la cabeza para venir al teléfono. Acabo de entrar.

—¿Qué encontró? —preguntó Landau con ansiedad.

—Nada —respondió Kaplan, todavía sin aliento.

—¿Nada? ¿Qué quiere decir con nada? La llave abrió la caja de seguridad, ¿no es así?

—Sí, la abrió, pero adentro no había absolutamente nada.

—Pero... —Landau casi quedó sin habla—. Eso no es posible. Nadie paga una caja de seguridad si no tiene algo que guardar en ella. ¿Cuál sería el objeto?

—Ahí sí que me atrapó. Todo lo que sé, es que estaba vacía.

A Landau se le ocurrió una idea.

—Escuche, ¿revisó la cerradura? Quizás dejaron algo allí y alguien pudo violarla y robar.

—Lo dudo. La cerradura estaba intacta. Ni un rasguño. Me fijé.

—No puedo creerlo. ¿Cómo funciona la caja? Coloca 25 céntimos y eso permite que gire la llave, guarde lo que quiera, y luego hay que sacar la llave de la ranura, ¿no?

—Y cuando uno vuelve, pone de nuevo la llave, abre la caja y la llave no se puede sacar hasta que alguien le ponga otros 25 centavos. Así es como funciona.

—Entonces hubiera sido imposible que alguien pusiera 25 centavos y volviera más tarde a depositar sus cosas.

—Completamente imposible.

—¿Quiere decirme de qué le hubiera servido a esa persona tomar la llave y cerrar un compartimiento vacío?

—Desde luego no puedo imaginarlo, *Mr. Landau*. Y no puede creer la decepción que sufrí. Iba allá esperando abrir y encontrar... bien, por lo menos, algunos diamantes robados. No haber encontrado nada me ha arruinado el día por completo.

—¿Qué hizo con la llave? Desearía echar un vistazo personalmente. No es que desconfíe de usted —agregó Landau de prisa—. Es que... bueno no puedo convencerme si no lo veo con mis propios ojos.

—Creo que dejé la llave en la cerradura, *Mr. Landau*. No veía razón para desperdiciar 25 centavos en volver a sacarla. Pero es el número 1729, si quiere ir a verla. Exactamente debajo de la rampa de la 42 y Vanderbilt. Hay una larga hilera de cajas de seguridad y esa está más o menos en la mitad.

—Quizás vaya y...

—¿Puede esperar un segundo, *Mr. Landau*? Creo que hay alguien en la puerta.

Landau emitió un ruido asintiendo, pero Kaplan evidentemente había bajado el receptor porque las reverberaciones electrónicas golpearon en el oído del profesor.

¿Cómo podía ser eso? Se preguntó Landau mientras esperaba que el estudiante volviera al teléfono. ¿Por qué alguien iba a tomar una caja de seguridad y dejarla vacía? No, algo debe haber habido dentro de ella. Y luego lo volvieron a sacar. Era la única explicación concebible.

Las reflexiones de Landau se interrumpieron de pronto por algunos extraños y amortiguados ruidos en la línea de Kaplan, una especie de encontronazo. Instantáneamente, revisó la secuencia de ruidos que había oído pero sin prestarles atención durante su breve período de meditación. Era un intercambio de saludos desde el fondo. Luego Kaplan le había preguntado algo al visitante, Landau no pudo oír qué. Volvió a preguntar en voz un poco más alta, pero esta vez fue interrumpido por ruidos ahogados. Landau hasta imaginó oír un quejido. Ahora había un ruido más fuerte... y luego otro. Como un estallido. Enseguida el golpe de algo que caía al piso y se rompía, junto con el ruido de algo más... algo más blando... que caía al piso con una serie de golpes.

—¿*Mr. Kaplan*? —Landau llamó preocupado—. ¡*Mr. Kaplan*!

La única respuesta fue un golpe final seguido por un sonido hueco como un zumbido. Landau movió la horquilla, colgó el receptor y colocó otra moneda. Esta vez el teléfono no llamó. Su moneda cayó devuelta. Introdujo la moneda nuevamente en la ranura y disco a la operadora. Con la menor cantidad de detalles posibles hizo saber su deseo de que llamara a ese número.

Ella lo hizo, y le informó después de unos momentos que la línea parecía estar descompuesta.

Colgó, pero dejó su mano apoyada en el receptor durante un tiempo, presionando con firmeza la horquilla. Luego, con la rapidez de una explosión, saltó de su asiento y, cerrando la puerta de la cabina de un golpe, comenzó a correr a toda velocidad Broadway arriba.

Después de tres cuadras respiraba con fuerza y tuvo que andar más despacio. Pero su mente no daba reposo a sus piernas. Las hacía marchar cada vez que el paso se demoraba ignorando sus pulmones y cualquiera de los otros órganos intervinientes. A mitad de camino de lo de Kaplan, su cabeza estaba permanentemente echada hacia atrás en busca de aire. Le llevó diez minutos llegar a la cuadra. Al llegar a Claremont vio cierta conmoción más adelante. Parecía exactamente al lado de la puerta de Kaplan. ¡Oh, Dios...! Era frente a la casa. Dos patrulleros y una ambulancia. La ambulancia detenida cerca de la entrada, con una cantidad de hombres uniformados formando un pasaje hasta la puerta de atrás. Un pequeño grupo de transeúntes y habitantes del edificio, estos últimos claramente identificables por sus atuendos, se amontonaban alrededor de las dos líneas formadas por los policías.

Cuando Landau llegó hasta el grupo, una camilla llevada por dos hombres de sacos blancos venía por el pasaje. El estómago de Landau dio un vuelco.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó con ansiedad a una muchacha de mandíbula marcada, pelo teñido de color mandarina y una piel incongruentemente morena.

—¿Qué es lo que pasa? ¡El hombre quiere saber! —respondió ella apretando su bata de una tela chillona con flores impresas—. Pshoo, qué pasa..., dice...

—¡Por el amor de Dios, dígamelo! —gritó Landau.

—Señor, en los veinticinco años que he estado aquí, nunca ha habido nada como esto. Ya nadie está seguro en ninguna parte. Porque...

—¡Quién es esa persona! ¿Quiere parar un momento y decirme quién es? Conozco a alguien en este edificio.

—¿Y por eso quiere una medalla? —Lo estudió con desdén—. Es un muchacho de allá arriba, señor. Un estudiante, creo, o algo por el estilo.

—¡Oh, no! ¿Qué le sucedió?

—Deje de gritar. Ya es inútil. Ya todo es inútil para ese muchacho.

El rostro de Landau se demudó hasta el límite.

—¿Está...?

—Muerto, señor. Asesinado. Y yo vivo en la planta baja. Una persona no está segura ni en su propia...

—¡MALDITO SEA! —gritó Landau—. ¿Por qué? ¿Por qué sucedió esto? ¿Saben por qué? ¿Saben quién lo hizo?

—Si lo saben, no me lo dijeron. Solo vivo aquí. ¿Cree que me lo van a decir a mí? Por nada del mundo, esté seguro. No me dicen nada. Absolutamente na...

—¡PERO, VÁYASE AL DIABLO, MISERABLE! —gritó Landau a pleno pulmón y en la cara de la mujer, y echó a correr calle arriba, dejando a la mujer inmovilizada donde estaba.

Corrió salvajemente por Claremont Avenue, logrando que los peatones se apartaran de pronto para evitar el encontrón. La gente observaba su carrera como si fuera la de un animal desbocado. También actuaba como tal, vacilando de un lado al otro de la calle, golpeándose a menudo la frente con la palma de la mano. Era como si la bala que había matado a Rober Kaplan siguiera su trayectoria para alojarse, todavía muy caliente, en el cráneo de Landau. Sentía como si la mente tratara de huir de su cabeza, de abandonarlo y escapar a otra parte.

No podía recordar casi nada de las últimas tres horas. Quién sabe cómo lograba poner sus piernas en servicio y estas lo llevaron de vuelta a su departamento, a tres millas de distancia. Lo que recordaba eran las caras. Seguía viendo los rostros de las personas que conocía, que había conocido. Ross, Robert Kaplan, *Mr. Le Hand*, del avión. Ahora, todos muertos.

Cuando por fin llegó a la Calle 181 las cosas se estaban calmando un poco. La procesión de rostros estaba sosegándose. Todo el contenido de su mente parecía estar disolviéndose en un viscoso globo negro. Buscó en el bolsillo la llave de su casa, atravesó la puerta y encendió la luz de la sala, pestañeando y gesticulando.

Su primera sensación fue de disgusto. Disgusto de que nada hubiera cambiado. Era como si pensara que las hadas habían operado algún milagroso proceso de embellecimiento mientras estuvo afuera. Pero sí, algo había cambiado. Su mirada fue atraída por una hoja de su propio papel de color amarillo, doblada por la mitad, apoyada contra el teléfono y sostenida por un cenicero. La hoja estaba escrita en un color verde brillante, aparentemente con marcador, y la escritura parecía familiar, aunque estaba seguro de que jamás había visto una muestra de ella antes. Se acercó y levantó la nota.

Querido, querido Jake (decía).

Estoy aquí. Tú no estás aquí. ¿Por qué no estás aquí? ¡Oh, los síndicos, lo sé! Pero ¿qué hay de nuestra cita?

Querido Jake, ¿recuerdas ese encantador anciano Alexander Graham Bell y su maravillosa invención? Estoy impaciente. Sarah mala. No debe, no va a estar impaciente otra vez. Llámame.

S.

P. D. Aun cuando no llames iré el martes. Necesito comer.

Dejó a un lado la nota y trató infructuosamente de reír. Luego meneó la cabeza durante mucho tiempo. Varias veces comenzó a abrir la boca y estirar las manos, como si estuviera por explicar algo muy intrincado a las paredes. Durante unos diez minutos largos se paseó de uno a otro lado. Nada lo ayudaba. Nada cambiaría esa noche.

Quizás podría volverse loco inofensivamente.

Luego dejó de pasearse. Todavía se quedó inmóvil durante un momento y después, con los primeros rasgos de resolución que había mostrado en las últimas horas, se dirigió directamente a la parte inferior del armario donde guardaba la porcelana, en el pequeño pasillo entre la sala y la cocina. Abrió el armario con una llave (Kitty decía «Nunca se sabe si la mujer que viene a hacer la limpieza va a resultar una fresca...»). Sacó dos botellas, una verde, la otra transparente. Con sumo cuidado las llevó a la cocina. Luego tomó un jarro de cristal de un estante y se puso manos a la obra. Balbuceando como un demente, leía la etiqueta de la botella en voz alta mientras se servía «Gordon's... London... Destilado... Gin Seco».

8

¡Grrring!

El cuerpo de Landau se agitó violentamente en la cama, y sus ojos se abrieron con lentitud. ¿Por qué ese primer llamado siempre parecía empezar con O mayúscula y fuerte, especialmente cuando uno estaba...?

¡Agh! No se podía mover. Su cerebro estaba empujando contra las paredes de su cabeza, con una fuerza física diez veces mayor que el esfuerzo mental para escapar a los pensamientos que había tenido la noche anterior.

¡Grrring!

Trató de incorporarse arqueando la espalda antes de hacer otro intento de levantarse. Esta operación, sin embargo, no tuvo más efecto que darle conciencia de que sentía como un pedazo de madera dura de dos por cuatro alojado en los conductos que llevan al estómago. Y allí estaba atascado y no podría ser despedido sin que por lo menos lo arrastraran las Cataratas del Niágara. Pero parecía poco probable traer agua de la vecindad. Su garganta no le servía; tragar estaba fuera de toda cuestión.

¡Grrring!

Trató varias formas de utilizar los brazos, que trabajaban casi en eficiencia normal, para levantar su cuerpo de las sábanas. Después de algunos intentos que fracasaron, probó un método nuevo de rodar desde la cama al piso y luego levantar su cuerpo laboriosamente a la posición de erguido. Durante todo este proceso hubo muchos quejidos, pero por fin estaba, para decirlo de algún modo, de pie.

¡Grrring!

Vacilante se dirigió al teléfono y levantó el receptor.

—¿Mr. Landau? Soy el Sargento Detective Starkie del Precinto 77.

¡Oh, Dios, no! ¿Es que no podría tener un momento de paz al despertar...? No había escapatoria; estaba condenado para el resto de su vida.

—¿Sí...? —consiguió responder al fin.

Parecía que el Sargento estaba trabajando en el caso de un cierto Robert Kaplan que había sido baleado en su propio departamento, ayer. ¿Landau

estaba enterado de ello? El Sargento pensó que así sería. Ahora la historia era esta: estaban entrevistando a todas las personas conectadas con el estudiante en busca de posibles pistas. Solo era algo de rutina, no había de qué alarmarse.

—Y —concluyó con una pizca de embarazo— hemos sabido que usted conocía a este muchacho Kaplan... personalmente. ¿Es así?

—Sí. Pero ¿cómo se...?

—Oh —respondió el Sargento con desaprobación— nos llamó esta mañana una tal *Miss Entweiler*. No, usted, no puede recordarla. Trabajaba en la oficina de registro en la Universidad de Columbia. Dijo que usted estuvo el otro día preguntando por la dirección de Kaplan. Ella nos llamó esta mañana. Supongo que es una mujer con mucho «espíritu público».

Si el asesinato se hubiera perpetrado en la oficina adjunta mientras *Miss Entweiler* escribía una carta a máquina, pensó Landau, probablemente no hubiera levantado un meñique de las teclas.

Starkie dijo que vendría a eso de las dos, agradeció a Landau de antemano su cooperación y colgó.

Landau volvió a colocar el receptor en la horquilla con distraída meticulosidad. Luego arrastró los pies en zapatillas hasta la cocina, para poner a calentar agua y hacer café. Su cabeza estaba ahora enviando un silbido con ultra-alta-frecuencia, como el de un amplificador con un tubo microfónico. Su tráquea parecía a punto de romperse en mil pedazos cortantes. Antes de hacer nada más, puso la cabeza bajo la canilla de la piletta y bebió. Eso por lo menos mejoró sus condiciones físicas.

Pero todavía le dolía el alma. ¡Otra vez violencia! Estaba empezando a comprender que se sentía como un señuelo. Por todas partes donde iba, muerte... ¡por todas partes...! Así se había sentido después del accidente del avión, pero no había podido expresar ese sentimiento. Era algo así: otra persona que estaba junto a él había muerto y él todavía estaba vivo. Y solo por un momento, como sucedió enseguida del accidente, sintió el deseo de saber cuál había sido el motivo. ¡No! No iba a llamar a Avery.

(¿Llamar a Avery? Qué idea). ¡No! Definitivamente no.

El timbre de la puerta sonó. A tropezones fue a abrirla, y de pronto volvía a ser la mañana después del accidente. Ahí estaba el mismo nacimiento de pelo formando un pico en la mitad de la frente, las mismas líneas verticales alrededor de la boca.

—*Mr. Schwann.*

—Se pronuncia Swan, ¿recuerda? Mire; algo que no podría señalar con el dedo me dice que usted no se alegra de verme.

Landau exhaló un suspiro, totalmente abatido.

—Estoy entusiasmado. Bien, es mejor que pase para terminar de una vez. Estaba por tomar café.

—Solo un minuto, *Mr. Landau*, nada más. Completamente indoloro. Oh... este... me agradaría tomar café.

Landau volvió de la cocina un minuto después, haciendo equilibrio con dos tazas sobre sus platos. Puso una en el estante junto al sofá, en que se había instalado Schwann.

—Bien, *Mr. Schwann*, —dijo—; solo tengo una pregunta que hacerle antes de que usted comience con las suyas. ¿Cómo es que supo usted que yo estaba conectado con Robert Kaplan?

—Me levanto muy temprano, *Mr. Landau*. Y lo primero que hago es ir a la comisaría. No quiero pecar de inmodesto. Es que a nuestros lectores les gusta estar al tanto de lo que hace la policía.

—Y cuanto más sangriento tanto mejor —no pudo dejar de decir Landau.

—Solamente complacemos el gusto del público que, como ambos sabemos no es lo que debería ser. Lo que publicamos es lo que a la gente le gusta leer.

—Me alegra que lo vea bajo ese aspecto. Bien, la policía llamó esta mañana. Envían un hombre esta tarde para entrevistarme. De manera que no estoy muy seguro de si puedo decirle algo antes de hablar con ellos. —¿Por qué no se le ocurrió eso el día después del accidente?

—Oh, vamos, *Mr. Landau* —dijo Schwann con buen humor—. No le hicieron jurar que mantuviera el secreto ni nada por el estilo, ¿no es así?

—No...

—En realidad, sé que no lo hicieron porque yo estaba allí esta mañana cuando lo llamaron por teléfono.

—Bien, ¿qué es lo que quiere saber? —diría cualquier cosa para liberarse del hombre.

—Así está mucho mejor, *Mr. Landau*. Bien, primero, ¿cómo es que conocía a este *Mr. Kaplan*?

Allí estaba el meollo del problema. ¿Cómo explicar su conexión con Kaplan sin revelar los resultados... por escasos que fueran... de sus investigaciones?

—Quise hablar con él luego del accidente. Era sobrino de una de las personas que murió. Pensé que podía darme alguna razón, alguna pista del

accidente.

—¡Ah, sí! —Schwann distraídamente se rascaba la cabeza—. La última vez usted me dijo que iba a investigar el accidente. ¿Encontró algo?

—Nada positivo. Pero creo que Robert Kaplan puede ser eliminado con respecto a la bomba. Pensé al principio que alguien podía haber puesto la bomba a bordo del avión para cobrar el dinero del seguro de Viola Harwich. Ahora parece que no es ese el caso.

—¿Entonces, usted piensa que las personas que pusieron la bomba en el avión son las mismas que mataron al muchacho Kaplan?

Eso era precisamente lo que pensaba Landau.

—Realmente no tengo la menor idea. Lo creo posible.

—¿Kaplan le dijo a usted algo que le hiciera pensar que andaban también tras de él?

—No, nada. Personalmente, pienso que ese muchacho Varga debe haber estado un poco loco. Que no ha estado conectado con ninguna organización.

—Organización —repitió Schwann automáticamente. *Mr.* Landau, tengo la sensación de que usted no es sincero conmigo. Nuestras lectoras tienen derecho a saber toda la historia. Y creo que usted sabe más de lo que dice. Ahora, si le preocupa que figure su nombre...

—No tiene nada que ver con mi nombre. Es que no sé nada. Lo lamento. Sus lectores tendrán que permanecer en la ignorancia por esta vez, *Mr.* Schwann.

El reportero suspiró.

—¿El muchacho Kaplan no le insinuó la razón por la cual alguien querría matarlo?

—No.

—¿Estaba haciendo algo... digamos... extraño, recientemente? ¿Algo que podría no desear que usted supiera?

—Si hacía algo que no quería que yo supiera, lo hacía muy bien... porque no lo sé.

Schwann suspiró otra vez, más ruidosamente que antes.

—¿Podría entonces decirme qué pensaba usted de él, como persona, *Mr.* Landau?

Esto significaba una rendición. Landau tuvo mucho gusto en dar su propia opinión del muchacho, pero por la expresión de la cara de su interlocutor, evidentemente la información era algo en que los lectores del *Pennon* hambrientos de suciedad, no podrían hincar sus colmillos. El cronista había perdido su chispa y permaneció sometido durante el resto de la conversación.

Después de una hora entera de preguntas de rutina cerró su libreta, musitó «gracias» y se dirigió a la puerta.

—Mantenga su pólvora seca —gritó en dirección a la sala cuando estaba por cerrar la puerta.

El golpazo que le dio, produjo estremecimientos de cólera por todo el cuerpo de Landau.

¡Maldito sea! ¡No! ¡No iba a dejar que esta... esta mala suerte lo atrapara! Llamaría a Sarah. Esa era la salvación. En eso no había ningún peligro. Ella estaba viva, no tenía nada que hacer con la violencia. Iba a olvidar todo el asunto aun cuando para hacerlo necesitara diez Sarahs.

Sus primeras palabras fueron un intercambio de disculpas... las de él por no haber llegado a casa más temprano la tarde anterior, las de ella por el tono regañón de su nota. Ambos se aseguraron que ninguno de ellos tenía que preocuparse y establecieron una cita para la noche siguiente, domingo.

Eso era mejor: un paso en la dirección adecuada. Luego logró recuperarse y caminó hasta el almacén para comprar comestibles. Al volver compró también el *Times* habitual. Después de un almuerzo rápido, se tendió en la cama para leerlo. Pero no logró terminar una página; se quedó dormido. Lo primero que supo luego era que lo despertaba el timbre de la puerta.

El hombre que encontró de pie en el vano era bajo, pero de poderosa constitución. Sus ojos eran dos puntos brillantes —como un dibujo cómico que hubiera saltado de la página de historietas y al parecer no tenían el equipo normal de párpados, pestañas y cejas. Allí estaban, pero simulados por el colorido de la cara... una especie de manchón rojo. Era difícil decir dónde comenzaban los labios.

—Soy el Sargento Starkie, del Distrito 77. Llamé esta mañana.

—Ah, sí. Entre. —Landau también advirtió que cuando Starkie hablaba, los labios se separaban lo suficiente para formar las palabras, y no más. Parecían, en contraste con el resto de su cara, muy cansados.

—Solo le tomaré un minuto, *Mr.* Landau. Nada más que un par de preguntas.

—Comprendo.

Se acomodaron en sillas uno frente al otro.

—Primero, ¿qué hizo usted ayer? Comience desde la mañana.

Landau descubrió su reunión con los síndicos y la llamada telefónica a Kaplan a la hora del almuerzo. Starkie estaba especialmente interesado en su impresión de los ruidos que oyó a través del alambre.

Al final de la descripción, el Sargento se permitió un pequeño relajamiento en su reserva oficial:

—Sí, eso parece ajustarse a lo que ya sabemos. Al entrar, el asesino golpeó a Kaplan con algo, quizás con la culata de la pistola. No hemos encontrado todavía rastros de cabellos en ninguna parte y tampoco hemos hallado la pistola. Cuando el muchacho cayó debe haberlo hecho sobre una lámpara, pero no hubo lucha. Entonces se dispararon los dos tiros que usted oyó en el teléfono.

—¿Tiene alguna idea de quién...?

—Todavía nada, *Mr. Landau*. Ahora, si pudiera decirme por qué estaba usted interesado en este muchacho Kaplan... —Sus labios parecían reticentes ante esa pregunta.

—Bien... después del accidente del avión —supongo que está enterado de eso—, pienso que...

Starkis no estaba enterado y Landau se lo explicó.

—Después —continuó— quise descubrir lo más posible con respecto a ese asunto. Parecía tan irracional. Hablé con *Mrs. Le Hand*, la viuda del hombre en cuyo portafolios estaba la bomba. Vive en Newton, Massachusetts. Entonces leí en los diarios que entre las personas muertas se encontraba Viola Harwich, a quien incidentalmente conocía en el avión, y que había tomado un importante seguro para ese vuelo. El beneficiario era *Mr. Kaplan*, de manera que, naturalmente, quise hablar con él.

—*Mr. Kaplan* debe haber estado muy contento cuando comprendió las implicaciones de su visita, *Mr. Landau* —dijo Starkie, con acritud.

Ahí y entonces Landau decidió que le agradaba el Sargento Starkie. Era la primera vez en su vida que tenía la más ligera afinidad con un policía. Pero no alteró su decisión de no mencionar nada sobre la llave de la caja de seguridad.

—Creo que Kaplan estaba un poco al margen, pero luego también se interesó en el accidente. Quería llegar al fondo del asunto.

—¿Y lo consiguió?

—¿Se refiere a si encontró algo? En realidad no lo sé, Sargento. Si así fue, no me lo dijo. —Logró decirlo con cierta fluidez, pero si continuaban las preguntas de ese tenor, podría haber dificultades.

—*Mr. Landau*, no me ha dicho por qué llamó a Robert Kaplan ayer.

Landau se enderezó en su silla e inspiró profundamente:

—Bien, solo quería saber si había descubierto algo, con respecto al accidente. Como le dije, no había descubierto nada.

—Usted lo llamó durante la hora de almorzar. ¿No podía haber esperado a llegar a su casa?

—Supongo que podía haber esperado, pero tenía tiempo, y pensé en llamarlo. —Ahora se estaba acercando peligrosamente al tema.

—Comprendo. —El Sargento Starkie examinó sus uñas, al parecer considerando si debía seguir presionando o dejarlo allí. Landau advirtió que no había traído una libreta consigo—. Bien —dijo por último— me parece que basta por hoy, pero podemos necesitar interrogarlo otra vez, creo que debo advertírselo. Así que espero esté disponible. ¿En esta dirección?

—Sí.

—Ah... una cosa más. Creo que vamos a necesitar sus huellas digitales.

La cabeza de Landau dio un respingo:

—¿Huellas digitales?

—Sí, solo rutina. Para nuestros archivos. No le importa, ¿verdad? —Si la pregunta era una maniobra psicológica, estaba expertamente hecha.

—No tengo inconveniente —replicó Landau inseguro— pero por supuesto, usted espera encontrar mis impresiones digitales por todas partes del departamento de Kaplan, ¿no es así? Quiero decir, estuve dos veces allí. Probablemente toqué por todas partes.

—No se preocupe por eso, *Mr.* Landau. Como le dije, no es más que rutina. —La displicencia de Starkie era algo magnífico de contemplar o hubiera sido, si Landau estuviera en estado de ánimo para admirarlo.

—Ya veo —dijo.

El policía sacó su almohadilla de tinta y un formulario con cuadrados en blanco para cada impresión.

Presionó los dedos de Landau en la almohadilla, uno por uno, luego los hizo rodar en el espacio apropiado del formulario y el profesor se iba sintiendo más cerca que nunca del mundo del crimen. Saber que estaba reteniendo información a la policía tampoco ayudaba mucho a su estado de ánimo.

—Bien, adiós, *Mr.* Landau —dijo Starkie al salir. Tengo la impresión de que nos veremos otra vez.

En esta ocasión Landau mismo cerró la puerta, para evitar el tipo de portazo que había dado Schwann. Pero el efecto fue el mismo. Estaba temblando. ¿Se encontrarían otra vez? ¿Qué demonios había querido decir con eso?

Volvió a su dormitorio y atacó el *Times* que había comprado a la mañana y que dejó luego apenas empezado. Estaba decidido a olvidar. Todo: Kaplan,

el accidente, sus propias investigaciones. Pero parecía que hasta los objetos inanimados conspiraban contra él. En la página diez estaba el artículo sobre la muerte de Kaplan, encuadrado entre un asalto a un negocio de golosinas en el Bronx y un intento de violación en Queens. Lo leyó con una fascinación casi mórbida, aunque no decía nada que él no supiera.

Ya no podía soportarlo más.

Saltó de la cama, entró al *living* y tomó el teléfono. Primero preguntó el número de la Dirección Nacional de Seguridad en el Transporte, en Información, luego lo discó, y lo conectaron con *Mr. Avery*, después de la intervención de dos intermediarios que solicitaron saber el motivo de su llamado.

—Oh, sí... sí... —dijo Avery cuando Landau terminó de identificarse—. Lo recuerdo. Usted vino a retirar algunos efectos de una de esas desgraciadas víctimas del avión que estalló.

Un diplomático nato, pensó Landau. No era extraño que ocupara un lugar tan importante.

—Así es. Usted me dijo que si alguna vez lo necesitaba, lo llamara.

—Y sostengo eso —respondió enfáticamente Avery—. ¿En qué puedo serle útil? ¿Todavía trata de desenterrar información sobre el accidente?

—Sí, efectivamente. Por eso lo he llamado. Pensé que usted podría hacerme un favor.

—No puedo responderle hasta saber de qué se trata.

—Bien, descubrí que ese Varga, el muchacho que puso la bomba, alquiló una caja de seguridad en la Terminal de la Estación Gran Central. La llave fue encontrada en sus ropas después de muerto. Lo que significa que debe haber venido a New York en algún momento para alquilarla. Ahora lo que quiero saber es cuándo y por qué. No espero que usted pueda descubrir por qué, pero podría saber cuándo.

—Lo que usted quiere es que verifique las listas de pasajeros, ¿es eso?

—Si —respondió Landau en una primera tentativa. De hecho me estaba preguntando si habría manera de verificar las listas de los últimos meses. Para ver si vino a New York antes, ¿comprende? —Esto último salió a una velocidad suicida.

—¿De los últimos meses?

—Y... sí.

—Es bastante trabajo. Hay tres líneas aéreas, usted lo sabe, que hacen el vuelo Boston-New York sobre bases regulares, y cada una envía hasta ocho o nueve aviones por día. Será una tarea ardua.

—Lo sé —respondió Landau desalentado.

—Escuche, *Mr.* Landau: veré lo que puedo hacer; no le prometo nada, pero creo que puedo conseguirle esa información. Las compañías desean mantenerse en buenos términos con nosotros, y podría hacerlas cooperar.

—Apreciaré mucho cualquier cosa que haga —contestó Landau agradecido.

—Por supuesto que usted comprende —agregó Avery ominosamente, para reprimir cualquier optimismo prematuro— que este Varga lo mismo pudo haber venido a New York por ómnibus o por tren, o hasta en automóvil.

—Lo sé.

—De todas maneras veré qué puedo hacer. —No dejes que la mano derecha se entere de lo que está haciendo la izquierda, pensó Landau: eso era lo que hacía Avery—. ¿Por qué no me deja su número de teléfono, así puedo llamarlo si encuentro algo?

Landau lo hizo, reiteró su agradecimiento, y colgó el receptor. Esa noche soñó que veía el cuerpo de Avery en la mesa de un hospital con el cirujano de pie a su lado diciendo: «Lo lamento. Ya no hay nada más que podamos hacer por él».

La noche siguiente Landau y Sarah tomaron el subterráneo al Village. Era una de esas pringosas y sofocantes noches de New York, y comieron en un restaurante italiano caro. Luego fueron a un *show* en las afueras de Broadway, volvieron al centro al departamento de él, donde Landau se quitó la chaqueta y dejó escapar un largo resoplido por el calor, mientras ella se sentó tranquilamente en el sofá.

Landau eligió una silla del otro lado de la habitación y comenzó a golpear con el puño en la palma de la mano.

—¿Estás molesto por algo, Jake? —preguntó Sarah con suavidad.

—No. —Dejó de golpear con la palma de la mano y en cambio comenzó a hacer girar el botón de la camisa.

—Quizás no hayas entendido la pregunta.

—Nada me está molestando nada.

—¿Soy yo? ¿Hice alguna cosa?

Él se mostró tranquilizador.

—No, no. ¡Tú eres encantadora! Oh, escucha, ¡es que estoy volviéndome loco!

—Vaya, ¿no es más que eso? —Apoyó la barbilla en la mano—. ¿Qué te hace pensar tal cosa?

—No sé. Todo lo que hago parece equivocado. He estado tratando de descubrir qué causó el accidente del avión en que viajaba y no he hecho más que causar problemas. Mataron a un muchacho por culpa mía, un estudiante de Columbia.

—¡Qué...!

—Lo que oíste.

—¿Por qué no me lo contaste? Comienza desde el principio.

—Está bien, pero tienes que dejar de lado ese tono maternal. —Sonrió desde el otro extremo de la habitación y empezó a contarle el resultado de sus investigaciones. Finalmente llegó al punto donde empezaba la especulación.

—Ahora, tengo la firme idea de que Varga no era solo un loco. No puedo creer eso. Creo que deseaba matar a una persona en ese avión.

—¿Qué te hace decir eso? —quiso saber Sarah.

—Es un pálpito. En primer término, no tiene antecedentes de ninguna enfermedad mental. Y, no sé; la forma en que dejó ese negocio donde trabajaba en Harvard Square, da la impresión de que allá hubiera sucedido algo que no conocemos. ¡Y luego esos viajes a Estambul y a Beirut mientras vivía en África del Norte...!

—¿Y tú crees que este muchacho estaba vinculado con la persona que mató al estudiante de Columbia?

—De eso estoy seguro. ¿Quién más podía hacerlo? De cualquier manera, es muy difícil creer que fue solo coincidencia que lo mataron enseguida de haber encontrado la caja de seguridad en la Gran Central. Lo que creo es que descubrieron el interés de Kaplan en la caja, y para esa gente, significaba que estaba buscando algo.

—Quizás, quien fuera el tipo que iba en el avión, y al que Varga quería matar, también supiera la existencia de la caja. —Sugirió Sarah, pero mostraba señales de desear terminar con la conversación.

—Tal vez —dijo Landau—. Pero no necesariamente. Es probable que la persona del avión supiera algo, sin embargo, no encuentro ninguna otra razón para que quisieran matarla. Salvo, por supuesto, que antes hubiera sido miembro de la pandilla y se hubiera abierto.

—Hablas como si hubiera una organización gigante detrás, al estilo de Al Capone. Pero en realidad no sabes si hay más de un hombre.

—Estoy seguro de que hay una organización. En primer lugar, mataron a Robert Kaplan. Eso significa que lo han planeado. Y en segundo lugar, pienso

que el hombre que reemplaza a Varga en esa casa de radios, en Boston, tiene que tener alguna conexión con el grupo. Tiene un aspecto demasiado falso. Sin embargo, no tengo la menor idea sobre qué papel pueda estar desempeñando en un negocio de radios.

Sarah se quitó los zapatos, frotó los pies contra un lado del sofá y plegó las piernas debajo de ella, sobre el almohadón:

—Y en todo eso, ¿qué es lo que hay para que llegues a la conclusión de que estás perdiendo el juicio?

Landau levantó las manos con impotencia:

—¿No lo ves? Estoy tratando de razonar, estoy tratando de encontrarle una explicación. Tiene que haber una explicación. ¿Y qué sucede? Matan a una persona completamente inocente.

Sarah meneó la cabeza:

—No considero que tu problema sea tan difícil, Jake. Olvida este asunto. Sigue tu vida diaria como si nada hubiera pasado. Podrías empezar por acercarte a mí. —Le indicó un asiento vacío próximo a ella.

Landau se levantó hizo lo que le insinuaban. Se tendió a todo lo largo del sofá, con la cabeza en el regazo de ella.

—He tratado de olvidarlo —dijo—. No puedo. El asunto vuelve y vuelve a golpearme en la cara.

Ella deshizo su corbata e introdujo su mano debajo de la camisa:

—¿Esto ayuda?

—Es muy agradable, pero el problema no se va así como así. Es una de esas cosas en la cual no puedo dejar de pensar. ¿Comprendes?

—Para ser sincera, no. No lo comprendo del todo.

—Oh, Sarah, no lo tomes en forma personal. No tiene nada que ver contigo, por lo menos comprende eso, ¿no? Es algo que tengo que resolver. Solo.

—Escucha, Jake. Mataron a ese estudiante, ¿no es así? ¿Eso no significa nada para ti?

—¡Significa tanto como un infierno! Ha estado volviéndome loco durante los últimos dos días, ya te lo dije.

—¿No significa nada más? Mataron a este muchacho Kaplan porque estaba tras de algo. Tú también estás buscando algo, aún más de lo que estaba él. ¿Qué te va a suceder cuando esa gente se entere?

Landau se incorporó de pronto. Luego dejó caer la cabeza otra vez en el regazo de ella resignadamente y comenzó a frotarse los ojos.

—¡Oh, no me importa un comino! Que me hagan lo que quieran.

—¡Ay Dios mío!, eres uno de esos miserables seres que se tienen lástima —dijo Sarah, con simplicidad.

Landau consiguió esbozar una sonrisa.

—También tú lo ves así.

—Cualquiera con dos dedos de frente puede verlo. ¿Y sabes lo que es? Puro egoísmo, eso es todo. Piensas que el mundo debería acercarse a ti y tenerte lástima todo el tiempo. Eso no es más que egoísmo. También hay otras personas involucradas, ¿sabes?

—Lo sé. Es por eso que me siento tan mal.

—No me refiero a ese estudiante que no conociste hasta hace una semana. Me refiero a otras personas. A mí, por ejemplo.

—¿Tú? —La miró en la cara. Entonces, de improviso, se sentó y la besó en los labios.

Pero ella le apartó la cabeza.

—No creas que arreglarás todo con un beso. No soy una niña, Jake. Soy una mujer crecida. Quiero que dejes de pensar en todo esto. Quiero que... — algo se atravesó en su garganta.

Landau se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Supongo que querrás que te lleve a tu casa enseguida —dijo después de un tiempo.

—¿Quieres que me vaya a casa? —preguntó con un sollozo.

Cuando Landau despertó, la mañana siguiente, ella se había ido, esta vez sin dejar nota alguna. Volvió a recordar la conversación de la noche anterior y se convenció de que la temprana partida de ella no tenía nada que ver con las palabras que habían cruzado.

Estaba cepillándose los dientes cuando sonó el teléfono. Era Austin Avery. Controlando su entusiasmo, Landau preguntó débilmente si había descubierto algo sobre Varga.

—Sí, *Mr.* Landau, así es —replicó cordialmente—. Revisé los registros de las tres compañías aéreas con vuelos regulares Boston-New York. Bueno, en realidad no lo hice personalmente. Pusieron dos secretarias durante todo el día de ayer. Revisaron todos los registros de vuelos durante los últimos tres meses.

—¿Encontraron algo? —El suspenso lo estaba matando.

—Sí, usted tenía razón. Este Varga hacía viajes a New York, ida y vuelta, todas las semanas.

—¿Todas las semanas?

—Y siempre el mismo día de la semana. Tomaba el avión de las seis de la Eastern a New York, todos los jueves a la tarde. Regular como un reloj, todos los jueves. Entonces debía pasar la noche en New York porque todos los viernes tomaba el avión de las siete de vuelta a Logan. Volvía todos los viernes a la mañana.

—Espere un momento. El viernes era su día libre, según me informaron. Y el día que puso la bomba en el avión era un viernes. Debía haber vuelto recién de New York.

—Sí, eso significa algo, sí. Pero debo admitir francamente, que estoy intrigado por todo el asunto. No me explico lo que hacía en estos viajes.

—Tampoco yo —dijo Landau desconsoladamente— pero de cualquier manera es algo.

—Bien —terminó el funcionario—. Me alegra de haber sido útil.

—Oh, lo lamento, me quedé pensando —se disculpó Landau—. Usted ha sido una gran ayuda, *Mr. Avery*. No tengo palabras para agradecerle...

—No hay de qué. Como le dije, no es en verdad asunto de esta oficina, pero me interesaría saber si usted descubre alguna cosa. He hablado con los muchachos de la FBI en Washington. Ellos se han dado por vencidos. Es como le dije... tienen su hombre. Están satisfechos.

—Desde luego que lo llamaré si descubro algo. Gracias otra vez.

De manera que Varga había venido a New York todos los jueves a la tarde y vuelto todos los viernes a la mañana, se repetía Landau mientras colgaba el receptor. Y ahora, ¿qué? Ese conocimiento parecía crear más problemas que eliminarlos, si es que eliminaba alguno. ¿Qué significaban esos viajes? ¿Habría alquilado una caja de seguridad en cada uno de los viajes? Y si así fuera, ¿qué ponía adentro? Y si ponía alguna cosa adentro, ¿por qué estaba vacía cuando Kaplan la inspeccionó?

No había más que una pequeña luz de esperanza. Los viajes semanales confirmaban la teoría de que Varga había estado empleado por una organización. Había estado actuando bajo órdenes que llegaban a New York todas las semanas. Aún más, parecía razonable... —más razonable que antes — suponer que uno de los pasajeros en el vuelo de Landau, el blanco de la bomba, había sabido algo sobre la empresa, cuyos administradores se habían mostrado muy ansiosos de acallar.

Y luego Kaplan había encontrado algo. O por lo menos ellos pensaron que así era, porque a Landau le parecía que el muchacho no tenía nada más que agregar cuando hablaron por teléfono, aun cuando no hubiera existido... la

interrupción. Pero ellos suponían que Kaplan sabía algo. La cuestión era, ¿qué?

El Hombre de la Boca Chica había pasado los días después de la muerte de Kaplan en cama, con un violento dolor de estómago. Saber que había cumplido órdenes al pie de la letra, no le traía ningún alivio. Había telefoneado al Coronel al día siguiente del asesinato, y el Coronel, evitando con esmero el pronombre en segunda persona, había concedido que el asesinato de Kaplan había sido, si había de creerse lo que decían los diarios, un trabajo relativamente limpio. Era lo más parecido a un elogio que había recibido.

Hoy el Silbador estaba citado a las doce en una cabina telefónica en Times Square, a fin de recibir nuevas instrucciones. Los problemas estomacales no significaban mucho para el Coronel. El Silbador hubiera tenido que estar allí aun cuando acabaran de amputarle las piernas. Con un estremecimiento, se puso su traje color oliva, tragó dos tabletas para el estómago (que estaba seguro que no surtían efecto), y se dirigió a tomar el subterráneo.

—Ahora —el Coronel pontificaba veinte minutos más tarde por el alambre— no estamos absolutamente seguros de este Landau.

El Silbador pensó que esa declaración no requería comentario.

—Queremos que lo vigile. Registre su departamento si tiene la oportunidad. Dudo que encuentre nada, pero debe hacerlo.

—¿Qué es lo que debo buscar?

Hubo un momento de silencio en el extremo de la línea:

—Se lo diré de esta manera: cualquier cosa fuera de lo común. Cualquier cosa que parezca fuera de lugar, especialmente algo que ordinariamente podría tirarse.

—¿Nada más que registrar?

—Creo que ya le he hablado de mi disgusto por la violencia. No veo razón alguna, por el momento, para matar a este Landau... ni a nadie más. El día después de la infortunada muerte del muchacho Kaplan, fue entrevistado por la policía. Aparentemente no les dijo nada. Probablemente porque no sabe nada. Aun cuando tendría más seguridad si usted hubiera sido un poco más consciente.

—Ya le dije que...

—No importa. El muchacho Kaplan no le dijo nada, según parece. Por lo menos, si lo hizo, Landau no se lo pasó a la policía. También es posible que

Kaplan nunca supiera nada. —Su voz se endureció.

Se aclaró la garganta y continuó:

—De manera que espero oírlo dentro de unos días con los resultados de su investigación. Y en caso de que lo haya olvidado, no quiero violencia. —Las tres últimas palabras eran intencionadas como un trueno—. Conozco su repugnancia por los extremos de las pistolas... los extremos redondos —agregó el Coronel seráficamente.

El Silbador se estremeció.

—Nada de violencia, es decir —continuó el Coronel— salvo... salvo que Landau dirija su dedo gordo hacia una comisaría.

—Comprendo, Coronel.

—Espero que así sea.

9

Esa tarde, a la cinco, Landau telefoneó a Sarah. Había fumado ya varias pipas mientras miraba fijamente a la ventana. Se había tomado tiempo para reflexionar sobre la concentración que había logrado en el problema de los viajes semanales de Varga a New York.

El teléfono sonó en casa de Sarah cinco veces y levantaron el auricular al sonar por sexta vez.

—Hola...

Landau estaba por decir: «Hola, querida», una expresión cariñosa que había estado pensando utilizar durante algunos minutos, antes de llamar, pero como las órdenes se demoraban en llegar a su lengua, advirtió que la voz en el teléfono no era la de Sarah. Era la voz de una muchacha, pero era más baja y más áspera de la que le era familiar.

—¿Está Sarah? —preguntó vacilante, y luego, recordando que ella vivía sola, dijo—: No, el número debe estar equivocado...

—Un momento. ¿Usted quiere hablar con Sarah Marcus?

—Sí... pero...

—Ah, lo han comunicado bien. Sarah se ha marchado por un tiempo. Yo me he quedado en el departamento hasta que ella vuelva.

—¿Se ha marchado...? —repitió Landau.

—Sí. Se ha ido a Puerto Rico esta mañana.

—¿Puerto Rico? —Comprendió que comenzaba a parecer un deficiente mental—. ¡Pero estamos en junio! ¡Nadie va a Puerto Rico en junio!

—Sarah lo hizo. Dijo que era más barato cuando no era la temporada. Oh, y... ¿quién habla, por favor?

—Jacob Landau.

—Sí, eso me pareció. Me dejó un mensaje para usted. Dijo que no iría a su casa a hacer la limpieza el martes de esta semana... supongo que se refiere a mañana... pero que espera hacerlo la semana entrante. Y que está dispuesta a trabajar tiempo suplementario.

Landau estaba estupefacto.

—¿Es el único mensaje que dejó?

—Eso es todo. Creo que volverá el próximo domingo a la tarde, por si quiere hablar con ella.

—Gracias... muchas gracias... —dijo débilmente y puso el receptor en la horquilla.

¿Por qué se iría así, sin decirle nada? No tenía sentido. Habían arreglado todo, se entendían tan bien la noche anterior... ¿por qué se habría mandado mudar ahora?

Encaminaba sus pasos a la cocina cuando una escalofriante respuesta se insinuó. La desaparición de Sarah estaba en alguna forma conectada con la bomba y con Kaplan y todo el resto. Había sido secuestrada por el mismo grupo que hizo estallar el avión y asesinar al muchacho estudiante. Era una eventualidad demasiado terrible para considerar. Era la manera que tenían ellos de atacarlo a él, no abiertamente, en forma que pudiera defenderse, sino a través de ella. ¿Qué podría hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Y decirles qué? No había habido amenazas, ni demandas de dinero... ni de silencio...

Es mejor que me tranquilice ahora, se dijo. No había un ápice de prueba. Ella podría haberse ido, de buena fe, a Puerto Rico. (¿Quién iba a Puerto Rico en junio?). Podría haber necesitado tiempo para resolver la relación entre ellos. Pero solo se habían visto algunas veces; todavía no podía haber llegado al estado de crisis, y aun cuando hubiera llegado, podían sentarse a discutirlo juntos... como dos personas razonables, ¿no? Posiblemente ella era el tipo de mujer... no la conocía bastante bien para estar seguro... que necesitaba alejarse durante un tiempo para ver las cosas con claridad. Había personas así, aunque, gracias a Dios, él no era una de ellas.

Con la imaginación echada a volar, sin control, era inevitable que se le ocurriera una posibilidad aún más perturbadora. Tan perturbadora, en verdad, que pasó un tiempo antes de que pudiera decidirse a admitir su existencia.

Ella integraba la organización que había puesto la bomba y todo lo demás... pero no contra su voluntad. Después de todo, ¿qué sabía de Sarah, realmente? La muchacha decía que era graduada en inglés, cosa que puede ser tan creíble como un rumor de desarme unilateral. Si era verdad esa historia, ¿qué hacía contratándose como criada? Una cosa era que su madre fuera lo bastante loca para dirigirse a una muchacha graduada en inglés y preguntarle si le gustaría hacer algún trabajo liviano de limpieza, pero otra muy distinta que esa persona fuera lo bastante loca para aceptarlo.

¡Cuidado, con cautela! Su madre no había sido la única fuerza motriz en esta empresa. Estaba ese médico de ella, ese doctor Kovits, que se suponía tío

de Sarah Marcus. ¿Quién era exactamente, y qué parte jugaba en esto de hacerla trabajar en su casa?

A Landau se le ocurrió que hasta podría ser una buena idea registrar sus pertenencias para ver si le faltaba algo. Pero el pensamiento no duró más que lo suficiente para desecharlo, comprendiendo que no había nada tangible por ahí que estuviera conectado en manera alguna con el incidente de la bomba. Nada, francamente, que mereciera ser robado.

¿Qué hacer entonces? Discar el número de su madre ahora mismo sería prudente, un primer paso en el que no perdería nada. Preguntarle cómo es que tuvo esa idea. No había estado muy explícita sobre ese punto cuando le habló, en un principio.

Llamó al número pero no obtuvo respuesta.

El asunto de la lealtad de Sarah, podía preverlo, iba a molestarlo el resto del día o hasta que consiguiera alguna evidencia en un sentido o en otro. Decidió dirigirse al colegio y terminar algún trabajo de rutina que tuviera sobre el escritorio a la espera de su firma: el presupuesto del departamento para el año entrante, algunas cartas a la administración, (y una de protesta al Presidente de los Estados Unidos), y una carta de felicitación para el Director del Departamento en el día de su cumpleaños, de parte de todos los otros miembros.

Cuando volvió a su casa mucho después, a la tarde, su primer movimiento fue tratar de hablar con su madre otra vez. Ella contestó con un tono débil, casi sin aliento, con las palabras entrecortadas por bocanadas de aire que explotaban en el receptor.

—Hola... (puff)... Jacob...

—Madre, ¿qué te pasa?

—¿Pasar...? (Puff)... no me pasa nada... oh, quieres decir...

—Quiero decir que parece que acabaras de correr una milla.

—Estaba haciendo la «Cara del León». Eso es todo... —Estaba recuperando el aliento.

—¿La Cara del León...?

—Sí, y algunos otros. Mis ejercicios de yoga.

—¡Madre...!

—Ya sé lo que vas a decirme, Jacob. No tengo nada mejor que hacer que tirar el dinero en lecciones de yoga.

—¿Estás tomando...?

—Bien, no quiero quedarme en casa todo el día. Solo son diez dólares por hora, y conozco a toda esa gente tan interesante, que de otra manera no

hubiera conocido.

—¿Diez dólares...?

—Por hora. Pero escucha, Jacob. Hay un hombre en la clase. Un capitán de barco. Este hombre hizo el recorrido entre Singapore y Bangkok ¡durante veinte años! Hasta que suspendieron el servicio.

—Maravilloso, madre, maravilloso... —Landau levantó los ojos al cielo raso.

—Vamos, Jacob. ¡Por favor, no seas así! Vas a ver cuando a mi edad. Querrás hacer algo con el tiempo. El maharishi y el doctor Kovits son dos cosas divertidas.

¡Se divertía con el psicoanálisis...!

—Escucha, madre. A propósito del doctor Kovits te he llamado.

—¿Has cambiado de opinión con respecto al análisis? No sé si el doctor Kovits tiene horas libres.

—No quiero convertirme en un paciente —explicó con lentitud y claridad—. Quiero hacerte una pregunta con respecto a él.

—¿Cuál?

—¿Te acuerdas de esa muchacha que me enviaste? ¿Sarah Marcus?

—Sí. ¿No es encantadora?

—Muy encantadora. Lo que ahora quiero saber es cómo la conociste. Exactamente, cómo la conociste.

—Bueno, a ver... Yo estaba en el consultorio del doctor Kovits, en el momento de marcharme, y le dije que estaba preocupada contigo, Jacob, por el divorcio y todo lo demás. Dije que pensaba que podrías sentirte solo. Ya sé que nunca lo admitiste...

—¿Qué dijo él?

—Dijo que tenía una sobrina que en ese momento no tenía ningún compromiso. Y que también era muy agradable. Bien, al principio no me convenció mucho, tú sabes. Le pregunté por qué si era tan agradable no estaba comprometida o casada. Y él respondió que era una muchacha muy selectiva, nada más. Sale mucho, pero nunca conoce a nadie que realmente le guste. Y yo le dije que en eso se parecía mucho a mi Jacob. Entonces él preguntó que por qué no le hablaba a mi hijo sobre la muchacha. Yo respondí que eso no serviría. Tan pronto como yo te menciono el nombre de una muchacha, ¡bingo! en ese mismo momento está en tu lista negra. De manera que sugirió que podía enviarla con algún pretexto para que tú la conocieras, primero. ¿Ves, Jacob? Te estoy diciendo toda la verdad. Entonces yo dije: ¿y si la

enviara como criada?, y él respondió que era una idea estupenda. Algunas veces trabaja por horas... ¡ella necesita dinero! Así fue como sucedió.

—Humm —Landau meditó—. Escucha, madre, ¿crees que habría una probabilidad de que me encontrara con ese doctor Kovits? Digamos te recojo en su consultorio mañana. Tienes consulta los martes y jueves, ¿no es así?

—Sí, pero no voy a ir esta semana. El doctor Kovits está ausente en una convención en Atlantic City. Mi próxima consulta es el martes, de aquí una semana. Puedes ir a buscarme entonces. Estoy segura que los dos se entenderán.

—Muy bien. ¿No lo olvidarás?

—¿Olvidarme? Por supuesto que no lo olvidaré. Adiós, Jacob.

—Adiós. ¡Oh, madre...!

Pero ya había colgado. Estuvo a punto de preguntarle cómo le había ido en su visita a Sheila el día después del accidente. Hablando de olvidos, jamás se le ocurrió preguntarle si había estado a visitarla o no. Y ahora la pregunta era más importante que nunca, porque tarde o temprano tendría que volver para visitar a Sheila, personalmente.

En un día que ahora parecía transcurrido años atrás, había recogido las cosas de Ross... (la ropa rota y algunos pocos efectos de sus bolsillos) de lo de *Mr. Avery*, y se había dirigido a lo de Ross para entregarlo. Pero ni siquiera había pasado de la puerta. Sheila había salido a abrir y parecía un fantasma. Bolsas oscuras habían aparecido debajo de sus ojos y se habían marcado alrededor de la boca, en una zona que antes era tan tersa.

Comprendió que ya era hora de que volviera a ver cómo seguía. Pero ¿qué le diría? ¿Cuáles eran sus sentimientos hacia ella ahora que Ross estaba muerto y él estaba en proceso de divorciarse (y Sarah estaba en Puerto Rico)? No podía decirlo. Cuando Ross seguía los cursos de abogacía y Landau mismo estaba estudiando, los Ross y los Landau, ambos recién casados, se habían visto con frecuencia. Y siempre hubo debajo de una fachada de bromas inocentes algo entre Sheila y él. En la superficie tomó la forma de un constante recordar a Ross y a Kitty que, en verdad, Landau y Sheila eran mucho más adecuados uno para otro que para sus respectivos consortes. Bien, quizás fuera así.

¿Y qué pensaría Sheila de todo eso ahora?, se preguntaba. ¿Lo recordaba? Ahora que ya no había barreras...

No, mejor será acabar con ese tipo de cosas. El asunto de Sarah ciertamente estaba teniendo algunas extrañas desviaciones. Estaba volviendo a una antigua época de incurable romanticismo. En cualquier caso, no podía

soportar ninguna relación con Sheila... emocionalmente. Era tan frágil. Otra desilusión, y no podía predecirse qué haría esa muchacha.

El jueves, Landau decidió pasar todo el día en la universidad. Le habían entregado algunos artículos de un periódico de orientación y ahora esperaban sobre el escritorio su opinión. Este era una especie de trabajo voluntario obligatorio y era considerado por casi todos los demás como un honor. Consistía en leer los artículos, escritos por astrónomos de otras universidades, para ver si eran publicables, con novedades, y experimentalmente responsables. Landau, que no disfrutaba en forma especial con el trabajo y que se enorgullecía de su prosa expositiva, con frecuencia encontraba que había perdido más tiempo corrigiendo la sintaxis del autor que su astronomía.

A las doce y media se dirigió al restaurante «Chock Full o’Nuts» en la esquina de Broadway y la calle 116. La atracción principal del lugar para él, ese día, consistía en el servicio; cada plato de comida, lo había notado en las otras visitas, parecía ser extraído de las paredes o sacado de bajo del mostrador en el mismo momento en que se lo pedía. Y eso era espléndido; quería volver rápido, terminar, y regresar a su casa para echar una siesta. La energía nerviosa hacía pagar su tributo.

A las cuatro había terminado su jornada. Apagó la lámpara fluorescente que había en su escritorio y, cansado, volvió, por los jardines hasta el subterráneo. Rara vez iba a la facultad en su coche, a causa del problema del estacionamiento, y comenzaba a encontrar que el Peugeot era más una incomodidad que otra cosa.

Cuando emergió del subterráneo en la calle 181, el cielo comenzaba a nublarse. El contraste del brillante sol cuando entró en la 116 y las nubes de ahora, le provocaron una extraña sensación de miedo, como si estuvieran sucediendo cosas a sus espaldas. Por algún motivo recordó la sensación que había tenido en La Guardia después de volver de su viaje a Boston. Sentía ojos fijos en él. Sentía una constante impaciencia por mirar por encima de su hombro.

Cuando llegó a la puerta de su departamento, la sensación de nerviosidad se había solidificado. Ya no estaba cansado, sino ansioso y vacilante sobre sus pies. Había sacado la llave del bolsillo, cuando oyó un porrazo adentro, y la llave golpeó contra la puerta de metal, sin acertar en la cerradura.

¿Qué pasaba? ¿Habría vuelto Sarah inesperadamente? Si así fuera, aclararía ahora mismo el asunto con ella. ¿Por qué huyó de esa manera? ¿Mandarse mudar...! Y, ¿cuáles eran sus conexiones con esta organización? No, no estaba preparado para una respuesta a esa pregunta.

Miró sus manos y las vio húmedas de transpiración. Probó de nuevo la llave en la cerradura, pero no entraba de ninguna manera. ¡Oh... no...! Estaba al revés. Finalmente insertó la llave con su mano derecha mientras hacía girar la perilla con la izquierda, y abrió de pronto la puerta quedándose apartado. Como un brillante resplandor de luz, la imagen que Landau recibió desde la arcada del *hall* de entrada, se quedó grabada en él aun cuando ya no la miraba. Podía ver el diván del *living* del que habían sido sacados dos de los tres almohadones y no repuestos en su lugar; la mesita sobre la que acostumbraba dejar su trabajo, y en la que había dejado un prolijo montón de papeles y libros esa mañana, estaba en desorden; y en una parte del piso había hojas tiradas al azar y un libro yacía con el lomo roto, con la encuadernación rasgada sistemáticamente, abierta de arriba a abajo.

La cólera saltó dentro de él como el martillo sobre la campana, en uno de esos aparatos para medir la fuerza que hay en los parques de diversiones. Maldito sea, esta era la forma en que se iba a comportar...

Pero no tuvo tiempo de terminar el pensamiento. Unos pasos ahogados llegaban desde el dormitorio, aproximándose. Girando la cabeza, vio emerger una figura desde la habitación, contra la luz que se colaba por las tablillas de la persiana. Su forma se deslizaba a lo largo de las rayas de luz; no era Sarah sino un hombre.

La mano derecha del hombre salió, luego se introdujo dentro de su chaqueta.

Automáticamente, Landau se abalanzó hacia él, voló a las piernas, lo sujetó. La mano del hombre... sosteniendo un pequeño revólver, salió de su chaqueta justo cuando el profesor lo golpeó, pero antes de que pudiera disparar, el hombre perdió el equilibrio y cayó al piso bajo el peso del cuerpo de Landau. La muñeca del intruso golpeó el piso con fuerza, el revólver se escapó de su mano y quedó pocos pasos de los dos hombres enredados.

Con rapidez, Landau rodeó con sus dedos ambas muñecas del hombre inmovilizándole los brazos. El hombre no tenía nada de fuerza en los brazos, transpiraba, y Landau que había actuado en los equipos universitarios de lucha en sus días de estudiante, lo dominó con facilidad. A los pocos segundos había calzado una rodilla en el costado del hombre y lo había dado vuelta boca abajo, forzando su brazo derecho y doblándolo en V, detrás de la espalda. El hombre emitió un grito. Landau, asegurándose de controlarlo, se desvió hacia el revólver. Al fin, con un solo movimiento, aflojó la muñeca, tomó el revólver, y saltó lejos del cuerpo del hombre.

Todo el cuerpo del profesor estaba temblando convulsivamente mientras se sentaba sobre la cama, manteniendo los ojos fijos en el hombre que estaba en el suelo:

—¿Quién demonios es usted? —Gritó, todavía temblando.

El hombre balbuceó una respuesta. Estaba masajeando febrilmente su muñeca.

—¡Le he preguntado quién es usted! —volvió a gritar más alto Landau—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué es esto? —Apuntaba con el revólver directamente a la cabeza del hombre, pero su mano estaba temblando con tanta violencia que el tiro hubiera salido para cualquier parte.

El hombre que estaba en el piso trató de hablar pero no pudo; en cambio movía los brazos frente a él, como si tratara de disipar humo.

—¿Va a decirme qué está haciendo acá, o no? —preguntó Landau, blandiendo el arma, ahora con un poco más de control.

—¡Por favor! —murmuró el hombre— ¡*por favor*, aparte eso! —Frenéticamente indicaba el revólver—. ¡Por favor, no me apunte! —Sus ojos parecían crecer segundo a segundo.

Landau bajó el caño del revólver. El temblor estaba desapareciendo, por lo menos exteriormente, y aprovechó la oportunidad para estudiar al intruso. *Indescribable* era la palabra adecuada... y se ajustaba a él perfectamente. Podía haber sido un portero o un famoso profesor de física. Su cara no decía nada; era tan débil que prácticamente parecía no estar allí, en especial alrededor de la barbilla. Pero la boca...

El Silbador parecía muy aliviado al perder de vista el interior del caño del arma. Inspiró profundamente y pestañeó varias veces, posiblemente para asegurarse de que estaba viendo lo que sucedía.

—Bien, vamos a ver —dijo Landau—. ¿De qué se trata?

—Soy... soy un ladrón —dijo el Hombre de la Boca Chica con alguna dificultad—. Buscaba joyas. —Luego advirtiéndole que esto no convencía mucho a Landau, agregó—: Tengo una familia que mantener. Nadie quiere darme trabajo.

La rabia de Landau volvía a crecer:

—Supongo que pensó encontrar joyas allí, en el lomo de ese libro.

—No lo sabía.

Landau volvió a apuntar con el revólver:

—Escuche, voy a preguntarle una vez más. ¿Qué está haciendo en mi casa? ¿Qué es lo que busca? ¡Vamos, dígalos!

—*Por favor* —dijo el Silbador abriendo la boca ante el caño del revólver. Rápidamente se llevó una mano a la boca, y se oyeron débiles ruidos provenientes de su estómago. Pero no pasó nada. Se quitó la mano de la boca y dijo: —yo tengo... no soy más que un empleado. Nunca me dicen lo que está pasando.

—¿Un empleado de quién! —preguntó Landau—. ¡Dígamelo!

—No lo sé. Me pagan, eso es todo lo que sé. Escuche, no tenía trabajo, ¿comprende? No quieren darme trabajo porque una vez estuve preso. ¿Y por qué? Por nada. Porque una niña de doce años dijo... Mentiras, no le hice nada a esa chica. Todo fue mentira... vea...

—¿Quién le paga, maldito sea! —Landau sintió una gota de transpiración caer por su lado derecho—. ¿Quiénes, en nombre de Dios, son estas personas para quienes usted trabaja?

—Le estoy diciendo que no sé quiénes son —aulló el Hombre de la Boca Chica—. Escuche, deseo cooperar. Le diré todo lo que quiera saber. Estoy harto de todo este maldito asunto. ¡Pero, por favor, por favor, baje esa cosa!

Landau volvió a bajar el arma.

—Estoy esperando.

El Silbador se sentó en el piso e hizo un débil intento de mirar a Landau a los ojos. —Hace unas semanas me llamaron. No conozco al individuo, no conozco la voz, vea. Bien, este individuo pregunta si quiero ganar un poco de dinero. Ahora, le diré, no me agradan los individuos que no conozco y que me llaman para decirme cosas como esas. Puede resultar cualquier cosa. De manera que respondo: ¿Qué tipo de dinero es? Y él me contesta, plata verde, dólares, ¿conoce usted alguna otra clase? Muy vivo, sabe. Me dice que todo lo que tengo que hacer es seguir a una persona. De manera que respondo: no sé... entonces me dice: «De paso, quiero informarle que la semana pasada lo vi en Central Park saludando a la más deliciosa niña, con un vestido rojo, y ahora le pregunto si le gustaría que otras personas se enteraran».

—¿Y quién es este cordial amigo de usted?

—Ya se lo dije. No lo sé. De cualquier manera, jamás vi a una muchacha en el Central Park y le dije eso. De manera que comienza a hablar de armas y...

—¿Qué quiere decir con eso de que no lo conoce? —gritó Landau—. ¿No lo ha visto? ¿Cómo le pagan?

—El dinero, en un sobre, me lo tiran por debajo de la puerta. En billetes pequeños.

Landau floreó el arma.

—¡Se lo juro! No estoy jugando con usted —chilló frenéticamente el Hombre—. Jamás lo he visto. Hablo con él por teléfono. Es todo lo que sé de él. Es la verdad, se lo juro.

—Muy bien, es la verdad. Pero ¿qué es lo que se supone debe hacer para este individuo? ¿Qué buscaba en mi departamento?

—Tampoco sé eso. —El Silbador emitió una risita patética—. El Coronel —ese es el nombre que da— me dijo que buscara en su casa y le informara de cualquier cosa que tuviera un aspecto extraño. No sé qué es lo que quiere. Me dijo que buscara cualquier cosa que en general se tira, y que se lo informara. Pero no he encontrado nada —protestó—. Lo he estado siguiendo durante días y no he visto nada.

—Así que el hombre visto en el aeródromo... no era meramente paranoia.

—Y, ¿qué hay de la bomba?

El Hombre de la Boca Chica reprimió un estremecimiento:

—¿Qué bomba? —intentó decir.

—¡Usted sabe bien a qué maldita bomba me refiero! Vamos, ¿qué pasó con eso? ¿Ese Varga era amigo de ustedes?

—Nunca lo he visto, lo juro. Pero creo que estaba trabajando para el Co... quiero decir, para la misma gente. No sé una palabra de él. Todo lo que sé es que alguien en aquel avión se podía enterar de algo que no debía saber. Alguien descubrió alguna cosa y tenían que deshacerse de él. Es todo lo que sé. ¡Y es la verdad! —suplicó.

—¿Quién? ¿Quién de ellos era? ¿Qué pasajero sabía algo?

—Lo ignoro. —El Hombre se detuvo, luego bajó la voz a un susurro y continuó: —Ahora escuche. Voy a confesarle algo. Creo que tampoco ellos lo saben.

—¿Saben qué?

—Cuál de los pasajeros del avión estaba enterado. Mire: Varga descubrió que uno de los pasajeros sabía algo. No sé cómo lo descubrió, y no sé qué pasajero era. Lo que hizo, creo yo, fue llamar a esta gente aquí, en New York, para decirles lo que iba a hacer, o sea la bomba, porque alguien había descubierto algo. ¡Solo que no dijo de cuál pasajero se trataba! ¿Comprende? Y luego se marchó y lo mataron antes de que pudiera decirlo. Así que ahora están preocupados por cualquiera que estuviera en ese avión y que pudiera haberse conectado con alguien antes que la bomba estallara. Están verificando.

Landau se enfureció una vez más:

—Quizás Robert Kaplan lo había hecho. ¿Es por eso que lo mató?

Landau había tomado intencionalmente esa forma de expresión, pero el Whistler lo interpretó como una imputación.

—¡Yo no lo maté! ¡Yo no lo maté! Mire, le he dicho todo lo que sé. Por qué no baja esa arma y deja que me marche... Tomaré el primer avión, se lo juro. —Se tocó el estómago con la punta de los dedos como si estuviera probando fruta ácida.

—Entonces, ¿quién mató a Kaplan?

—No lo sé. ¿No entiende? Jamás me dicen nada. Así es como trabajan. Toman gente para que les hagan trabajos y no les dicen nada. Nadie sabe siquiera quiénes son los otros que están trabajando en lo mismo.

—¿No tiene idea de lo que hace esta organización?

El Hombre de la Boca Chica se puso frenético:

—¡Por amor de Dios, no! Le dije que no lo sé. ¡No lo sé! Escuche: si supiera, se lo diría. ¡Sinceramente! Es que no lo sé.

Landau lo consideró de nuevo.

El Hombre observaba con su boca entreabierta expectante, respirando ruidosamente:

—¡*Por favor!* —imploró después de un momento—. Puede quedarse con el dinero. No lo quiero. Le diré dónde...

—No quiero el dinero —declaró Landau con firmeza. Pasaron algunos segundos más en silencio, solo quebrados por la respiración del Hombre, antes de que Landau volviera a hablar—. Levántese —le dijo.

—¿Qué?

—Le dije que se levantara. Vamos a ir a la sala.

—¿Para qué? —El tono del Silbador implicaba menos que una completa ignorancia de la respuesta. Su cara perdía color.

—Voy a llamar a la policía.

—Espere un poco... —empezó a decir el Hombre con suavidad, luego se interrumpió y tragó—. Espere un minuto. Ya le he dicho todo lo que sé. Le di información. No puede llamar a la policía... No *puede*.

—Ah, no... —La furia de Landau volvió con toda su fuerza—. ¿Qué diablos se piensa usted? ¿Cree que voy a dejarlo pasar por esa puerta así como así? ¿Eso es lo que piensa? ¡Para que pueda seguir matando gente! ¡Maldito sea! ¡Camine para allá, demonios! —y apuntó el arma amenazadoramente.

El Silbador encogió los hombros y volvió la cabeza de manera que la oreja izquierda quedaba frente a Landau:

—Muy bien, muy bien. Y se levantó.

Cuando los dos estuvieron de pie Landau le indicó la puerta con un movimiento y ordenó:

—¡Adelante! Usted primero.

El Silbador caminó con cautela, como si estuviera andando sobre vidrios rotos, pasó la puerta y llegó al *living*. En el centro de la habitación se detuvo con los brazos colgando.

—Allí, contra la pared —dirigió Landau, todavía gritando.

El Hombre obedeció, tocándose el estómago mientras caminaba:

—Por favor...

Pero Landau no le prestaba atención. Como un hombre vadeando un torrente sobre una hilera de rocas resbaladizas, caminó por encima del estante de la lámpara donde estaba el teléfono, a tiempo que lanzaba ojeadas rápidas de un lado a otro entre el teléfono y el Hombre de la Boca Chica. Agachándose sobre la mesa, trató de insertar su índice izquierdo en el «O», pero no lo encontraba. Su mano temblaba incontroladamente.

En el segundo intento pudo encontrarlo y consiguió hacer girar el disco.

—Sí, operadora —dijo después de una corta espera. Quiero llamar a la policía... Sí, es una emergencia... Gracias. —Pasó el dorso de la mano que sostenía el revólver por la frente.

Después de una larga espera dijo:

—Sí, querría hablar con el Sargento Detective Starkie, por favor... Bien, ¿para cuándo lo esperan? Es muy importante...

De pronto Landau tuvo la extraña sensación de que sus piernas habían desaparecido. Nada lo sostenía. Sintió que su cuerpo se hundía, y con la mano que había sostenido el receptor pero que había perdido su presa, tomó el estante de la lámpara. La mesa se volcó, se deslizaron al piso un cenicero y una pequeña bailarina de porcelana. De pronto se encontró sentado en el suelo. Alzó entonces la vista rápidamente hacia el lugar donde había dejado a su cautivo y solo vio la pared vacía. Luego volvió los ojos al arco de la entrada, justo para ver que el Silbador lo cruzaba como una flecha. Landau luchó por ponerse de pie.

—¡Alto! —gritó—. ¡Deténgase! ¡Alto!

Hubo mucho ruido en el vestíbulo. El Hombre pasó como una tromba por la puerta, que se volvió con un portazo. Finalmente Landau pudo incorporarse y corrió a la puerta. Pasando como una exhalación por la arcada oyó el repiqueteo de zapatos en el piso de baldosas del *hall* exterior. El Silbador ya estaba en el primer tramo de la escalinata cuando Landau llegó al *hall*, y sus zapatos dejaban tras de sí un tableteo mecánico y veloz.

—¡Alto ahí! —exclamó Landau—. ¡Espere un momento! —Llegaba a la parte superior de la escalera cuando el Silbador ya estaba al pie. El profesor entró en pánico. De pronto cobró conciencia otra vez del revólver, que había conseguido mantener a través de toda esta ordalía, y sin ninguna determinación lo levantó y trató de disparar el Hombre que corría hacia abajo.

Afortunadamente, como comprendió más tarde, el seguro estaba puesto y el arma no se disparó.

Gritó como un loco y comenzó a bajar la escalera, más ligero de lo que hubiera creído posible hasta ese momento. El Hombre ya estaba en mitad de la escalera hacia la planta baja, y no mostraba señales de detenerse. Landau patinó al dar vuelta en el descanso del tramo superior de la escalera y se lanzó como un bólico al siguiente. Todavía empuñaba el arma. Cuando visualizó allá abajo el vestíbulo, sintió el clank de la puerta interior de vidrio que el edificio tenía a la entrada y apenas alcanzó a ver un par de piernas desapareciendo detrás de ella. El profesor hizo un supremo esfuerzo, bajó los últimos escalones de a tres y llegó a la puerta de vidrios en el momento de su retorno lento, regulado por el aire; pero cuando se disponía a atravesarla la amortiguación se terminó y la pesada puerta inició sin trabas la parte final de su trayectoria, parte que debía alcanzar bastante impulso para que encajara la lengüeta de la cerradura en la ranura del marco. El filo de la puerta golpeó la muñeca derecha de Landau, haciendo que perdiera el arma. No había tiempo para recogerla ahora. Tomando el filo de la puerta con la mano izquierda antes de que se cerrara del todo, la empujó hasta abrir lo suficiente para que pasara su cuerpo. Cuando llegó a la calle, el Hombre iba a toda velocidad bajando la empinada pendiente que termina en una amplia sección aislada de la Calle 181, llamada Plaza Lafayette.

En el fondo de la Plaza hay un muro de contención, al otro lado del cual hay una profunda caída a la ruta de West Side. Quizás advirtiendo el muro a lo lejos, allá adelante, el Hombre disminuyó su carrera y miró por encima del hombro para apreciar a qué distancia se encontraba su perseguidor. En realidad. Landau comenzaba ya a correr pendiente abajo. El muro de contención no es un callejón sin salida (el resto de Riverside Drive, en este punto, continua del otro lado) pero esto no era fácil de advertir desde la posición del Silbador, así que comenzó a desviarse fuera de la vereda, probablemente con la intención de dirigirse hacia Haven Avenue, una calle

lateral que se cruza con la 181 del lado opuesto al que se encontraban ahora los dos hombres.

En ese mismo instante, un Chevrolet azul convertible patinó al volver la esquina de Haven y 181 a una velocidad que excedía en mucho el límite legal. El Hombre vio demasiado tarde cuando el coche pasó la señal de «Stop» en la esquina y continuó con un chirrido de las cubiertas, al dar vuelta, dirigiéndose directamente a él. Recién miró cuando el convertible estaba a cinco pies de su estómago. Se oyó un grito agudo. La parte de adelante del coche lo golpeó en el muslo, inmovilizando sus piernas, y luego le dio un golpe en la cabeza con el adorno del radiador, una sólida y larga pieza cromada.

El coche chilló y se detuvo, todavía saltando. El Hombre quedó doblado sobre el *capot* como el cabo de una defensa de proa de un remolcador. Las puertas del coche se abrieron y dos muchachos de dieciocho o diecinueve años bajaron con cautela, los rostros fijos con miradas de increíble horror... Uno de ellos lanzó un grito cuando vio la figura sobre el *capot*, que ahora se deslizaba lentamente al pavimento, y la sangre manaba en todas direcciones de la cabeza.

Hasta desde la Avenida Fort Washington los peatones apuraban sus pasos para acercarse al lugar del accidente. Muchos corrían. «Llame a la policía», gritaba uno de ellos, y otros clamaban a Dios para que detuviera todas estas muertes insensatas.

Pero Landau no oyó nada de eso. Se detuvo un segundo antes de la inevitable colisión. No podía hacer nada y ya su mente estaba en otras cosas. ¡El revólver!, pensó, y asegurándose de que a nadie le interesaban sus movimientos, volvió al vestíbulo del edificio donde vivía.

El revólver había golpeado contra una pared del frente del vestíbulo y algunos de sus vecinos, que se habían apresurado para ver qué era ese ruido y esa confusión afuera, aparentemente no lo habían visto. Ahora mismo, el vestíbulo estaba vacío. Landau se inclinó, y recogió la pistola y la metió dentro de su chaqueta, precisamente en el momento en que una mujer pasaba a su lado exclamando:

—Mi Dios, ¿qué es esto? Lo oí desde arriba. ¿Otra muerte?

¡Cristo, sí! se gritó a sí mismo en camino hacia arriba, otra *muerte*. ¿Es que nunca terminaría? No. No... tenía que tranquilizarse.

Una vez a salvo en el interior de su propio departamento, fue directamente al dormitorio y metió la pistola en un cajón de su cómoda, debajo de una pila de ropa interior. Ahí. Por un tiempo estaría bien ahí. En realidad, si nadie en

la calle lo había visto entrar de nuevo, de ninguna manera podría verse relacionado con el accidente.

Así que ahora su conciencia le reprochaba que añadiera a la lista el «abandono de la escena de un crimen». Pero ¿para qué iba a quedarse? ¿Qué podía decirles? ¿Que el hombre tendido en la calle había venido a registrar su departamento y había perdido una lucha cuerpo a cuerpo con un profesor de astronomía? Ridículo. ¿Quién creería una cosa así? Quizás luego fuera a la policía, pero no ahora.

Por ahora sus relaciones con ellos eran demasiado precarias. Era posible que Starkie en realidad sospechara que él había asesinado a Kaplan. No se había mostrado demasiado convencido con las declaraciones de Landau de que seguramente sus huellas digitales se encontrarían en todas partes en lo de Kaplan. Y a Landau, el Sargento le había impresionado como un hombre que, cuando se convencía de algo, era inmóvil.

Se dirigió a la sala de estar y luego a la ventana, para mirar la calle 181. Dos coches policíacos se habían detenido con sus ululantes sirenas y sus luces rojas girando. Uno de ellos se había estacionado de través, para bloquear la calle a cualquier coche que viniera del este. El otro se detuvo al lado del convertible, que tenía el mismo aspecto de cinco minutos antes. Una ambulancia bajaba por la pendiente y se detuvo antes de encontrarse con el patrullero atravesado en la calle.

Ahora la muchedumbre de curiosos era grande y estaba reunida en un anillo apretado alrededor del coche, de manera que la policía y los hombres de la ambulancia tuvieron que luchar para abrirse paso. Mientras dos agentes ayudaban a cargar el cuerpo en una camilla, algunos jóvenes portorriqueños de la vecindad daban saltos, tratando desesperadamente de echar un vistazo a lo que estaba pasando.

La mañana después del accidente, a Landau se le hacía imposible llegar a ordenar las cosas. Demasiados problemas quemaban su mente. Le sorprendía que el más importante, parecía ser si Sarah Marcus tenía algún papel en todo esto. Además, estaba asediado con el pensamiento de Sheila. No podía seguir posponiendo la visita que debía hacerla. Hasta Kitty todavía le causaba encono. Y estos malditos *accidentes*...

Se dirigió a la esquina para comprar un diario, deseando ver lo que la prensa diría de lo ocurrido en la calle 181. Para su mayor asombro, estaba en primera plana. Excepto en el *Times*, naturalmente. Compró el *Pennon*.

Los detectives de policía del distrito 77 (leyó, de vuelta en su departamento) han identificado sin lugar a dudas las huellas digitales de la víctima (del accidente) como idénticas a las encontradas en lo de Robert Kaplan, el estudiante de la Universidad de Columbia que fue encontrado muerto en su casa el miércoles último.

La víctima ha sido identificada de primera intención como Ray-Mond Sims, de Barrow 17, en Manhattan. La ocupación de Sims es desconocida. Tuvo un arresto anterior por molestar a una niña. La policía está ahora investigando la conexión entre Sims y Kaplan, pero hasta ahora no ha descubierto nada.

Nada de esto (excepto el nombre) era novedad para Landau. Sabía que el Hombre de la Boca Chica había asesinado a Kaplan en cuanto surgió la pregunta, el día anterior. La reacción del Hombre no podría haber proclamado su culpa con más claridad si hubiera echado el pelo hacia atrás y revelado la marca de Caín.

¡El miserable!

De manera que *había* una organización, presumiblemente con alguien llamado el Coronel, como cerebro. De manera que *habían* matado a alguien

en el avión porque esa persona se había enterado de una información sobre las actividades del grupo, que no debía trascender. Y también sospecharon que Kaplan sabía algo, sobre todo cuando lo vieron abrir la caja de seguridad en la Gran Central. Bien, sea cual fuere la línea de actividades en que este equipo estuviera involucrado, tenía que ser bastante dañinas, pensó Landau, si estaban dispuestos a llegar a tales extremos.

Sin embargo, y aun tomando en cuenta la entrevista con el Silbador, Landau no estaba más cerca de saber cuál de las cinco personas del avión que no sobrevivieron, era el destinatario de la bomba. Aunque estaba seguro, por razones no muy lógicas, de que era una de esas cinco. El hombre que había estado en la lista de los graves se había recuperado lo bastante como para explicarle a los periodistas y a la policía que jamás había oído hablar de Dennis Varga, y no veía razón alguna para que un hombre aparentemente tan agradable, hubiera perdido la chaveta de ese modo (¡perdí la chaveta, fue lo que dijo!). Ninguno de los otros pasajeros vivos pudo recordar nada que los conectara con Varga.

Pero al menos, ahora sabía que el muchacho no había sido simplemente un lunático. Y había un poco más de consuelo en saber que la organización a que respondía Varga ignoraba tanto de su víctima como el mismo Landau...

Landau solo deseaba que dicha organización estuviera, en este momento, convencida de su ignorancia. En caso contrario...

El temor se solidificó a la mañana siguiente.

Acababa de dejar el edificio donde vivía y comenzado a caminar hacia el Este por la pendiente de la 181 hacia Broadway, donde tenía intenciones de tomar el subterráneo de Broadway-7.^a Avenida, cuando en mitad de su propia cuadra, entre Pinehurst y Fort Washington, decidió cruzar la 181. Al bajar la vereda echó una ojeada a su derecha, por encima del hombro, a un Tornado verde esmeralda que venía volando hacia él, pendiente arriba desde Broadway. Sin pensarlo mucho, creyó que tenía tiempo de cruzar la calle por delante del coche, pero cuando comenzó a correr sobre el asfalto, percibió que el coche se movía hacia el otro lado del camino... exactamente lo contrario de lo que debía hacer si tratara de evitarlo. También ganaba terreno a un ritmo asombroso.

Landau sintió un puño entre sus pulmones y el estómago. En un relámpago afortunado de previsión advirtió que debía hacer precisamente lo contrario de lo que le exigían sus impulsos. Así como en el juego de «baseball» el *pitcher* arroja la pelota hacia atrás de un «bateador» cuando quiere golpearlo en la cabeza, porque sabe que este instintivamente

retrocederá un paso para eludir la pelota, el coche volvió a torcer virando a la derecha del camino, esperando que Landau retrocediera.

Pero este en lugar de detenerse y volver al punto inicial, con mucha energía corrió hacia el otro lado. El coche que, como un toro embistiendo, no tuvo oportunidad de alterar su curso, siguió adelante, bajando por el otro lado de la pendiente. Con algunos chirridos de las cubiertas en el asfalto entró a Cabrini Boulevard.

Landau se detuvo un minuto en la vereda, tratando de convencerse de lo que acababa de ocurrir. Aun cuando había tomado buena cuenta de las posibilidades esa noche con Sarah, todas sus lucubraciones se habían vuelto académicas. Le llevó algún tiempo descartar cualquier idea de accidente y admitir que el conductor de ese coche realmente había intentado atropellarlo. Y lo que era más, el conductor le resultaba curiosamente familiar. Landau pensó que lo conocía. Pero ¿de dónde?

Comprender estas cosas provocaron ciertas consecuencias en distintos lugares de su cuerpo. Advirtió que tardaba más de lo común en recuperar el aliento; se dio cuenta de que traspiraba a mares, y sin embargo sentía escalofríos; y de que las piernas le temblaban un poco. Al cabo logró reunir fuerzas para dirigirse una vez más al subterráneo, todavía caminando vacilante y sin poder evitar miradas rápidas por sobre el hombro, constantemente. En el subterráneo constató que no podía leer el diario, pero tenía que simular hacerlo para que los otros pasajeros no advirtieran su agitación.

Cuando llegó a la calle 116 algo de su ansiedad se había disipado pero la que quedaba, curiosamente, contribuyó a que tomara cierta determinación. Una determinación para contemplar con claridad el asunto. Recordó la muerte de Kaplan. Verdad que el asesino estaba muerto, pero ¿qué pasaba con el resto del equipo, que evidentemente estaba tras de él?

Decidió que la protección policial no le serviría de nada. Si un hombre resuelve matar a otro lo hará con o sin protección policial. La única manera de detenerlo es atraparlo antes de que realice el intento. En este caso, el *próximo* intento, recordó sobriamente Landau.

El lunes a la noche llamó a Sarah, pero nuevamente se encontró con la voz grave que lo atendiera la última vez que llamó. La propia voz de Landau estaba llena de aprensión cuando preguntó por ella.

—Lo lamento. Todavía no ha vuelto —dijo la muchacha.

—Bien, ¿tiene... alguna idea de cuándo volverá?

—No estoy segura. Recibí una tarjeta hace unos días diciendo que se quedaría más tiempo de lo que había pensado. No precisa cuando estará de vuelta.

—¿La tarjeta viene de Puerto Rico?

Esta pregunta evidentemente desconcertó a la muchacha. Tardó varios segundos en responder:

—Por supuesto, es de Puerto Rico. ¿Es *Mr.* Landler otra vez? —casi podía oírle decirse para sí, «ese loco».

—Landau, —le corrigió—. Sí, es que pensaba que quizás hubiera hecho una excursión a alguna otra isla —mintió.

—¡Ah, perdóneme! No sabía lo que quería decir. Que yo sepa, no. Todavía está en Puerto Rico. ¿Pensaba ponerse en contacto con ella?

—No —respondió débilmente—. No, está bien, gracias.

El día siguiente era el martes que había prometido buscar a su madre en lo del analista. Su consultorio estaba ubicado al Noventa y tantos, bien al este de la Quinta Avenida y Landau condujo traspirando a través de la ciudad. Apenas podía concentrarse en el camino; cada vez que aparecía un coche por el retrovisor se le endurecían los músculos del pecho.

Dejó el Peugeot en una playa sobre Madison, caminó media cuadra hasta el edificio y tomó el ascensor automático, casi silencioso. En la sala de espera había una mujer como de treinta y cinco años, con «claritos» rubios y un traje sastre bien cortado. Hizo una sutil sugerencia de sonrisa cuando él entró, y de algún modo, hasta esa expresión le produjo inquietud. Se hundió en una silla Mies van der Rohe, lo más alejado de ella que permitía el tamaño de la habitación y mantuvo sus ojos bajos.

A las tres y cinco segundos el médico asomó la cabeza por la entrada de un pasillo que había al lado de la habitación y apareció Ida Landau.

—Oh, Jacob —dijo al verlo—. Lo olvidé por completo. —Se volvió al médico, que ya estaba haciendo señales a la dama de los «claritos» como para decirle que la atendería en un minuto—. Mi hijo está aquí, doctor.

El doctor Kovits, al oír esto, penetró en la sala de espera y cordialmente estrechó la mano a Landau, que se había levantado. Kovits era bajo, pero por alguna razón su falta de estatura era algo que la mente tendía a suprimir. Pestañeaba mucho, también, cosa que le daba a la cara un aire de desvelo.

Cada vez que sus párpados se abrían revelaban ojos más brillantes y chispeantes que el momento anterior.

—Me alegra mucho conocerlo —dijo el doctor Kovits—. Su madre lo menciona con frecuencia. Muy natural, por supuesto. —Esto último lo dijo con un matiz más bajo que el resto, tanto en tono como en volumen.

—Usted es tío de Sarah Marcus —fue todo lo que se le ocurrió decir a Landau.

—Oh, sí. Usted la conoce, según me informaron.

—Está haciendo los quehaceres livianos de la casa (por hora) para Jacob —dijo su madre con suavidad— pero han salido... hum... juntos, algunas veces. —Miró a su hijo buscando aprobación.

—No la recibió. ¿Usted la conoce mucho? —le preguntó al médico.

—Desde hace mucho tiempo, sí. Es una muchacha muy buena. No diré que no tiene sus problemas —dijo hablando profesionalmente—. Pero los superará. La está atendiendo un hombre muy capaz, un colega mío.

Landau disparó a boca de jarro:

—¿Por qué se ocupa en tareas domésticas cuando es profesora de inglés?

El médico estaba realmente despistado o era muy talentoso como actor:

—Eso es difícil de explicar. Se lo he preguntado a ella y me ha dicho que está agotada del trabajo mental exhaustivo y desea descansar un tiempo. Pero necesita trabajar para ganar dinero.

—¿Trabaja bien, Jacob? —interrumpió su madre—. Tu casa junta más tierra que una pocilga.

—Muy bien, madre —respondió él rápidamente. ¿Tiene algún otro empleo, doctor Kovits?

—Por el momento, no. Pero espero que lo tendrá.

Landau observó que el médico era una esfinge. Su manera era tan acabadamente profesional que la única esperanza era sorprenderlo con la guardia baja. Y siempre estaba alerta.

—Se acaba de ir a Puerto Rico, según creo —dijo como al pasar Landau.

—¿Ah... sí...? Supe que se había marchado a alguna parte, pero no estaba seguro a dónde. ¿Dijo Puerto Rico? No es la estación, ¿verdad? —Algunas arrugas aparecieron en el puente de su nariz.

—Eso me pareció oír. Usted no sabe si ha tenido alguna otra razón para ir a Puerto Rico, supongo. O, para el caso, a ninguna otra parte.

Landau hizo la pregunta un poco demasiado incisiva y el médico estaba confundido:

—¿Qué es lo que quiere decir?

—No le haga caso, doctor —dijo Mrs. Landau—. Es naturalmente desconfiado. A veces desconfía de su propia madre. Trato de arreglarlo con una buena muchacha y vea lo que ocurre... —se volvió para dirigirse al escéptico—. Vamos, Jacob. Si vas a llevarme en tu coche, será mejor que nos vayamos. Tengo una carne asada en la heladera y el doctor Kovits tiene pacientes que lo esperan.

—Ha sido un placer conocerlo —dijo Kovits, inseguro, mientras Landau y su madre se dirigían a la puerta.

—Bien, Jacob —dijo su madre con severidad una vez que estuvieron en Park Avenue, con el techo del Peugeot abierto—. Espero que sea lo que fuere que desearas descubrir con respecto al doctor Kovits, estés satisfecho. Aun cuando realmente no sé cómo puedes desconfiar de él en ningún sentido. Es un analista.

—No veo que el hecho de que sea analista tenga nada que ver. No estaba interesado en él personalmente.

—¿En qué estabas interesado?

—Es muy complicado para explicártelo.

Ida Landau se dedicó a fumar durante un tiempo, pero Landau, que miraba fijamente por el parabrisas, no reparó en ello.

—Ya lo sé —dijo por fin la madre —ensayando ahora parecer enfadada—. Tú crees que no puedo comprender *nada*. Para ti soy una anciana, que casi ha perdido sus facultades. Crees que ya estoy lista para un asilo... —Al llegar allí, sin embargo, no pudo reprimir una sonrisa. Esta guerra fría había durado demasiado—. Y si no... la tumba —agregó teatralmente.

—¡Oh, vamos, madre! —Una breve pausa—. Bien, escucha. Estoy tratando de averiguar algo sobre el accidente del avión:

—¿Qué accidente del avión? ¿Te refieres a aquel donde estuviste?

—Sí. Estoy tratando de descubrir quién fue el causante.

—Pero atraparon al joven —respondió sorprendida. No tanto, le pareció a Landau, por la insistencia en un asunto determinado, como porque se mezclara en algo tan indigno.

—Me refiero a cuál de las personas que estaban en ese avión era la destinataria. ¿Comprendes? No saben quién era la persona que perseguía el muchacho. Piensan que una de ellas era el blanco.

—¿Y tú vas a descubrirlo?

—Bueno, lo he intentado —explicó.

—Oh, ¡lo siento, Jacob! Continúa. ¿Qué has descubierto?

—No mucho. Averigüé la historia del muchacho, y no creo que fuera simplemente un chiflado. —Le pareció innecesario y poco aconsejable mencionar nada del asunto Robert Kaplan-Silbador.

—Bien, eso es muy interesante, Jacob —dijo con vehemencia. Era el tono que adoptaba en las reuniones sociales como una especie de picana para mantener animado al que tenía la palabra... ¿Qué clase de antecedentes tenía?

Landau tuvo la sensación de pisar en seguro. De ninguna manera podía ser poco discreto decirle lo que había desenterrado sobre el pasado de Varga, y sería una forma fácil de abreviar el sólido bloque de tiempo que tendría que pasar en el trayecto.

—Bien, estuvo en Harvard, pero parece que por alguna razón lo echaron. Más o menos en la misma época perdió su empleo. Estaba trabajando en una farmacia mientras era estudiante, con lo que pagaba sus gastos. Luego se fue a África del Norte. Alguien del *Cuerpo de Paz* con quien hablé, lo conoció allá.

—Qué interesante —sonrió la madre con dulzura. La sonrisa era probablemente por el *Cuerpo de Paz*, que era creación del Presidente Kennedy. Todo lo que ese hombre había hecho era perfecto para ella.

—Sí, esta persona con quien hablé lo conoció en Tunisia. Pero casi todas las semanas partía para Estambul, me refiero al muchacho que puso la bomba en el avión, no la persona con quien hablé. Algunas veces iba a Beirut. Nadie sabe para qué iba.

—Oh, eso me recuerda, Jacob... Conocí al hombre más interesante que tengas idea, en mi clase de yoga.

—Ya lo sé. El hombre que viajó de Singapur-a-Bangkok durante veinte años.

—No, este es otro. Trabaja para el escuadrón de narcóticos de la policía. O trabajaba. Ahora se ha retirado. Me contó interesantes experiencias de allí. Tú sabes, tienen destacados detectives simulando ser adictos y... —Ella continuó dándole los detalles de una confiscación reciente de heroína cuyo valor era de doscientos mil dólares. Landau desvió su atención hacia el conductor del coche que iba junto a él, de unos dieciocho o veinte años (el tránsito casi estaba detenido), un Mercury blanco con rayos cromados en las ruedas y el nombre Diane junto con otros adornos de arabescos grabados en un costado, con pintura dorada. El conductor mismo estaba en camiseta, y el pelo caía sobre su espalda, desde la frente, en ondas tan grasientas que un martillo de herrero parecía el arma más liviana que pudiera desordenarlo.

En realidad su madre no había estado interesada en sus investigaciones... suponía. Ahora estaba diciendo algo del Medio Oriente.

—... y va directamente a través de Beirut y Estambul. Esos son dos de los puntos de expedición más importantes.

—¿Qué estás diciendo, madre? —preguntó con indiferencia.

—Dije que los narcóticos desde Tailandia y Birmania —es allí donde se cultivan las amapolas— vienen por Beirut y Estambul. Esos son los dos más importantes...

Landau de pronto quitó las dos manos de la dirección y se golpeó las sienes.

—¡Mi Dios, eso es! —exclamó.

—Jacob, ten cuidado con la dirección. ¿Qué es qué?

—¡Narcóticos! Eso es de lo que se ocupa esta organización... venden narcóticos. ¿Por qué no pensé en eso?

—No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

—La razón de la bomba. Esa organización que importa drogas. El muchacho que puso la bomba en el avión trabajaba para ellos y alguien del pasaje debe haberlo descubierto de alguna forma. Entonces tuvo que eliminarlo.

—¡Oh, Jacob, eso es ridículo! —¿Hacer estallar un avión entero solo por una persona?

—No es ridículo. Un miserable avión no significa nada para esta gente. Escucha, tienen una caja de seguridad en la estación Gran Central que debe ser una especie de depósito. Uno de sus agentes deja la droga allí y algún otro la recoge. Muy eficiente. ¡Por supuesto, por supuesto!

Su excitación iba en aumento. —Este muchacho Varga que puso la bomba hacía viajes semanales a New York y alquilaba una caja de seguridad allí. Pero cuando esta persona con quien hablé abrió la caja, estaba vacía, porque la droga ya había sido recogida, ya sea por Varga o por algún otro.

—Parece lógico, Jacob. —Ella miraba con serenidad a través del parabrisas.

—Todo coincide. ¿Comprendes? Varga trabajaba en una farmacia de Cambridge. Allí debe haberse convertido en un drogadicto o en alguna forma se enredó con los traficantes. En cualquiera de los dos casos, este equipo le dio un empleo. Cuando hacía esos viajes a Estambul y Beirut recogía la mercadería de ellos. Quizás hasta vendiera alguna droga a voluntarios del *Cuerpo de Paz*. Ahora que pienso en ello, apostarí a que él mismo *era* un drogadicto. Esas fotografías lo muestran con una mirada vidriosa.

—Cualquiera puede tener una mirada vidriosa. Tú mismo la tienes a veces. Además, el hombre de mi clase de yoga dice que los traficantes jamás

son drogadictos.

—Este muchacho puede haber sido la excepción.

La respuesta de Ida Landau a esta contestación fue:

—Ten cuidado con ese coche verde, allí. Parece un loco.

—Madre, ¿por qué siempre piensas...? ¿Qué coche verde? —Era el mismo, el mismo Tornado verde, y estaba acelerando, aproximándose a la parte posterior del coche de Landau pero en el carril de la izquierda. Sin pensar... ni mirar... viró al carril de la derecha y se metió en una rampa de salida que había surgido providencialmente, no se sabe de dónde. El Tornado no podía cambiar carriles sin provocar una interrupción de siete coches, y no tuvo más remedio que continuar por la ruta. Lo último que vio Landau fue al coche zigzagueando de un lado al otro de su carril, en gran confusión.

—¿Qué fue eso? —preguntó Ida Landau, pero no obtuvo respuesta.

Una vez a salvo en Primera Avenida para no pensar en cosas desagradables analizó otros detalles. Varga había venido a New York todas las semanas, ya sea para recoger droga o para dejarla. A fin de saber qué era lo que hacía, tendría que descubrir cómo entraban las drogas al país. De cualquier manera, dos personas... el hombre que la recogía y el que la entregaba... tenían acceso a la caja de seguridad, y eso significaba que había dos llaves. ¿Cómo pudieron lograrlo?

Muy simplemente. Cualquiera podía hacer un duplicado, aun cuando ningún herrero consciente y de buena reputación, la reproduciría sabiendo de dónde procedía la llave. Pero una vez que se deposita los 25 céntimos en la ranura, la llave es propia y uno puede hacer lo que quiere con ella.

De manera que cada vez que se abría la caja... ya fuera con la llave original o con el duplicado, no importaba... el usuario solo tenía que poner otros 25 céntimos para volver a obtener la llave, lo que por supuesto haría, prescindiendo de si había o no algo en la caja. El juego podría continuar indefinidamente con solo 50 céntimos de gasto en cada cambio, un servicio muy barato para el transporte de muchos miles de dólares de heroína pura.

Se le ocurrieron otras respuestas. El día en que Kaplan encontró la caja en Gran Central, seguramente lo siguieron y la organización debe haber temido que estuviera olfateando demasiado cerca del lugar. Tenía que ser eliminado antes que comunicara a alguien lo que había descubierto... aun cuando en realidad, recordó con amargura Landau, la información de Kaplan de que la caja estaba vacía, no tenía ningún sentido en aquel momento.

Una cosa todavía quedaba sin respuesta: ¿Quién, en el avión, estaba informado de la operación? Todavía no había nada que señalara

sustancialmente a Viola Harwich. En realidad, Landau tendía a descartarla. Si hubiera sido ella, es probable que hubieran muerto a Kaplan antes, y no enseguida de ir a la estación a probar la llave. En cualquier caso, fuera o no ella la víctima indicada, ciertamente no había transmitido la información a su sobrino antes de que la mataran. Es decir, si la investigación de Kaplan en todos los aeródromos y terminales de ómnibus había sido hecha de buena fe.

De prisa dejó a su madre frente a su casa, un edificio en Avda. Walton, ignorando sus admoniciones «de no dejarse mezclar en nada». Luego, siguiendo por los Autopista Major Deegan-norte (una salida) y la Cross Bronx oeste (última salida antes del puente), llegó de vuelta a la calle 181.

Ya dentro de su casa, puso a calentar agua para tomar café y se sentó sobre una dura silla de cocina, para pensar. ¿Cuál de los pasajeros había sabido de este tráfico? Había conocido a algunos de ellos en el avión, y trató de pensar en lo que había sabido de cada uno. Primero estaba Viola Harwich. De la que no sabía nada excepto que tenía un sobrino (había tenido un sobrino), a quien costeaba el colegio y que era el beneficiario de una póliza de seguro cuantiosa.

Landau vertió el agua hirviente en su taza, hipnotizado por el torneado en miniatura de los cristales del café instantáneo que subían al encuentro del líquido. Se dirigió hasta el armario en que los descascaramientos en la pintura, como las excavaciones de Ilium, revelaban capas de pasadas civilizaciones. Ah, sí, ¡venía a buscar azúcar! Azúcar.

En el fondo de su mente el hocico de una idea asomó, vio su sombra y retrocedió.

Un momento. Quizás pudiera obligarla a salir otra vez.

Había conocido a alguien más en el avión. El hombre que trabajaba en alguna publicación clandestina. Publicaba revistas. Ominoso, pensó Landau en aquel momento. World algo así, Century, sí. Ahora, ¿cómo era el nombre? Schermerhorn. No, era el mismo de uno de los edificios de Columbia pero no era ese. Havemeyer. Eso era, Havemeyer.

Ahora a pensar. ¿Qué tenía que ver el azúcar con...? ¡Ya estaba! Havemeyer había dejado caer un terrón de azúcar de su bolsillo cuando el avión entró en un pozo de aire. ¡Un terrón de azúcar! El clásico método de transportar drogas. Debió de haberlo recogido en alguna parte y comprendido que Varga lo había dejado caer.

Landau casi no podía contenerse. Pero ¿qué haría ahora? Descubrir algo de este individuo Havemeyer. Se dirigió a la sala y tomó la guía del teléfono. Rasgando dos páginas en el proceso, finalmente encontró World-Century,

exactamente donde debía estar (debajo de World Caterers). La firma estaba en el 1432 de Broadway, alrededor de la calle 34, pensó Landau.

Extendió su brazo izquierdo. Las cuatro y treinta... quizás todavía estuviera abierto.

Discando apresuradamente, se conectó con una voz cuyas primeras palabras sonaron como:

—*Wuhsentry*, buenas tardes.

—Hola —dijo Landau tratando de afectar un máximo de cordura—. Quisiera averiguar la dirección de un tal *Mr. Havemeyer* que solía trabajar para ustedes.

—Lo lamento mucho, *Mr. Havemeyer* ya no está con nosotros. Se mató en un accidente de aviación hace unas semanas. Cerramos un día en su memoria. Pero quizás *Mr. Wabash* pueda atenderlo. Ha tomado el puesto de *Mr...*

—No deseo hablar con *Mr. Wabash* —respondió Landau con impaciencia—. Quiero saber la dirección particular de *Mr. Havemeyer*. Es decir la dirección de la que fue su casa. Quisiera hablar con su viuda. —En ese segundo se le ocurrió la idea. A primera vista le pareció tan buena como cualquier otra.

Desde el otro extremo de la línea se oía una conversación ahogada, casi con seguridad la muchacha había tapado la bocina para consultar con alguien más importante. Hubo un zumbido cuando volvió a descubrir la bocina, y en su voz normal y destemplada, preguntó si era una persona relacionada en alguna forma con la compañía.

Le respondieron que no.

Se produjeron más intercambios a bocina tapada.

—Bien —dijo por fin—. La viuda de *Mr. Havemeyer* vive en el 250 de Central Park Oeste. Estoy segura que el número está en la guía.

—Gracias. —Había sido como sacarme un diente... solo que esta vez, como transacción, la mitad del diente había quedado sin extraer.

No tenía sentido tratar de explicarse por teléfono con *Mrs. Havemeyer*. De todos modos tenía una idea vaga de lo que quería decirle. Sería mejor verla personalmente.

A las siete y treinta, después de haber comido, se dirigió a Central Park Oeste. Tuvo que esperar mucho tiempo antes de que respondieran a la puerta, pero cuando estaba por retirarse y volver a tomar el ascensor para bajar, la puerta se abrió unas cinco pulgadas, todo lo que permitía la cadena, y se asomó una cara con la piel como de tiza.

—¿Sí? —dijo su propietaria con una voz llena de curiosidad reprimida y tal vez con un poco de miedo.

Todavía tanteando la forma que había de encarar el asunto, Landau se identificó y bosquejó algo de su investigación del accidente. En el curso de su explicación se aseguró de emplear algunas palabras de cinco o más sílabas, y cuando terminó, *Mrs.* Havemeyer estaba bastante convencida de sus intenciones como para dejarlo entrar en el departamento.

Mientras se sentaba en una butaca azul pálido, comprendió que había llegado el momento de la franqueza.

—*Mrs.* Havemeyer —dijo pesando las palabras— tengo razones para sospechar que su marido sabía algo que puede haber sido causa indirecta del accidente. Algo que el hombre que puso la bomba en el avión estaba ansioso por mantener en secreto.

Mrs. Havemeyer se mostró medianamente afectada. En los pocos minutos que había estado hablando con ella, Landau se formó la opinión de que no hacía nada más que medianamente, en el sentido emocional, y que muy probablemente se había educado en un mundo donde se pensaba que así debía conducirse la gente elegante. También tenía el hábito peculiar de dejar el fin de las frases a la imaginación del interlocutor. Si este las completaba en una forma diferente de la que ella había pensado, bien, aceptaba su interpretación:

—Quiere decir —comenzó— que eso fue la causa...

—Sí —replicó Landau, creo que su marido tenía consigo alguna prueba que hubiera descubierto una organización bastante grande—. El «bastante grande», era, por supuesto pura suposición.

—Oh, Andrew no hubiera...

—Señora —comenzó a decir Landau con viveza, zambulléndose esta vez —, su marido tenía... —no se le ocurrió una idea mejor—. ¿Tenía su marido algún *hobby*? ¿Cualquier *hobby*?

—¿*Hobbies*?

—Sí, usted sabe: coleccionar estampillas, cajas, o cosas por el estilo.

—No. Estampillas, no...

—¿Entonces...?

—Bien, tenía un tipo de... es decir...

—¿Coleccionaba algo?

—Sí, era una tontería, en verdad. Él... *Mr.* Landau, ¿por qué quiere saber eso?

—Por favor, créame, es importante.

—Está bien. ¿Podría usted...? —Probablemente quiso decir «esperar aquí un momento», porque estaba dirigiéndose a la entrada del *hall* interior, más allá de lo que indudablemente era el dormitorio. Landau se inquietó mientras ella estuvo ausente. ¿Qué estaría haciendo allí adentro, en nombre de Dios?

La primera ojeada cuando volvió a entrar a la sala de estar, sosteniendo con ambas manos una lata de Maxell House Coffee, no ofreció luz alguna. En respuesta a la interrogante mirada, se hincó en el piso alfombrado, sacó la tapa de la lata, la abrió, y vació su contenido en la alfombra.

Landau se quedó con la boca abierta.

La alfombra estaba salpicada con objetos blancos, que cuando los miró bien, identificó como terrones de azúcar. Varios cientos de pancitos con diferentes etiquetas, de los más elegantes hoteles del país.

Su última esperanza... desaparecida.

Era la una y media de la mañana y todavía estaba cavilando. Le había agradecido a *Mrs. Havemeyer* su molestia y le aseguró que había estado equivocado, y que su marido no podía haber tenido parte alguna en el accidente. Ella dejó escapar un silencioso suspiro, que era la medida de su alivio.

Parecía no tener objeto proseguir sus averiguaciones. En primer término, había sido un tonto en suponer que podía encontrar algo. La única cosa que todavía le roía era la relación de Sarah con todo esto. No podía abandonar este asunto por completo hasta saberlo. Comprendió que la respuesta tampoco afectaría solo sus sentimientos con respecto a Sarah. Su imagen de ella estaba irremisiblemente coloreada por sus sentimientos hacia Sheila, y viceversa. La objetividad con respecto a cualquiera de ellas era casi imposible; no había visto ni a Sarah ni a Sheila hacía un par de semanas.

En cuanto a Kitty, casi había logrado enviarla al desván de sus emociones, donde permanecía hasta que él subiera de tanto en tanto para quitarle el polvo y recordar con total objetividad cómo era cuando todavía estaba en vigencia.

Pero Sheila continuaba siendo un problema. Racionalmente, cualquier cosa entre ellos estaba fuera de toda cuestión. Las actitudes de uno hacia el otro se habían enmohecido en su lugar por su largo uso, o falta de uso, de manera que si hubiera oportunidad de reanudar la relación, las ruedas probablemente no girarían. Pero de todas maneras tenía que verla para estar seguro.

A pesar de todo, ya era martes antes de que acumulara la fuerza necesaria para ir a visitarla. Con cada pisada desde la estación del subterráneo (en la calle 103 y Broadway) hasta el edificio de piedra blanca (en 105 y Riverside Drive), donde los Ross habían vivido durante los últimos cinco años, en un departamento que miraba al río, Landau se preguntaba qué le diría, qué sentía *en realidad*. El sol de la mañana, una interrupción aislada en el brillante cielo azul, no parecía ofrecerle consejo alguno, en un sentido ni en otro.

Sheila, con el pelo estirado hacia atrás y sostenido en forma de «cola de caballo», lo condujo a la ventilada habitación de techo alto que servía como una especie de estudio. Las ventanas francesas miraban a un balcón de piedra en miniatura, que era inútil para todo, excepto quizás para el departamento de Bomberos. Estaban abiertas, trasformando la habitación en un ambiente ventilado como un patio. El cuarto estaba decorado en un estilo fantástico. Algunos animales embalsamados que Ross había recogido en sus viajes, porque no había podido «resistirse a ellos», adornaban la biblioteca. Una complicada lámpara Tiffany estaba colocada sobre un aparador. Un gran cilindro oriental, de madera, modestamente taraceado, servía de paraguero. Sabía que esta habitación había sido la favorita de Ross. Aquí daba rienda suelta a todas sus excentricidades, que no se le admitían en el resto de la casa. Y allí, en el piso, ocupando un lugar junto a otras locuras y extravagancias, estaba el blanco paquete interior de Styrofoam, de la cámara con que había estado jugando Ross —era el término apropiado— antes de que lo mataran.

Sheila le ofreció asiento en una silla de mimbre como si hubiera sido un pesado paquete de almacén y se dirigió a la cocina a preparar una limonada. Apareció dos minutos más tarde con los vasos sobre una bandeja de madera, y después de colocar meticulosamente el vaso de Landau frente a él, sobre una mesita, cruzó la habitación y se sentó, mirándolo mientras lo hacía, en vez de mirar la silla.

Todavía mostraba las huellas de la tragedia: líneas alrededor de la boca y de los ojos, algunos cabellos sueltos y descuidados sobre las orejas.

—Me alegra verte, Jake —dijo con suavidad.

Y en ese momento Landau supo que nunca habría nada entre Sheila y él. Era su perpetua aceptación lo que él no podía aceptar, su exasperante adaptabilidad, a la que nunca podría adaptarse. Con Ross había congeniado... Él había sido un vagabundo, un experimentador, siguiendo su propio camino y llevándola consigo a la rastra. Pero Landau no era así: él exigía una confirmación de tipo positivo, que no tomaba jamás una decisión sin consultar antes a todas las partes. Y, ¿cómo podía obtenerse una opinión de Sheila?

—Yo también —replicó en el mismo tono.

—¿Qué has estado haciendo?

Landau no respondió enseguida. Después de un tiempo dijo con firmeza:

—Sheila, deberías irte de acá. Salir de este departamento.

La expresión de Sheila se hizo algo más comprensiva al levantar las cejas:

—Es muy amable de tu parte ocuparte de mí, Jake.

—Te lo digo en serio. ¿Por qué no lo haces?

—¿Mudarme?

Él asintió.

—Sí. He pensado en eso. No lo sé. Estoy segura que piensas que me estoy ahogando entre estas penosas reminiscencias, ¿no es cierto?

—Creo que deberías mudarte.

—¿A dónde iría?

—A cualquier parte. Hay muchos departamentos en Manhattan.

—Me gusta este. Escucha, Jake —dijo, inclinándose hacia adelante en el asiento: — saldré, haré cosas... pero me llevará tiempo. Eres muy cariñoso — dijo sin darle importancia y lo miró como probablemente miraría a un niño pequeño con varicela.

Sí. Básicamente eran diferentes. ¡Qué lástima...!

—Es triste, Jake, ¿no es cierto? —dijo de pronto ella.

Él despertó:

—¿Qué?

—Creo que ambos pensábamos en la misma cosa.

Él sorbió la limonada, hundiendo sus ojos en el vaso.

—Lo lamento, Jake. Te he desconcertado.

—No —protestó él esbozando una sonrisa—. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para estar desconcertado. —Quizás esa no era la respuesta ideal. Dejó el vaso sobre la mesa—. ¿Es esa, digo... la cámara que Martin compró antes del...? —guardó silencio, señalando con la cabeza la caja de Styrofoam que estaba en un rincón.

—Sí.

—Martin me estaba hablando de ella en el avión. ¿Puedo echarle un vistazo?

—Cómo no... —dijo Sheila con naturalidad.

Landau trajo la cámara hasta su silla y la abrió sobre sus rodillas. La cámara estaba en su estuche de cuero que, a su vez, estaba en una bolsa de pliofilm. En otro compartimiento de la Styrofoam estaba la correa para el estuche, arrollada en una pequeña bolsa plástica. Ni siquiera la había tocado, se maravilló Landau, sacando el estuche de cuero de la bolsa plástica.

Luego sucedió algo sorprendente.

Al salir el estuche de la cámara de su bolsa de plástico, dos pequeños objetos blancos cayeron y Landau tuvo que juntar las rodillas para evitar que fueran a dar al piso. Con lentitud separó sus muslos para tomar los objetos. Al principio pensó que eran solo pedacitos de la caja de espuma plástica que se

habían desprendido del envase, una cosa muy posible considerando la naturaleza del material. Sin embargo, al tomarlas, gradualmente advirtió que ni siquiera eran de plástico. Eran dos paquetitos de tela llenas de un polvo.

Las ruedas comenzaron a girar.

—¡Sheila! —exclamó de pronto—. ¿Recuerdas las pertenencias de Martin, las que yo traje después del accidente? ¿Las cosas que sacaron del avión?

—¡Por supuesto que lo recuerdo!

—¿Qué hiciste con ellas?

Su respuesta era inaudible.

—¿Qué...?

—Dije que las había quemado.

—¿Todo?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Recuerdas dos paquetitos y la hoja de instrucciones de la cámara, que Marty llevaba? Te los mostré.

—Sí. Creo haberlos quemado, también. ¿Querías verlos?

—No... no, no creo que los necesite. —Landau tenía una expresión de severa concentración.

—¿De qué se trata, Jake? ¿Qué sucede?

Landau tenía que dejar que la pregunta esperara su turno detrás de otras cosas que comenzaban a resolverse. Cuando al fin logró verlo, dijo:

—Creo que sé algo sobre el accidente. ¿Puedo usar el teléfono?

—No tienes necesidad de preguntármelo.

Landau se dirigió al teléfono, disco el número de Eastern Airlines y cuando atendió la recepcionista solicitó la oficina de los informes de vuelo. Si esto fracasaba, podría tener necesidad de hablar nuevamente con Avery.

En la oficina de los registros de vuelo la secretaria tosió y tartamudeó solicitando sus calificaciones y razones para buscar la información que pedía, pero al fin la burocracia de la línea se rindió.

—¿Cuáles son los nombres? —suspiró la secretaria.

—Martin Ross y Dennis Varga. —¿Por qué habían de usar otros nombres?

—¿Usted cree que fueron a Boston el viernes 5 de junio?

—Sí, a la mañana temprano.

—Un minuto —respondió ella con petulancia.

En un instante volvió:

—Tengo la información que solicita, *Mr. Landau* —aún displicente—. Había un Martin Ross y un Dennis Varga en el mismo vuelo de la Eastern, esa mañana: el 403, de New York a Boston. Es el vuelo de las siete a. m. del viernes 5 de junio.

Landau mentalmente juntó las rodillas en el aire.

—¡Muchas gracias! —colgó alegremente el receptor.

—Jake, ¿no podrías decirme de qué se...?

—Escucha, tengo una idea. No tengo tiempo para explicártela ahora. Tengo que hacer algo que no puede esperar.

—Haz lo que quieras.

—¿Crees que podría salir por las escaleras del fondo? Hay una escalera en la parte de atrás del edificio, ¿no?

—Sí, pero... Jake, ¿de *qué* se trata?

—Nada. Tengo que correr. Lo lamento. Te lo explicaré cuando vuelva.

Encontró la escalera del fondo con facilidad. El Hombre de la boca extraña estaba muerto, pero no era malo precaverse por si acaso.

Caminó hacia la estación del subterráneo en la calle 102 y llegó a la plataforma con el tiempo justo para escurrirse a través de las puertas de un tren en dirección al centro. Para el momento en que llegó a la Gran Central, tenía su agenda totalmente cubierta.

Era jueves, el día indicado. No había manera de saber si todavía seguían con el mismo procedimiento, después de la muerte de Varga; pero por lo menos en Boston era más probable una continuidad. La única forma de averiguar quién recogía los embarques y dónde, era seguir la expedición desde su origen, cosa que había indicado la cámara de Ross: el negocio de radios en la Commonwealth Avenue. Y allí era a dónde Landau se dirigía.

Una hora después se encontraba nervioso, en la parada de los ómnibus en la plaza frente al edificio de la Eastern Airlines en La Guardia. Corrió casi para llegar antes que una mujer gorda con tacos finos como estiletes, y fue el primer pasajero que salió cuando las puertas se plegaron.

—Vuelve a Boston otra vez, ¿eh, *Mr. Landau*? —comentó el empleado de la rampa cuando se acercó el profesor. Era el mismo que había estado de servicio en el último viaje.

Landau ya había pasado casi el portón, antes que las palabras fueran registradas por su cerebro:

—¿Cómo pudo...? —comenzó a preguntar, dando media vuelta.

—Su pase para subir a bordo, *Mr. Landau*. Lo miré la última vez que pasó por acá; así es como me enteré de su nombre. Tratamos de que no se nos

escape nada.

—Muy encomiable.

—Y le diré que admiro su coraje, señor —agregó el agente con un repentino brote de dignidad, en caso de que Landau no hubiera recibido el mensaje la última vez.

—Gracias.

En el avión estaba demasiado envuelto en su problema de logística para recordar los temores que el viaje anterior le había ocasionado. ¿Dónde debería esperar al hombre? (Carey era su nombre, lo recordaba). ¿Acechar desde una puerta? ¿Ocultarse detrás de un árbol? ¿Había árboles en Commonwealth Avenue, cerca del negocio de radios? Solo Dios lo sabía. Tenía que admitir, que ahora no podría decir de qué color eran los ojos de Kitty aunque su vida dependiera de ello.

En Logan se metió entre la multitud de la terminal, recibió una mirada de hielo de una mujer con un vestido de flores y saco cerrado, cuando él sin querer empujó su bolso. Se disculpó a derecha y a izquierda. Carey, pensaba, debía salir los jueves a las cinco, o por lo menos así debía haberlo hecho Varga, y esperaba que no hubiera cambios en la rutina del extremo Boston. Una mirada al redondo reloj de pared empotrado en los bloques de cemento, le advirtió que tenía algún tiempo, pero no quería correr riesgos. Fuera de la terminal, abrió la puerta de un taxi antes que se detuviera por completo, y saltó a él, dándole instrucciones al conductor para que fuera a Kenmore Square, lo más rápidamente posible.

A las cinco menos cuarto Kenmore Square es un loquero. Además de los empleados que han salido de sus oficinas unos momentos antes para escapar de la aglomeración, están, en verano, los estudiantes de los cursos estivales de la Universidad de Boston. Y por las noches, cuando tocan los Red Sox, admiradores fanáticos, ansiosos de no perder un solo golpe de batería, se agregan a la confusión. Esta noche, precisamente, los Indios estaban en la ciudad.

A medida que el taxi avanzaba a pulgadas por la ruta de Fenway-Storrow, Landau comenzaba a pensar que debía haber esperado en New York. Pero recordó que, por supuesto, no podía hacerlo. La caja de seguridad ciertamente no sería la misma, y quizás ya ni fuera en la Gran Central. ¡Quizás ni en New York, siquiera! No, tenía que seguir la pista de Carey desde aquí.

Frente al negocio de radios, en la Commonwealth Avenue, había un pequeño bar que contenía una veintena de mesas de fórmica, cada una con un pie central y una amplia base circular de acero esmaltado de negro brillante.

Landau se sentó en una de las mesas frente a una ventana, y pidió un café, que le sirvieron unos minutos después en una taza de papel con asa plástica. Desde allí podía ver la puerta del negocio de radios con perfecta claridad, salvo los breves momentos, de tanto en tanto en que pasaba el ómnibus y bloqueaba su perspectiva. Pensó que no tendría problemas para reconocer a Carey.

A las cinco y cinco pidió otro café.

A las cinco y diez comenzó a preocuparse de que el negocio pudiera tener una puerta trasera hacia la plaza.

A las cinco y cuarto está dispuesto a levantarse y comprobarlo. Pero se dijo que era mejor esperar un par de minutos más, y comenzó a cruzar y descruzar los dedos.

A las cinco y diecisiete apareció Carey. Usaba una chaqueta azul de algodón y una camisa *sport* a cuadros, debajo. Su rostro tenía el mismo aspecto de antes, tostado al aire libre, y su marcha reforzaba la impresión de salud robusta. En la mano llevaba un pequeño paquete, apretadamente envuelto en papel madera y atado con un cordón retorcido, más propio para embalajes pesados.

Landau saltó de su asiento y luego se afirmó contra la mesa. El café estaba pagado, y la propina puesta al lado de un soporte marrón de plástico. Mirando por la ventana del bar vio a Carey, del otro lado de la calle, detenerse para inspeccionar el ambiente, desperezarse, y doblar a la derecha hacia Kenmore Square, que estaba a solo cinco o seis cuadras de distancia.

Landau abrió la puerta de cristal y decidió permanecer en la calle de ese lado durante un tiempo. En la esquina de Brookline Avenue y Commonwealth, Carey se detuvo y miró hacia la mitad de la plaza, donde hay una moderna terminal de ómnibus de ladrillo. Landau se detuvo en el lado opuesto, esperando para ver lo que haría su hombre. Pero Carey aparentemente desechó la idea de la terminal de ómnibus y cruzó Brookline Avenue, mientras Landau con los ojos fijos en el robusto mandadero, trataba de imaginar sus intenciones. Frente al banco ubicado en la esquina sudeste de la plaza hay una parada de taxis, y en ese momento había cinco taxis, los dos primeros en fila, con sus motores apagados.

Landau comenzó a abrirse paso contra la corriente de tránsito a través de Kenmore Square, mientras el hombre de la cara tostada llamaba la atención del conductor del primer taxi. El chofer se volvió para abrir la portezuela a su cliente. Landau aún estaba luchando, las bocinas sonaban, mientras el conductor lentamente bajó la banderilla.

Por fin el profesor llegó a la vereda sudeste. Ahora solo había peatones que esquivar y los eludió bien. Llegó a la portezuela del segundo taxi de la fila... que en un momento más sería el primero, mientras el de Carey se dirigía al carril de tránsito. Se dejó caer en el asiento de atrás.

El conductor que estaba totalmente sumergido en las páginas deportivas de una revista, dejó que Landau se instalara en el asiento y se inclinara hacia adelante para transmitirle sus instrucciones, antes de dar la más ligera señal de estar dispuesto a trabajar. Después cuando Landau estaba por activar sus cuerdas vocales, giró la cabeza hacia atrás y con espectacular indiferencia preguntó:

—¿A dónde vamos, patrón?

Landau, que por dentro estaba dando saltos de altura mientras observaba al otro taxi meterse en el tránsito de Kenmore Square, nerviosamente le dijo:

—¡Siga a ese taxi! ¡Al que estaba delante de usted! Mire, allí va.

El conductor bajó la bandera y comenzó a meterse en el carril detrás del otro taxi. Pero la intensa sensación de alivio de Landau duró poco.

—Bien, patrón. Ha terminado el juego. Quizás quiera decirme a dónde va, en verdad.

Landau pensó que iba a estallársele la epidermis.

—¡Cristo! —estalló—. ¡Ya le dije que siguiera a ese taxi, es muy importante!

—Seguro, seguro... —respondió el chofer aunque no dejaba de seguir al otro taxi, por si acaso su cliente fuera un policía—. Usted ha estado viendo demasiadas películas en la televisión. ¿Por qué no me da una dirección, eh?

Landau estaba fuera de sí.

—Mire —le dijo, recordando la máxima con respecto al dinero y la comunicación oral, y sacando su billetera—, aquí hay cinco dólares. Siga a ese individuo y se lo doy además de lo que pueda marcar el taxímetro.

La flecha dio en el blanco. El conductor liberó una mano de la dirección y la movió, en señal de reconocimiento.

—Vaya —murmuró—. Usted en verdad debe tener algo con ese tipo del otro coche. —Se encogió de hombros—. Está bien, patrón, usted es el médico. Lo sigo, lo sigo. —Aceptó el billete de cinco dólares que Landau le tendía y agregó: —Oiga, si usted quiere, puedo comunicarme con el chofer, por radio...

—¡No, no haga eso! —respondió Landau de prisa—. Solo siga tras de él.

—Como quiera.

El taxi de Carey entró en Storrow Drive y continuó por la autopista del Sudeste, haciendo señales para una salida por Callahan Tunnel. Si había alguna duda en cuanto al destino del taxi, ahora se disipaba.

—Al aeródromo, ¿eh? —gruñó el conductor de Landau, hablando casi consigo mismo.

El taxi que llevaba al hombre fornido se detuvo frente al edificio de la Eastern, el pasajero descendió, y por un instante miró hacia el exterior de la terminal donde su predecesor había sido muerto. El taxi de Landau, por orden suya, frenó a cincuenta pies detrás del otro, y el profesor le entregó el importe junto con algún cambio, a través de la ventanilla lateral, mientras afectaba rehusar un ofrecimiento de ayuda para llevar su equipaje (cosa que no existía como tampoco la oferta).

Siguió a Carey al interior del edificio pero a una distancia prudente de veinte pasos más o menos, observó la figura tostada por el sol tomar su pasaje en la máquina automática, adquirió uno para sí, y siguió por el corredor en pos de su presa.

Ambos hombres subieron al avión de las seis y se mezclaron con los otros pasajeros. En La Guardia un señalero con traje blanco y unos enormes amortiguadores de plástico para los ruidos, guio rutinariamente el avión, hasta que se detuvo, con luces rojas que sostenía en las manos y que se veían contra el cielo del atardecer como luciérnagas.

Carey parecía no tener ninguna prisa. Se desabrochó el cinturón mientras los otros pasajeros, contra las órdenes de la azafata, habían desabrochado los suyos inmediatamente de tocar tierra, mientras el avión todavía carreteaba. El hombre robusto había mantenido el paquete de papel madera sobre sus rodillas durante el vuelo, y ahora lo llevaba contra su costado, mientras dejaba la cabina. Landau que había tomado el asiento de atrás, lo siguió primero a través de los tortuosos corredores del edificio provisorio de metal corrugado, y después por la plaza que quedaba del otro lado. Carey entró en un ómnibus, en el que había un letrero: directo a la estación GRAN CENTRAL TERMINAL DE LÍNEAS DEL ESTE. El profesor dejó que subiera y esperó cinco minutos largos por su reloj antes de hacerlo él mismo.

Cuarenta minutos más tarde, después de una lenta incursión sin ningún interés por las calles de Queens, que se estaban convirtiendo en detestablemente familiares para Landau, el ómnibus se detuvo en la estación Gran Central, bajo el paso sobre nivel de Park Avenue, en la calle 42. Otra vez Carey esperó que bajaran otros pasajeros para dejar el ómnibus. Una vez en la estación, pasó revista con los ojos por el escenario, como había hecho

fuera del negocio de radios y, aparentemente satisfecho, bajó por la rampa y a través de la grande y escuálida sala de espera con piso de mármol hacia el nivel superior de la terminal que, a pesar de su nombre, todavía está un poco más abajo del nivel de la calle 42. Landau lo seguía, advirtiéndole que eran ahora las ocho, según el reloj de diez pies que estaba sobre la puerta de la sala de espera.

En el piso superior el movimiento de personas era intenso, y la cabina de información en el centro del *hall* estaba muy activa. Sin embargo, Carey se preocupaba de los pasajeros que iban y venían solo cuando bloqueaban su paso, y en esos momentos sostenía el paquete aún más apretadamente. Zigzagueó a través de la multitud, en dirección a la izquierda hasta que estuvo en la arcada que corre paralela y casi directamente debajo, de la Avda. Vanderbilt. Una vez que estuvo en el largo pasillo, volvió a dar vuelta a la izquierda y se dirigió a la entrada del subterráneo. La hilera de cajas de seguridad en que estaba ubicada la 1729 se encontraba directamente al frente, de acuerdo con la descripción de Kaplan, pero antes de llegar a ella dio una vuelta más hacia la izquierda de la rampa que conduce al Oyster Bar y al nivel más bajo. Parecía que no había cambiado mucho la ubicación de la entrega, salvo que Carey estuviera por trepar al tren de la Twentieth Century Limited (que de todas maneras partía del nivel superior).

Habiendo tenido que abrirse paso con los codos por el gentío, tratando en todo momento de no perder de vista al hombre en medio de cabezas que se movían, Landau se estaba creando enemigos entre perfectos desconocidos a fuerza de pisarlos y atropellarlos accidentalmente. Para empeorar las cosas, estaba sin aliento, y en el momento en que se detuvo en la rampa (para simular que estaba buscando a algún pariente), jadeaba con ruido. A mitad de la rampa hacia abajo, Carey estaba ahora parado, casi sin moverse, ante otra hilera de cajas de seguridad. Esta vez revisó el área con más cuidado aún, enfocando sus ojos en la distancia y haciendo girar lentamente la cabeza.

—¿Lustre, señor?

Landau retrocedió. Era un lustrador de zapatos del kiosco, que estaba frente a él. El profesor que, en general rechazaba instintivamente toda oferta que no había solicitado, estaba por desentenderse de la pregunta con un gruñido, cuando se le ocurrió que podía ser una buena idea aceptar, aun cuando sus zapatos no necesitaban ser lustrados.

Sin pronunciar una palabra se sentó en una de las altas sillas de cuero que el negocio ofrece a sus clientes, y manteniendo la vigilancia sobre Carey, dejó que el hombre trabajara.

En la rampa, el hombre corpulento había terminado su última revista y ahora sacaba una llave del bolsillo y abría la caja de seguridad que tenía en frente. (Landau tomó nota de su posición). Luego, con una delicadeza que a Landau le pareció excesiva, el hombre deslizó el paquete en el piso del compartimiento. Dejó que la puerta se cerrara otra vez, sacó 25 centavos, los depositó, y quitó la llave una vez más. Durante un minuto, la satisfacción abrumó al profesor, pero pronto recordó que el trabajo no estaba terminado. El hombre que realmente le interesaba era el que venía a recoger la droga, y, desde luego, ese no estaba a la vista. Tampoco llegaría pronto si la descripción del Silbador de cómo trabajaban en esta organización era cierta.

Carey guardó la llave y se marchó. Ahora —Landau razonó— el jefe de la operación (o un subordinado de su confianza) telefonearía a Carey a algún número lejos del Gran Central, exactamente a la hora en que el envío estuviera por ser recogido, para estar seguro de que este no pudiera descubrir la identidad del que lo recogiera. Por lo menos eso haría Landau si manejara el asunto.

De manera que su negocio ahora era solo esperar. Landau le pagó al lustrador de zapatos, se apoyó contra una pared y encendió su pipa. La organización, evidentemente, se enorgullecía de llevar el riesgo al mínimo. Le parecía que, en principio, no dejarían la droga en la caja de seguridad durante mucho tiempo. Pero por poco que fuera, reconoció Landau, tendría que esperar quince minutos más o menos... el tiempo necesario para permitirle a Carey alejarse y no estorbar... y era quizás la única oportunidad de Landau para comer algo. Ahora que lo recordaba... como se había salteado el almuerzo, estaba famélico.

El Oyster Bar sería un servicio demasiado lento, además de costoso, pero recordó que, hacia el fondo del nivel más bajo, había un lugar donde se comían bocadillos de pie, y se dirigió a la rampa caminando de prisa.

Junto con una hamburguesa, se tomó unos minutos de reflexión. Por supuesto que podía telefonear a la policía enseguida para que se incautara de las drogas colocadas en la caja de seguridad del Gran Central. Pero ¿de qué serviría eso? Honestamente... Podrían detener a Carey por la declaración de Landau, pero no era probable que pudieran hacerle ningún cargo. Después de todo, ¿cuál era la evidencia? Papel madera que seguramente no tendría una impresión digital. Aun así, podía... y debería... darles a las autoridades la información que había recogido y dejar que ellos actuaran.

Pero no iba a hacer eso... porque... porque tenía una sospecha, una intuición, y esta era que la conexión en New York resultaría ser alguien que él

conocía. Ninguna reflexión racional apoyaba esa idea, pero ahí estaba. Y después que descubriera quién recogía el paquete, entonces, se dirigiría directamente a la policía.

Su conciencia en alguna forma se apaciguó, comió otro bocado de carne picada entre sus rebanadas de pan y consideró el próximo movimiento. Podía quedarse en los alrededores de la caja y esperar que alguien viniera pronto a recoger las drogas. Cuánto tendría que esperar era algo que no sabía. Tampoco quería preguntarse qué haría si la persona que viniera a recoger el paquete resultaba ser, por ejemplo, Sarah.

La «hamburguesa» —muy delgada y poco nutritiva— ya se había terminado, y Landau se dirigió de nuevo a la caja. En el camino compró un ejemplar de *Orgullo y Prejuicio*, que había tenido intenciones de leer hacía once años; y cuando se sentó en uno de los bancos del nivel más bajo, desde el cual se veía bien la caja, abrió el libro en la parte de Introducción y comenzó a leer, levantando los ojos a cada segundo para vigilar si alguien se había detenido o bajaba por la rampa. Pronto estuvo en el Capítulo I.

A las ocho y treinta la vorágine de los pasajeros se había aquietado. Los conductores de trenes pasaban de tiempo en tiempo levantando sus gorras por las viseras de plástico y utilizando la misma mano para secarse la frente.

A las nueve el tránsito se había reducido a un mínimo. Landau, un lector rápido, estaba en la mitad del Capítulo V y encontraba cada vez más difícil poder concentrarse. La intriga sobre quién podía ser la conexión lo perturbaba, ahogando los problemas de Elizabeth Bennet y *Mr. Darcy*^[3]. Además de este agravante, una nueva ansiedad se estaba incubando.

Y era que el paquete podía esperar durante semanas en la caja antes que lo recogieran; a pesar de su razonamiento primitivo.

A las diez ya nadie se apresuraba para tomar los trenes. Los pocos pasajeros aislados que caminaban por ahí parecían sonámbulos, reflejando el propio estado de ánimo de Landau. ¿Por qué no venía nadie, maldito sea?

Las once, y nada aún.

A las once y quince un hombre comenzó a descender con lentitud por la rampa y el sueño de Landau se disipó. El hombre seguía avanzando, despacio. Ahora venía más rápido, este podía ser... Tropezó. Y un segundo después la razón de su andar vacilante se hizo penosamente obvia. Llevaba una botella vacía en la mano.

Luego, a las doce y veinte, cuando Landau comenzaba a pensar en abandonar todo el asunto, sucedió. Del alto extremo de la rampa bajó una figura con pasos pequeños, tranquilos. A diferencia de Carey, no miraba para

ver si era observado pero Landau, sin embargo, sospechó que eso estaba en la mente del hombre. El profesor involuntariamente agradeció que por lo menos la figura no fuera la de una mujer, y continuó observando desde su asiento. Gradualmente el hombre dirigió sus pies a la derecha y se detuvo frente a la caja. Con tranquilidad, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno, escudriñando alrededor de la llama del fósforo. Estaba procediendo con tranquilidad.

Pero Landau no tuvo duda alguna de que este era su hombre, y... lo que era más importante... pensó que lo reconocía. Pero la luz era mala; la cara del hombre estaba en la sombra. No podía estar seguro.

La figura en la oscuridad arrojó una bocanada de humo hacia el cielo raso. Ciertamente parecía... esa frente, el nacimiento del pelo...

El hombre se volvió, quedó de frente a Landau, al mismo tiempo que aspiraba su cigarrillo. El extremo encendido brilló en un pequeño punto rojo, como una diminuta señal de luz de neón que se encendió por un momento y luego se apagó. Sí, ahora podía ver la cara.

¡Samuel Schwann!

De manera que esa era la razón por la que se había mostrado tan curioso con respecto a las investigaciones de Landau. Esa era por supuesto, la razón por la cual la primera entrevista con Landau jamás había visto la luz del día en el *Pennon*... porque no había sido en cumplimiento de su deber, sino más bien de su ocupación marginal. Por eso estaba tan interesado en Landau después de la muerte de Kaplan, cuando debía haber estado entrevistando gente en el edificio y peatones en la calle. Y hasta era la causa (le había molestado vagamente a Landau en aquel momento, pero había reprimido la idea, reprochándose duramente) de que, después que él le dijo, durante la primera entrevista con Schawnn, que simplemente había estado sentado en el avión al lado de un hombre llamado Ross, Schawnn al responderle se había referido a Ross como a «su amigo». Obviamente no era un hombre que dejara crecer el pasto bajo sus pies.

¡Y el conductor del Tornado verde!, siguió pensando Landau. ¡Oh, Dios...!

Landau decidió que había llegado el momento de llamar a la policía.

Fuera Schawnn o no el cerebro detrás de todo el asunto, Landau tendría la sensación de logro que necesitaba, al denunciarlo. El profesor se levantó de pronto del banco, olvidando que tenía a Jane Austen sobre las rodillas. El libro cayó al suelo con un «slap», y la cabeza de Schawnn giró como si hubiera estado atada a una cuerda en cuyo extremo estaba el libro.

El estómago de Landau dio un vuelco, pero su mente permaneció clara. Sin hacer ningún movimiento rápido dejó que la cabeza se hundiera en tal forma que la barbilla tocaba el cuello, y se volvió hacia el quiosco de revistas. Luego, sin mirar hacia atrás para ver si Schwann lo había reconocido, comenzó a caminar. A la izquierda del quiosco, al frente, hay un corredor que conduce a uno de los carriles más oscuros de New Haven, directamente encima del pasillo que lleva a Lexington Avenue. El plan de Landau era continuar despacio por la izquierda del puesto de diarios y luego meterse rápidamente en el pasaje abovedado que ahora podía ver adelante, y próximo al cual estaba inscrito en letras mayúsculas sobre el mármol: AL NIVEL SUPERIOR. La idea era buena, pero fue interrumpida por un roce de zapatos sobre el pulido piso de baldosas, cuando casi llegaba al andén donde estaba el diarero. El susurro se aproximaba.

Decidió arriesgarse y mirar por encima del hombro. Una media vuelta de la cabeza fue suficiente para lo que quería saber. Schwann venía tras él con un trote rápido y apagado, fingiendo prestar atención a las entradas de las vías que estaban a espaldas de Landau. El ardid había sido empleado para engañar al profesor y Landau comenzó a apurar el paso. Ahora se acercaba a la esquina y quedaban como quince pasos entre su persona y el pasaje abovedado. Schwann alargó los suyos, sin preocuparse de los escasos pasajeros que cruzaban lentamente el enorme *hall*. Un hombre corriendo para tomar el tren en Gran Central era tan poco ortodoxo como un marino abriendo la boca ante los edificios de *Times Square*.

Cuando le faltaban solo unos metros para entrar al pasaje abovedado, Landau estaba seguro de lograrlo. Solo un poco más. Los últimos pasos los hizo corriendo, y oyó el susurro de atrás cambiar a un resonante «claqueo». Qué demonios, casi había pasado el pasaje. Casi...

Cuando su pie pisó el tercer escalón, un nuevo elemento entró en escena. Sintió, más que oyó, un agudo «ping» y un silbido alto, más allá, sobre su derecha (donde había estado seguro que no había más que una pared), seguido, un segundo después, por un fuerte golpe desde atrás. Su primer pensamiento fue que Schwann lo seguía con un látigo, pero una mirada por encima del hombro, precisamente antes de que la pared de la escalera le cortara la visión, le dio una imagen de Schwann con su mano derecha en el aire, y en esta, en vez de látigo, un pequeño y sólido objeto de metal. La verdad lo impactó con fuerza. ¿Qué probabilidades tenía contra una pistola?

Ahora corría como un loco, resbalando algo, haciendo una peligrosa vuelta en U en el descanso entre los dos niveles. ¿Por qué nadie detenía al

hombre cuando lo vieron con un arma? ¿Dónde estaba la policía? ¿Quería decir entonces que eran verídicas todas esas historias de mujeres apuñaladas en las calles, con testigos que permanecían indiferentes, sin levantar un dedo?

Las preguntas no esperaron respuestas. Se oyó otro silbido y un «ping» con un eco ahogado, casi simultáneo, y Landau dio vuelta la cabeza durante un instante para ver pedacitos de mármol de la pared, a seis pulgadas de su oreja, que caían al suelo, y que del agujero salía un polvillo.

¡Gran Dios!, pensó, como si la visión del efecto físico de la bala fuera mucho más aterradora que el sonido, ¿qué hacer...?

En el último escalón vaciló brevemente, pero consiguió recuperar el equilibrio y se lanzó al piso superior. Ese nivel es casi un duplicado del de abajo, excepto por el cielo raso, mucho más alto, y el sensacional aviso panorámico de Kodak en la parte más alta. Por un segundo Landau tuvo la espantosa sensación de que no había llegado a ninguna parte. Pero tampoco ahora tenía tiempo para pensar. Podía oír el clap-clap de los zapatos en la escalera, detrás de él, y había que continuar andando. En el ofuscamiento su resolución olvidó dirigirse a la salida de Lexington Avenue, dobló a la derecha. Pero la siguiente decisión virtualmente la tomaron por él. De pie, inmóvil, como un bloque obstruyendo su paso, había un guarda uniformado de azul marino controlando la entrada del Stanford Local de las 12 y 43'. ¿Trataría de detenerse a explicarle el asunto al hombre? No... no tendría oportunidad de hacerlo. Atravesó volando la puerta, respondiendo al descuidado gesto de saludo del guarda con un ademán a medias y disparó por la rampa de cemento hacia la plataforma.

Schwann pasó por la puerta un segundo o dos más tarde. Sostenía la pistola dentro del bolsillo y tampoco prestó atención al guarda, que lo miró con curiosidad cuando corrió frente a él.

Una vez en la plataforma, Landau se deslizó tras uno de los grandes pilares de cemento para recuperar aliento, porque ya su diafragma saltaba en forma compulsiva. Además pasó la manga por su frente y se maldijo por haber elegido esa vía de escape, tan dudosa. ¿Dónde podría esconderse? El tren no saldría hasta dentro de quince o veinte minutos, y prácticamente no había nadie a bordo. Tampoco había guardias a la vista, su única esperanza, en su rápido repaso de situación en que se encontraba, era la mala iluminación incandescente de 25 vatios de la plataforma, que ya de por sí era oscura, de un gris negruzco, sin reflejos.

El profesor recuperó el aliento y trató de escuchar. Apenas pudo oír un distante ruido de pisadas en alguna parte del andén. Por lo menos, pensó que

procedía de allí. Había otras plataformas separadas a cada lado de las vías, lejos de aquel en que él se encontraba, y el cavernoso túnel de cemento magnificaba las pisadas, haciéndolas parecer como pedregullo arrojado al azar en la oscuridad. Su única esperanza parecía ser quedarse quieto, quizá retroceder a un pilar más lejos y rezar para que llegaran otros pasajeros para el tren de las 12 y 43'. Pero ¡de qué servirían...! Schwann podía esperar que subieran al tren y luego tirar a mansalva. Con un buen lugar para ocultarse, nadie podría hallarlo en la semioscuridad.

Luego se le ocurrió una idea (¡Tanto tiempo le había llevado pensar en una cosa tan simple!).

—¡Socorro! ¡Policía! ¡Socorro! —gritó.

Casi enseguida llegaron, a manera de respuesta, dos estallidos reverberantes.

Casi al mismo tiempo una segunda explosión. A Landau le pareció sentir que alguien lo golpeaba en el hombro. Cuando miró al lugar, doblando la cabeza, vio algo que le puso los pelos de punta. El hombro sin relleno de su traje tropical de Brooks Brothers, estaba ligeramente rasgado. Pero no solo rasgado... sino quemado. Por primera vez comenzó a pensar qué había hecho de su vida... si aquí había de terminar...

—¡Por amor de Dios, socorro!

Otro disparo.

¡Dios! Recién pensó que gritar era probablemente lo primero de la lista de «Cosas que debía evitar», dadas las circunstancias. Revelaba su posición tan ciertamente como una luz. No gritaría más; lo único que esperaba es que los gritos que ya había dado hubieran llegado a oídos alertas en alguna parte.

A su derecha, las ventanas iluminadas del tren le dieron otra idea. Si podía llegar sano y salvo cruzando el espacio entre el pilar, situado en el medio de la larga plataforma, y la puerta del tren de pasajeros, que estaba a pocos pies de él, podría ponerse a cubierto bajo un asiento o en el baño, hasta que el tren estuviera lleno de pasajeros. Estaba totalmente vacío en este momento, pero los pasajeros comenzarían a llegar muy pronto. La distancia total entre donde estaba Landau y la entrada era de unos quince pies. Valía la pena intentarlo. Apoyando un talón contra el pilar como punto de partida, tomó impulso y salió al espacio abierto, mientras se oyó otro disparo. ¡Lo habían visto! Pero quizás... pudiera sostenerse hasta que los pasajeros llegaran.

Estaba por buscar refugio en el baño de la parte delantera del vagón cuando su ilusión de seguridad temporaria se hizo añicos. De pronto las luces del vagón se apagaron. ¿Qué pasaba? ¿Un apagón? ¿Qué sucedía?

Mirando por una de las viejas ventanas corredizas del vagón pudo ver, a través de la suciedad del vidrio, que las luces de la plataforma estaban encendidas. Entonces, ¿qué...? ¡Oh, Dios mío...! Las luces del tren que se encontraba en el otro lado de la plataforma también estaban encendidas. Y... lo que era infinitamente peor... algunos hombres en sus trajes de trabajo comenzaban a filtrarse por los vagones de ese tren. ¡Se había metido en el tren equivocado! ¡El tren donde estaba quedaría estacionado toda la noche! Era demasiado cómicamente grotesco para ser verdad. Schwann solo tenía que esperar que el otro tren —el que partía— se pusiera en marcha, para meterse en el que estaba Landau. Nadie oiría siquiera sus gritos. Tampoco podía deslizarse a la plataforma de enfrente hasta el otro tren. Schwann lo mataría antes que estuviera a un pie de la puerta del vagón.

Durante los diez minutos siguientes se mantuvo acurrucado detrás de un asiento, considerando con la mayor seriedad los dolorosamente insignificantes sucesos de su vida. Éxitos y fracasos, la mayoría fracasos. Oh, bien... un rechinar de metal y algunos sacudimientos y chirridos lo trajeron al presente.

El otro tren se ponía en marcha. (De manera que lo único que podía hacer ahora era esperar). Dos minutos más tarde el túnel estaba otra vez en silencio.

Estaba atrapado.

Silencio.

Más silencio.

Luego, lentamente, desde la distancia se acercaba otro ruido de rozamiento. Esto iba a ser el fin.

Landau no pudo evitar hacer lo que hizo enseguida; la tensión era demasiado grande. Había que admitirlo, era un juego estúpido, pero mejor que estar sentado esperando que el hombre llegara hasta él. De todas maneras era un momento para hacer cosas estúpidas. Se incorporó con cautela desde atrás del asiento y se acercó a la ventanilla para mirar.

Y ahí estaba Schwann, que venía directamente hacia él con la pistola levantada.

El instante antes de que Schwann lo viera, Landau se agachó. El disparo rompió el vidrio de la ventanilla y cayó como lluvia sobre su mano, que estaba encima de la cabeza.

Enseguida se oyeron dos tiros más, pero el sonido era mucho más fuerte que los anteriores, eran explosiones gigantescas. Landau pensó que había oído un grito de dolor, pero tener conciencia de que podía oír algo, sobrepasó las impresiones sensoriales por un breve tiempo.

Hubo otro silencio.

Luego, con lentitud, pero esta vez más racionalmente, Landau levantó la cabeza hasta la ventanilla rota. A través de la abertura del vidrio pudo ver, en la plataforma exterior, una figura humana estirada, con un torrente aparentemente negro, fluido, que corría de su cuello. El pelo cruzaba la cara del hombre, vuelto hacia Landau, pero las entradas de la frente todavía se veían bien.

Y ahora, acercándose por la plataforma desde el extremo del vestíbulo vio otra figura familiar, una figura que tenía el andar marcial y sonoro de un oficial de policía. Cuando el recién venido se acercó a una de las débiles luces que caían del techo, Landau reconoció al Sargento Starkie.

El profesor dejó que su mirada flotara durante un segundo sobre los pedazos de vidrio rotos que tenía a los pies, asegurándose una vez más que solamente los vidrios estaban rotos. Se limpió la chaqueta... un gesto de dudosa efectividad desde que estaba más húmeda de transpiración y arrugada, que llena de polvo... y salió del vagón para agradecer a su salvador.

—Buenas noches, doctor Landau. —(Así que ahora era «doctor...»).

—Hola, Sargento —consiguió decir Landau.

—Con que saliendo a tomar un poco el aire nocturno, ¿eh?

Landau sonrió. Dejando a un lado el hecho de que le debía la vida, el hombre le agradaba. ¿Por qué no había dejado el trabajo a la policía y...?

—Yo también salí a caminar —continuó Starkie, hablando cada vez con mayor aspereza —pero después de todo, no anduve muy ligero.

—¿Cómo diablos sabía que yo estaba acá?

—Oh, lo seguí hasta aquí, más o menos a las ocho de la noche. Lo hubiera perdido si no fuera que uno de nuestros muchachos de la sección drogas lo vio en el aeródromo y me telefoneó. ¿Comprende? El hombre que lo seguía a usted durante la última semana fue retirado cuando usted fue a Boston. Y tengo que decirle que estábamos por terminar con este asunto cuando usted... —se calló para humedecerse los labios— ¡cuándo usted se entrometió! Oh, espero no haberlo ofendido, doctor Landau. —Landau tuvo la clara impresión de que no tenía tal deseo.

—¡Drogas...! Entonces ustedes...

—Oh, sí. Sabíamos que esto estaba conectado con drogas, desde hace un tiempo. El Departamento de Narcóticos ha estado rondando como una manada de buitres. No sabíamos exactamente cómo lo hacían o quién era el cabecilla, pero estábamos por...

—¿Es ese? —preguntó Landau.

—En algunos barrios se lo conoce como el Coronel —dijo Starkie, señalando la figura tendida—. En sus ratos libres escribe hábiles artículos para un diario. Así me dijeron. No los leo.

—¡Cristo...! —exclamó simplemente.

—Mm... —Starkie volvió a poner su pistola en la cartuchera con ostensible cuidado—. Déjeme darle un consejo, doctor —dijo finalmente—. La próxima vez que sepa algo como esto, no se lo oculte a la policía. Recuerde que el policía es su amigo.

—Lo sé —se disculpó Landau— pero quería tener la...

—¿Satisfacción? —Starkie sonrió enigmáticamente—. Lo comprendo, doctor.

Quizás fuera cierto, después de todo.

12

Landau durmió bien. A la mañana siguiente cuando bajó las escaleras del edificio en que vivía para abrir su buzón encontró en este una postal dirigida a Dr. Jacob D. Landau, esq. (La D. era correcta, por supuesto; muy de ella encontrar una cosa así). En el anverso de la postal había una satinada reproducción demasiado azul del Caribe Hilton Hotel.

*Querido Jake (decía con su característica brusquedad).
Avión llega 3 p. m. La Guardia, junio 27 (hoy).
Ve a buscarme, por favor. Por favor espérame.
Te explicaré.*

*Cariños.
Yo.*

*P. D. Si Jake no está en La Guardia, tomaré el ómnibus a Gran Central.
Puedes buscarme allí si es más fácil.*

Por supuesto que solo había una «Yo» en su vida, pero ella no tenía derecho a suponerlo. Bien, ¿a quién le importaba? La postal tenía realmente una estampilla de Puerto Rico.

Condujo a La Guardia con la sensación de que si nunca volviera a ver un aeródromo en su vida sería mejor. Sin embargo, considerando los sucesos del día anterior, tampoco estaba muy inclinado a ir a la Gran Central.

Ella lo vio de pie a la entrada del edificio cuando estaba a mitad de camino, y echó a correr. Se abrazaron y caminaron el resto de la distancia que había hasta su coche, cada uno con el brazo en la cintura del otro. Con sus manos libres cargaban el liviano equipaje de avión, una caja con un secador de pelo, y un sombrero de paja que constantemente se le salía de la cabeza por los empujones que le daba él con el hombro al caminar.

En el viaje de vuelta a Manhattan, Landau refirió la historia.

—Pero ¿en verdad sospechaste de mí? —exclamó ella cuando arribó a ese punto de la narración.

—Bien, no sabía qué pensar, por la forma en que habías huido.

—Pero ¡de *mí*! ¡Es fantástico! —Se tornó más sombría—. Sabes, hubiera imaginado que me conocías mejor. Yo jamás hubiera sospechado de *ti*, en un caso igual.

—No me dejas terminar.

Lo dejó terminar.

—Bien, durante todo el tiempo pensaba que los paquetes que me entregó Avery ese día en Kennedy pertenecían a la cámara, a la nueva cámara de Ross. Metía tantas cosas inservibles en sus bolsillos, que no les presté la menor atención. Y el folleto de instrucciones estaba en el mismo bolsillo, o por lo menos con la droga que Avery no devolvió. De manera que pensé que las cosas pertenecían a la cámara. Pero cuando vi a Sheila ayer... ¿fue ayer...? Parece que hiciera siglos... Cuando estuve allí, revisé la cámara, que todavía estaba en su estuche. ¡Y los paquetes aún estaban allí! De manera que los paquetes que Ross tenía en el avión tenían que haber procedido de alguna otra parte. ¿Comprendes?

—Sí. ¿De dónde?

—Seguramente se le cayeron a Varga. Yo razoné de esta manera...

—¡Tú razonaste...! Oh, perdona, continúa.

—Mi... razonamiento... era que a Varga se le debieron caer los paquetes. Me preguntaba de dónde los conseguiría Ross. Eso lleva a otro interrogante. ¿Qué otra cosa se embala con polvo? La respuesta es, cualquier equipo de precisión. Por ejemplo radios a transistores. Lo que explicaría todo, especialmente los viajes de Varga a New York. Recuerdas, él desembalaba radios después que todos en el negocio se habían marchado. Era un sistema seguro. Las drogas se embarcaban en Japón dentro de estos paquetes que debían contener el polvo absorbente. El trabajo de Varga era sacar los paquetes de cada caja, envolverlos y traerlos a New York todos los jueves para su distribución. Los depositaba en una caja de seguridad en la estación, que tenía dos llaves. Cuando él o el recibidor, Schwann —y debo decir que no lo imagino como la gran rueda detrás de todo esto— cuando uno de ellos venía, la caja estaba cerrada. Por supuesto, cuando Varga venía, siempre estaba también vacía, porque la entrega anterior ya había sido retirada. Fue por eso que Kaplan, a su vez, la encontró vacía cuando la abrió. Bien, así es que cuando Varga o Schwann llegaban a la caja usaban su llave para abrirla,

entonces o tomaban las drogas o las introducían, y depositaban otros 25 céntimos, de manera que la caja pudiera cerrarse otra vez y retirar la llave.

—Pero ¿cómo logró apoderarse de los paquetes tu amigo Ross?

—Supongo que nunca sabremos eso con seguridad, pero imagino que Varga debe haber sido un adicto. Una fotografía de él que vi en un diario, parece confirmar esta tesis. En New York pueden haberlo sabido o no, no lo sé. Pero, de cualquier manera, su último viaje de vuelta a New York fue el viernes a la mañana, antes del accidente. Llamé a la gente de la línea aérea y me dijeron que él y Ross habían tomado el mismo avión a Boston esa mañana. Sabía que Ross se había marchado temprano en la mañana del viernes (hasta se lo dije a Schwann en nuestra primera entrevista) y lo mismo hizo Varga, pero en alguna forma los dos hechos no fueron vinculados. Cuando vi esos paquetes en el estuche de la cámara, supuse lo que había pasado y llamé a la compañía. Lo que puede haber sucedido es que a Varga se le cayeran los paquetitos en el avión. Ross los recogió y en lugar de devolvérselos a Varga se los metió en el bolsillo... como todo lo demás. Varga debe haber advertido esa maniobra y no atinó qué hacer. Supongo que entró en pánico... me refiero a Varga; Ross por supuesto era incapaz de eso. Entonces descubrió el avión que tomaría Ross para volver a New York o lo siguió por lo menos una parte del día. Fue a su casa, tomó la bomba, y trató de depositarla en el portafolios de otro pasajero, pero lo atraparon y lo mataron.

—¿Y dedujiste todo eso por haber visto esos paquetitos en el estuche de la cámara? —preguntó ella con burlona admiración.

—Y llamando al aeropuerto. Y por mi madre que me habló del individuo en la patrulla de narcóticos. Pero es solo una conjetura. Supongo que si lo hubiera dicho con más autoridad, lo tomarías por cierto.

—Lo dijiste con bastante autoridad.

—Gracias.

—Pero ¿por qué mandaban las drogas a través de Boston?

—La aduana es mucho más suave allá. New York debe ser un infierno.

—Ah...

Un largo silencio siguió a esa sola palabra.

Se preguntó si la mente de ella funcionaba con iguales engranajes que la de él. Cuando pasaron la cabina de peaje sobre el puente Triborough, Sarah volvió su rostro a Landau y le dijo de pronto:

—Jake, tú y yo todavía tenemos problemas. No creo que Puerto Rico haya resuelto nada.

—¿Suponías que podía hacerlo?
—Cuando me marché, sí.
—¿Y...?
—¡Y ahora soy la misma de antes!
—¿Tienes noticias de que me haya quejado? —sonrió al parabrisas—
quizás me haya hecho un poco más tolerante.
Ella miraba fijamente el perfil de Landau.
—No, no es así —dijo con suavidad.
¡Maldito sea! ¿Es que estaba hecho de cristal?, se preguntó en silencio,
pero la pregunta estaba olvidada ya cuando llegaron al camino.

FIN

Notas

[1] Brebaje de lima o limón, *gin* y soda. (N. del T.). <<

[2] El aeropuerto Kennedy. (N. del T.). <<

[3] Personajes de la novela. (N. del T.). <<